# LA DOBLE DESAPARICIÓN DE ABRIL DEL PINO

MARINA SANMARTÍN



black salamandra

Marina Sanmartín

# LA DOBLE DESAPARICIÓN DE ABRIL DEL PINO

black salamandra

*Esta novela es para mis sobrinos:*
*Rafa, Pablo, Jorge y Rocío.*
*Son lo que más quiero.*

Es profundamente indiferente saber cuál de los dos, la tierra o el sol, gira alrededor del otro.

ALBERT CAMUS,
*El mito de Sísifo*

# Un manifiesto

*Somos el Rame-Tep, y el Rame-Tep es multitud, un ejército de lectores hartos de la endogamia y la autocomplacencia en la literatura.*

*Estamos hartos de la hipocresía.*

*Estamos hartos de la indulgencia.*

*Estamos hartos de la basura literaria que se presenta como una joya.*

*De que se trate al lector como a los cerdos.*

*Y contra esto lucharemos, para liberar a la ficción criminal de la mediocridad, la bisoñez y el oportunismo de los farsantes.*

*El crimen en los libros es un juego y no es un juego en absoluto. Su relato exige respeto y por eso proclamamos al mundo nuestras reglas:*

*La primera regla del Rame-Tep es que el Rame-Tep no existe y ninguno de sus miembros o exmiembros hablará de él o desvelará sus prácticas.*

*La segunda regla es que nadie sabrá quiénes somos, pero nosotros sí sabremos quiénes sois, así que en el momento adecuado nos comunicaremos para ensalzaros o para destruiros; para aplaudiros o para sumiros en la oscuridad.*

*La tercera regla del Rame-Tep obliga al rechazo absoluto de cualquier tipo de gratificación a cambio de nuestra*

*aprobación o nuestro silencio. El Rame-Tep es siempre grito.*

*La cuarta regla dice que la literatura está por encima del ser y por eso renunciaremos a nuestros nombres para habitar el género.*

*La quinta regla es la última y avisa de lo siguiente: todo el que contribuya a la pobreza literaria de nuestra época será nuestro enemigo e iremos a por él.*

# Lunes, 23 de diciembre de 2024

No llegó a ver al mensajero. Reaccionó tarde, algo que le ocurría a menudo, como si el mundo avanzara a una velocidad de crucero y él, a cámara lenta. Ágata habría atribuido su atrofiada capacidad de movimientos a las escasas horas de sueño y las numerosas cervezas con las que intentaba sobrellevar el insomnio, pero por suerte, cuando el ligero roce del papel sobre el suelo de madera lo obligó a levantar la mirada de la pantalla del ordenador, ella no estaba allí. Ignoraba si seguía arriba, todavía en su habitación, o si, como tenía por costumbre, había salido temprano a recorrer en solitario la ciudad, antes de que el amanecer se rompiera y las calles se llenaran de la vida cotidiana y ruidosa, propia de una torre de Babel, que caracterizaba el ritmo del centro de Madrid, pero el caso es que no estaba.

Él fue el único testigo de cómo alguien había deslizado el reconocible sobre con el membrete dorado por debajo de la puerta principal de Las Palabras Mágicas antes de la hora de apertura, y en los pocos segundos que había tardado en llegar a la calle para identificarlo había desaparecido. Porque cuando salió a la plaza la encontró desierta, sumergida en la intrigante quietud del comienzo del día y protegida por una transparente lámina de frío. Solo el trino agudo de los pájaros camuflados entre los árboles aledaños al antiguo edificio del Senado perturbaba la paz de su pequeño mundo.

—¿Quién anda ahí? —gritó a la nada, sintiéndose ridículo de inmediato.

La respuesta fue el silencio y, no mucho después, un anciano en batín y zapatillas de estar por casa, que, apoyándose en un bastón, dobló la esquina acompañado de un perro diminuto, color canela, vestido con un suéter de estampado navideño.

—Buenos días, Bergman.

—Buenos días, Mariano.

—Pareces ofuscado, coloradote como un chaval de campo —continuó el viejo sin interrumpir su marcha, concentrado en la ardua tarea de llevar un pie delante del otro y azuzado por el perrillo, que, mucho más rápido que su dueño, se detenía cada poco para volverse a mirarlo con ansiedad—. Ofuscarse no es bueno, y menos tan temprano. ¿Qué te parece lo abrigado que va Godzilla?

Bergman, que hasta entonces no había prestado atención al chucho, intercambió con él una mirada fugaz y creyó atisbar en sus expresivos ojos negros una dosis sorprendentemente humana de paciencia.

—Me parece que, con lo bien que lo cuidas, no se puede quejar.

—Son mis nietos, no yo, se lo han regalado ellos —dijo el anciano levantando el bastón de la acera adoquinada para señalar con él el suetercito—. Lo quieren más que a mí.

—Eso es imposible —mintió Bergman, que sospechaba que los nietos no existían porque jamás los había visto, a pesar de que el viejo los mencionaba siempre en su conversación—. ¿No te has cruzado con nadie, Mariano? Acaban de pasarnos un sobre por debajo de la puerta, pero han salido corriendo.

—Mejor un sobre que la cabeza de un caballo, eso sería mala señal... pero yo no he sido. Me declaro inocente... —dramatizó Mariano riéndose de su propia broma—. No, no he visto a nadie, el

barrio está más desierto que la luna. En Navidad parece que todos tienen un pueblo al que salir corriendo.

Bergman sonrió con desánimo.

—Tienes razón —aceptó, aunque el recuerdo de la última tarde de ventas, con la librería atestada de clientes poco habituales y atolondrados en su búsqueda de los títulos que les habían encargado como regalo, lo hacía dudar de que Mariano estuviera en lo cierto—, pero nosotros nos quedamos.

—Eso es. ¡Nosotros resistimos! —dramatizó el anciano levantando de nuevo el bastón con un ímpetu exagerado, que hizo dudar a Bergman una vez más de que lo necesitara realmente.

Godzilla ladró exaltado y Mariano retomó su avance lento pero seguro.

—Luego me paso a ver el libro, si es que me lo sigues guardando.

—Claro que sí, no pienso venderle ese libro a nadie que no seas tú.

—Si ayer me hubiera tocado la lotería, lo compraría hoy.

—Lástima...

—A ver si me llega con la próxima paga.

—Ojalá. Tal vez con un poco de ingeniería financiera para pensionistas tengamos por fin suerte —corroboró Bergman con cierta ironía, dando por finalizada su fallida ronda de reconocimiento —. Me retiro, que es casi la hora de abrir.

Pero su despedida ya no obtuvo respuesta. La sordera de Mariano limitaba su percepción a un escueto radio de un metro y acababa de rebasar ese límite. Para él, era como si Bergman, que suspiró arrasado por una imprevisible oleada de empatía, se hubiera desvanecido.

Antes de entrar, se detuvo un momento delante del escaparate, una escala fundamental en su mecánico ritual de apertura. Le gustaba revisar los títulos que, expuestos en soportes de madera sobre un fondo de elegante terciopelo rojo, algo anticuado, se mostraban a los que llegaban hasta la plaza de la Marina Española y, atraídos por el aura del local, que parecía ofrecer la promesa de un viaje al pasado, hacían un alto para curiosear a través del cristal, donde el nombre de la librería aparecía impreso en letras plateadas y salpicadas de pequeñas estrellas, formando un arco de medio punto: LAS PALABRAS MÁGICAS.

Cuando Ágata lo llamó durante la remisión de la pandemia y después de más de veinte años sin verse, para preguntarle si quería trabajar echándole una mano en el negocio que había abierto en la vieja casa de sus abuelos en el Madrid de los Austrias, Bergman lo tuvo claro. Le dijo que sí al instante. Ni siquiera la obligó a contarle cómo había conseguido su número o qué había estado haciendo al dejar la universidad, durante todas aquellas toneladas de tiempo que les había tocado vivir por separado. Dónde se había escondido. Lo único que le importó es que había vuelto y había decidido recuperar su amistad. Nunca se había atrevido a confesárselo, quizás algún día lo haría, pero aún no... aunque tenía la sensación de que ella lo sabía, sabía que, con su llamada, en cierto modo le había salvado la vida.

Empezó atendiendo el mostrador unas horas a la semana, cuando Ágata tenía que ausentarse, y poco a poco fue aprendiendo las rutinas del libro y memorizando los nombres y los gustos de los clientes. Ágata nunca le pedía que se quedara ni le exigía que descuidara su trabajo de crítico cinematográfico —mal pagado y

apenas requerido—, pero tampoco lo animaba a marcharse, y Bergman sentía que sus fantasmas languidecían en aquel entorno e interrumpían sus gritos, neutralizados por un ejército de papel que crecía salvaje y, por qué no reconocerlo, bastante polvoriento, atrincherado en las estanterías de caoba rojiza que llegaban hasta el techo y exigían al librero el uso de una raquítica escalera metálica para conquistar sus baldas más altas.

Entonces dio un respingo.

De pronto, mientras buceaba en sus recuerdos y dudaba entre retirar de uno de los atriles la nueva novela de Murakami o la enésima edición de *Una habitación propia*, de Virginia Woolf, para hacer sitio a un precioso ejemplar ilustrado de *La campana de cristal* que acababa de dar de alta, cayó en la cuenta de que había bastado un parpadeo para que se olvidara del sobre.

¿Cómo podía ser tan despistado y desenvolverse en la vida con semejante memoria de pez?, se dijo mientras una indignación creciente se concentraba en su pecho. ¿Cómo diablos era posible?, se repitió nervioso. El carillón que pautaba el trasiego de apertura y cierre de la puerta principal sonó con su regreso al interior del local, donde descubrió con sorpresa que el sobre ya no estaba en el suelo.

La desidia con la que se conducía habitualmente por el mundo, continuó reprochándose sin clemencia, se ajustaba a un único adjetivo:

—Imperdonable —sentenció Ágata, sacándole de golpe de su monólogo interior.

—Ya estás aquí.

—Sí, pero tú no.

—Bueno, ahora ya estoy aquí también. He salido para ver si conseguía pillar al mensajero —se excusó Bergman señalando el sobre que Ágata sostenía con aprensión entre los dedos.

—¿Cómo se te ha ocurrido dejarlo en el suelo? Cuando he llegado, Tempestad estaba jugando con él como si fuera una rata muerta. Ha sido un milagro que no se lo comiera. Lo ha chuperreteado todo y me ha costado Dios y ayuda quitárselo.

Tempestad, la gata esfinge de Ágata, maulló satisfecha a los pies de su dueña, orgullosa de su casi consumada travesura.

Tempestad odiaba a Bergman.

Y Bergman estaba seguro de que nunca había visto ni vería en su vida una gata más fea y amenazante que Tempestad, cuyo origen y edad desconocía por completo, lo que a menudo le hacía fantasear con la idea de que era inmortal; una gata malvada y eterna, blanca como la nieve, traída a este planeta con la única misión de martirizarle.

Solo el cariño que los dos le profesaban a Ágata los obligaba a respetar ciertas normas de convivencia.

—¿Es lo que creo que es? —preguntó acercándose a ellas—. Lo he reconocido por el membrete dorado, por eso he intentado...

—Salir detrás del mensajero, ya lo has dicho —completó Ágata tendiéndole el sobre, que Bergman aceptó con una infantil curiosidad.

—Así que existen realmente.

—Eso parece.

Bergman leyó el contenido de la carta, impreso en una tipografía que imitaba la letra manuscrita sobre una tarjeta apergaminada, de un gramaje elevado —«papel de semillas», confirmó Ágata, que le

leía el pensamiento—, y una sonrisa divertida se dibujó en su rostro. Cuando hubo terminado, levantó la vista y se encontró con los ojos verdes de su amiga, que lo estaban esperando inyectados de un brillo antiguo, como de piedra preciosa, como si pertenecieran a la protagonista de una serie sobre una buscadora decimonónica de reliquias y tesoros.

—¿Cómo puedes leer tan lento? —quiso saber ella.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó él, que, habituado a sus reproches, nunca les hacía demasiado caso—. ¿Vas a aceptar?

Ágata recuperó la tarjeta pensativa y se volvió a perder en el mensaje durante unos segundos, antes de pronunciar su veredicto.

—Creo que no nos queda más remedio —dijo por fin—. Aceptaremos.

Eran poco más de las diez de la mañana y quedaba una semana para Año Nuevo. Bergman nunca lo olvidaría, porque así fue como empezó todo.

# Una semana después

# Lunes, 30 de diciembre de 2024

—¿Cómo?

—El Rame-Tep.

—¿Y qué demonios es eso?

—Es un club de lectura.

—Suena a egipcio.

—¿El qué, «club de lectura»?

Castillo se mordió el labio inferior para no soltar un taco delante de los gemelos, que habían decidido observarlo en silencio mientras hablaba por el teléfono fijo de la abuela, un artilugio que les parecía extraordinario.

—¡No!, «Rame-Tep».

—¡Ah! Es que lo es.

—¿Un club de lectura de novela egipcia?

—¿Cuándo he dicho yo algo semejante? Es un club de lectura de novela negra, pero no cualquier club... En fin, inspector, siento en el alma haber tenido que hacer uso del número de emergencia, pero es que tiene usted que venir. Me sabe mal sacarlo del pueblo ese justo hoy, pero es que desde aquí lo va a entender todo mucho mejor y nos hace falta, inspector, hay una mujer desaparecida.

—Brigüelillos de la Sierra.

—¿Cómo?

—«El pueblo ese», Pontones: Brigüelillos de la Sierra. Haga el favor de hablar con propiedad y no insulte usted mi origen con su ignorancia —exageró Castillo, entretenido con su imprevisto patriotismo.

—Lo siento mucho, inspector. Dios me libre de hacer de menos a los... ¿cómo se dice? ¿Brigüelitos? ¿Bigruelenses? Luego lo buscaré en el *Tesoro de la lengua castellana* de Covarrubias, que siempre me depara gratas sorpresas.

Los ojos de Castillo se pusieron en blanco ante la habilidad congénita del oficial Alfredo Pontones para irse por las ramas. Segundo taco sofocado en menos de un minuto, y aún no eran las once de la mañana. Estaba seguro: tanta presión contenida lo acercaba en caída libre y sin posibilidad de vuelta atrás hacia el temido y siempre acechante ataque al corazón. Acababa de cumplir los cincuenta y, a su alrededor, los amigos infartados se multiplicaban sin tregua, dedicando horas enteras de cervezas sin alcohol y zumos naturales compartidos a comparar sus dosis de Sintrom y elucubrar sobre la resistencia de sus *stents*. Terrible. Aburrido. Patético... y, por desgracia, también bastante probable, porque si no se decidía a bajar el ritmo y empezaba a tomarse la vida con más calma, muy pronto pasaría a formar parte de esa logia trepidante de protoancianos en la que se había convertido su círculo social más próximo. En cualquier caso, y a pesar de tan sensata reflexión, con el único desahogo de un escueto bufido, el inspector José Manuel Castillo optó por aplazar una vez más su merecido descanso.

—Está bien. Mándeme la dirección del ático por WhatsApp. Estaré ahí en una hora.

—¡Papá se marcha! ¡Papá se marcha el día antes de Nochevieja! —gritó Mateo.

—¡Papá se marcha y casi seguro que no estará aquí para Nochevieja! —completó Guillermo con las mejillas encendidas por la

emoción.

—¡Guillermo!

—No me llamo Guillermo, inspector, me llamo Alfredo —dijo Pontones con extrañeza, pero sin alterar su tono lo más mínimo, al otro lado de la línea telefónica—. Si no es la primera confusión del día, debería ir a urgencias. Decir cosas al tuntún, sin demasiado sentido, es un síntoma claro de ictus y usted ya tiene una edad...

—Espero ese mensaje, A- L - F - R - E - D - O. Salgo enseguida —respondió Castillo antes de zanjar la conversación para centrarse en el recién declarado conflicto: no podía entretenerse en desarmar la ingenuidad de Pontones, bastante insoportable pero ya mítica en la comisaría. La crisis familiar que los gemelos acababan de inaugurar exigía toda su atención, si no quería que la hoguera recién prendida por los niños derivara en un incendio forestal.

—¡Guillermo! ¿Por qué dices mentiras? Ya lo hemos hablado mil veces: no todo vale con tal de superar a tu hermano —trató de no gritar el inspector, mientras seguía a sus hijos hacia la cocina a la que no llegó, porque su mujer lo interceptó por el camino.

Mónica sostenía con elegancia la espumadera del cocido en su mano derecha y apoyaba la izquierda en la cadera. La posición de jarras, aunque ejecutada solo al cincuenta por ciento, era temible, y Castillo, instintivamente, adelantó las palmas de las manos en un gesto espontáneo de protección.

—¿Es eso verdad? —preguntó Mónica con una frialdad estremecedora y reconcentrada en su mirada azul.

—Lo que ha dicho Guillermo, no.

—¿Y lo que ha dicho Mateo?

—Lo que ha dicho Mateo, sí, pero estaré aquí a la hora de la cena, prometido, y mañana no pienso moverme de la cocina. Será el último día del año y eso significa que los tres hombres de la casa tenemos que preparar cóctel de gambas.

—Tiene razón, mamá, lo del cóctel de gambas es inevitable. Tenemos que hacerlo —confirmó Mateo con cierto fatalismo.

Castillo sonrió en son de paz a su familia. Los pequeños habían salido de la cocina, donde habían buscado refugio al lado de su abuela, y se atrincheraban ahora detrás de su madre, expectantes ante el huracán que había desatado la llamada telefónica. Acababan de cumplir siete años y eran tan iguales que incluso a Castillo le costaba distinguirlos. Eran inteligentes, reservados, y en sus caras redondas y pálidas destacaban unos somnolientos ojos claros, cargados de suspicacia, que habían heredado de Mónica, y un ceño que se fruncía a menudo, en sus momentos de concentración. Pero lo más extraordinario era que, por algún extraño motivo, Castillo no podía evitar ver en aquellos rasgos característicos de sus hijos rastros de Charles Laughton. De hecho, también en su complexión reconocía con sorpresa ecos del actor de cuerpo rubicundo. Aquel extraño vínculo, que había dejado de compartir en voz alta porque sabía que a Mónica no le hacía demasiada gracia, lo intrigaba sobremanera.

A Castillo no se le parecían en nada.

—¿Y por qué tienes que irte?

El inspector desvió la mirada hacia los gemelos, a los que no quería impresionar, para justificar sin palabras lo escueto de su respuesta.

—Alguien ha desaparecido, pero, seguramente, para cuando llegue a Madrid la habrán encontrado ya.

—¿Una mujer?

—Sí, una mujer muy famosa.

—¡Madre mía! —exclamó Guillermo replicando una de las expresiones favoritas de su abuela y provocando en sus padres una sonrisa contenida que contribuyó a relajar la situación.

Mónica dudó unos segundos.

—Está bien. Cuanto antes te vayas, antes volverás. Niños, id a decirle a la abuela que papá no estará para comer.

Mateo y Guillermo obedecieron y los dejaron solos, y ella, conciliadora, se acercó unos pasos hasta quedarse muy cerca de su marido, a la distancia justa y previa para un beso. Entonces susurró:

—¿Puedo saber quién es?

—¿Si te lo digo me besarás?

Mónica sonrió y él cayó rendido.

—Es Abril del Pino.

—¡Madre mía! —exclamó ella imitando el asombro de su hijo. Y luego lo besó.

Apenas media hora después, el Citroën Xsara Picasso rojo metalizado de Castillo, con sus más de diez años de servicio y la carrocería no precisamente en su mejor momento, permanecía inmóvil en el núcleo de uno de los múltiples embotellamientos que, cerca del mediodía, colapsaban el centro de Madrid.

Inmerso en el luminoso bullicio navideño, un enjambre zumbón de bolsas y paquetes de colores, mezcla de voces infantiles y bocinazos

de impaciencia, con la plaza de Colón a su derecha y la calle Goya a su izquierda, atrapado en Serrano, una de las arterias comerciales de la capital, al inspector se le escapó una sonrisa. Cualquiera hubiera podido pensar que sus nervios estarían a punto de quebrarse ante la imposibilidad de avanzar hacia su destino más inmediato, la rotonda de la Puerta de Alcalá, pero nada más lejos de la realidad, porque, si había algo que relajaba a José Manuel Castillo, un placer casi inconfesable, era conducir sin pasajeros.

Junto con salir a correr al amanecer o muy cerca de la madrugada, el coche se había convertido en su último reducto, una especie de limbo al que retirarse cuando el mundo se embarullaba demasiado a su alrededor, su particular versión de la habitación de un adolescente, protegida detrás de un innegociable mensaje de «PROHIBIDO EL PASO».

Así que allí estaba él, al volante, parado por completo y tan a gusto, entretenido en acostumbrarse a la interesante expresión que le daban las gafas de sol que Mónica le había regalado por Santa Claus. «Como las de Robert de Niro en *Heat*, así las quiero», le había especificado una noche poco antes de dormir, con la cabeza de ella apoyada en su pecho y todas las barreras emocionales voladas por los aires; y Mónica, que se había reído antes de apagar la luz, había captado la idea a la perfección, vaya si lo había hecho, pensó el inspector seduciéndose a sí mismo en el espejo retrovisor y acariciándose el conato de barba al que siempre le perdonaba la vida, un estudiado rasgo de dejadez policial que subrayaba el atractivo de sus facciones afiladas y lo catapultaba con brío al estatus de maduro interesante, o al menos eso pensaba él.

«Hola, Robert. ¿Qué te parece si escuchamos algo de música?», le preguntó Castillo a su reflejo, impostando la voz y concediéndose el subestimado divertimento de hacer el ridículo en la intimidad. «Vamos a ver qué tenemos por aquí...».

El viejo Citroën no era precisamente un portento de la tecnología y el acceso a Spotify quedaba descartado, pero la colección de CD pirateados del inspector suplía esta carencia con creces. En la universidad era el rey de las cintas de casete personalizadas. Fanático de los recopilatorios de cosecha propia, a los que les ponía crípticos títulos de una sola palabra, las grandes divas de la canción y la música italiana eran su perdición.

—Vamos a ver, vamos a ver... —repitió Castillo deslizando sus dedos por los lomos manuscritos de las carátulas de plástico transparente que se apilaban junto al cambio de marchas—. ¡Aquí estás! —exclamó satisfecho al dar por fin con el CD que buscaba, bautizado con el nombre de *Emergencias*, e introducirlo con ceremonia en el reproductor—. Acude al rescate, Brenda Lee.

Pulsó el *play* del aparato y, al instante, cambió por completo el clima de la escena gracias a los reconocibles acordes de *I'll Be Seeing You*.

El inspector respiró hondo y esbozó una melancólica sonrisa justo antes de que, como por arte de magia, al ritmo lento de la canción, que tenía la cadencia de dos hielos en un vaso de *whisky* y era perfecta para el invierno, se disolviera el embotellamiento y la ciudad, amable, empezara a deslizarse al otro lado de las ventanillas del coche como una imagen cinematográfica en una moviola.

El mundo giraba y Castillo lo hacía con él en perfecta armonía, al abrigo de la voz etílica de Brenda Lee, que lo acompañó hasta la

Puerta de Alcalá. En ese punto de su placentero viaje, antes de tomar la salida hacia O'Donnell para alcanzar en pocos minutos el aparcamiento de Narváez y poner fin a su recorrido, la visión de la entrada al Retiro le arrancó un suspiro que no tenía previsto. Aquel era el escenario de sus carreras matutinas y nocturnas. Por su proximidad a la comisaría, el inspector solía acudir al parque cuando terminaba su turno de trabajo y allí se desfogaba corriendo hasta quedarse sin aliento y tener que detenerse para respirar. Pero había algo más, porque era en el Retiro donde se ocultaba su mayor secreto, su historia inconfesable:

«Mujer misteriosa, ¿dónde estarás?», se preguntó en un murmullo cargado a la vez de melancolía y de cinismo. «Te echo de menos».

Satisfecho con su escueta plegaria y algo avergonzado también, apuró los pocos minutos que lo separaban de su destino y, mientras abandonaba el *parking*, consultó en el móvil los mensajes que, diligente, le había enviado Pontones con la dirección donde lo estaban esperando: Menéndez Pelayo, 11, un elegante edificio con una placa en la fachada para recordar que allí, entre 1932 y 1935, había vivido la ganadora del Nobel de Literatura Gabriela Mistral, y también el lugar donde en la actualidad se encontraba el ático de la famosa escritora de novela negra Abril del Pino.

—Ese de ahí es un Luis Feito —dijo Pontones señalando con su mano enguantada en látex el lienzo a la izquierda de la salida a la terraza—, y el de la derecha es de Ana Barriga. Es curioso cómo, sin tener nada que ver, encajan a la perfección. ¿No le parece,

inspector? Calma y tonos suaves por un lado y distorsión y tonos chillones por el otro. Me fascina.

Castillo apenas había dado unos pasos en el interior del piso, al que solo había logrado acceder tras sortear al enjambre de periodistas que revoloteaba junto al portal.

—¿Quién ha avisado a la prensa? —inquirió antes de centrarse en el repentino interés de Pontones por la pintura abstracta.

El oficial, de pie en el centro del amplísimo salón, que incluía una espectacular cocina con isla, se mantuvo de espaldas al inspector y, sin desviar la mirada de los cuadros, se encogió de hombros. Era exageradamente alto y delgado, como un junco con uniforme, y su actitud en aquel momento, que podía resultar crucial para la investigación, distaba bastante de la del avezado policía para acercarse de forma incomprensible a la del visitante de un museo.

—Es posible que lo haya hecho su agente, la misma que nos ha llamado desde aquí porque no encuentra a la señora Del Pino. La tiene usted en la habitación de la desaparecida. Se llama Carmen, Carmen Mitre, y está bastante afectada, ya le aviso. El mundo de la farándula es un misterio para mí, inspector, pero he de reconocer que siempre me ha atraído. Creo que se me hubiera dado bien pintar o escribir, o cualquier cosa por el estilo.

—Pontones... —dijo Castillo mientras se ponía también unos finísimos guantes de látex, que sacó del bolsillo de su parca.

—¿Sí, inspector?

—¿Qué narices hace usted aquí? ¿Es que no había nadie más?

—Así es, inspector. No había nadie más. Me permito recordarle que estamos en fechas de celebración y eso se traduce en un aumento de los incidentes que requieren nuestra presencia, aunque

la mayoría sean banales. Cuando la señora Mitre ha llamado, aparte del personal de oficina estaba más solo que la una, por eso he venido yo. Me temo que tendrá que conformarse conmigo.

En el rostro de Castillo se dibujó la resignación.

—Está bien. Haremos el esfuerzo. ¿Oye usted esos gemidos? ¿Hay un perro en la casa?

—No, es la agente. Llora sin parar. He creído que le vendría bien un poco de intimidad mientras le esperábamos.

El inspector no preguntó más y se adentró en dirección al llanto por el ancho pasillo de paredes blancas y estratégicas luces halógenas, salpicado de obras cuyo valor a él, ajeno por completo a las fluctuaciones del arte contemporáneo, le resultaba imposible calcular.

El ático parecía una galería del barrio de Salamanca, pero no había tiempo para detenerse a disfrutar de la exposición. «Una lástima», murmuró con sarcasmo el inspector, que se asomó con cautela a cada una de las tres estancias ubicadas de camino al dormitorio principal.

Detrás de la primera puerta encontró un cuarto de baño pequeño, en tonos blancos y madera, con ducha y sin bidé. La tapa del inodoro estaba levantada y, sobre la pila, había un armario pequeño, forrado de espejo.

La segunda puerta estaba abierta y daba al que sin duda era el despacho de la escritora, donde las paredes se ocultaban detrás de estanterías hechas a medida y repletas de libros en apariencia colocados sin ningún orden, algo que Castillo se prometió revisar con más detalle antes de marcharse. Sobre la mesa de trabajo, metálica, de diseño minimal y situada bajo una ventana de hoja doble y sin

cortinas, desde la que podía contemplarse un luminoso patio de manzana, había un MacBook Pro metalizado en rosa, que tendrían que llevarse si se confirmaba la desaparición, para descargar su contenido. Junto a él, un par de cuadernos y material de escritorio, además de una manoseada edición de bolsillo de *Cañas y barro*, una de las novelas más populares de Vicente Blasco Ibáñez, que a Castillo le recordó a la serie de televisión de su infancia, aquella que tanto le gustaba a su madre y que a él, todavía muy pequeño, no le dejaba ver. Una fotografía en blanco y negro, seguramente utilizada como marcapáginas, sobresalía del ejemplar. El inspector la sacó con cuidado y, antes de devolverla a su sitio segundos después, mientras la observaba, saltó en su cerebro una alerta casi inconsciente, que no supo identificar y que olvidó con rapidez; una inexplicable llamada de atención. En la imagen, tres niñas miraban a cámara y, por lo ligero de su atuendo, debía de ser verano. Estaban de pie y se rodeaban los hombros con sus brazos infantiles. A Castillo le pareció extraño que, aparte de aquella foto, en la estancia no hubiera otro rastro personal, nada que hiciera alusión al entorno social o el pasado inmediato de Abril.

La tercera puerta ocultaba la que parecía una modesta pero elegante habitación de invitados, decorada con una suave gama de verdes y desde la que se podía acceder a la terraza con vistas al Retiro. Salvo unas casi imperceptibles arrugas sobre la colcha, todo en ella parecía intacto, como si no se hubiera usado nunca, desde el mullido edredón a la esponjosa alfombra que daba calidez al suelo de parqué. Allí nada captó su interés y continuó avanzando hasta detenerse en la entrada del dormitorio principal, donde una menuda

mujercita de adinerado aspecto lloraba sentada a los pies de la cama.

Durante los segundos que pasó contemplándola, los que tardó Carmen Mitre en darse cuenta de que ya no estaba sola, Castillo tuvo la fugaz impresión de que se encontraba dentro de una intelectual comedia francesa de situación y de que no iba a tener control alguno sobre lo que en el guion se hubiera dispuesto. Entonces Carmen Mitre detuvo sus lamentos de chihuahua repentinamente y se giró para escrutarlo con sus pequeños pero incisivos ojos negros, donde parecía que se había apagado la luz.

—¿Quién es usted?

—Inspector José Manuel Castillo —respondió él avanzando unos pasos y tendiéndole la mano, que ella estrechó con una inusitada energía.

—Algo terrible le ha pasado a Abril, inspector.

—¿Cómo puede tenerlo tan claro?

Carmen Mitre se puso de pie y Castillo se sorprendió de su baja estatura, mínimamente atenuada por unos sin duda incómodos tacones de aguja.

—Porque lleva casi cuatro días sin dar señales de vida: no me coge el teléfono, no responde los correos electrónicos... no ha publicado nada en sus redes sociales... ¡Y no está aquí!

—Bueno, es Navidad. Interrumpimos muchas rutinas en estas fechas. No nos alarmemos todavía.

El comentario bienintencionado del inspector disgustó a la agente literaria, que lo miró con desprecio y frunció el gesto contrariada, antes de darle la espalda y acercarse a la doble puerta corredera de la terraza. A pesar de lo carísimo de su atuendo, que saltaba a la

vista —pensó Castillo dando rienda suelta a su capacidad de análisis —, resultaba una mujer vulgar. Su cabeza tenía una inquietante forma de huevo, acentuada por una melena lacia y con flequillo, que se le pegaba al óvalo del rostro y, además, el tinte castaño la envejecía. Sufría, como su madre se hubiera apresurado a señalar con un deje lastimero y haciendo reír a los gemelos, que recibían a carcajadas las expresiones que no entendían, de «pelo pobre».

Fue entonces, mientras ella le daba la espalda y él se dedicaba a analizar su aspecto sin piedad, cuando Carmen Mitre se quitó teatralmente su abrigo, una trenca acampanada y con un absurdo ribete de piel.

—Créame, inspector —lo corrigió ella ocultándole todavía el rostro —, haríamos bien en alarmarnos YA. ¿No nota usted el calor?

Castillo notó el calor. De hecho, llevaba notándolo desde que había entrado al piso, como una mosca zumbona imposible de espantar.

—Sí, lo noto, ahora que lo dice —confirmó quitándose la parca con lentitud y ansioso por saber adónde les conduciría aquel extraño giro de la conversación.

—La calefacción está encendida y Abril no está aquí. Es más, por lo recalentado que está el piso yo diría que la calefacción lleva encendida muchas horas, incluso días... y, como acabo de decirle y es evidente, ella no está. Alguien ha tenido que llevársela por la fuerza.

—Pero no hay signos de violencia y la cerradura no parece manipulada. No ha sonado la alarma...

—No hay alarma, Abril se ha mudado a este piso hace muy poco. Ni siquiera ha solicitado aún la instalación. Yo lo sabría. No da un paso sin consultarme.

—¿Ha esperado usted a mi compañero para entrar?

—No. —Carmen Mitre detuvo su discurso de forma abrupta, como si de pronto hubiera descubierto a sus palabras yendo por libre, más rápidas que su conciencia, y meditó lo que iba a decir—. Ya en su domicilio anterior, tuve que hacer uso de mi juego de llaves para cerciorarme de que Abril estaba bien, así que no les he avisado hasta comprobar que no se encontraba en casa.

—Entonces no es tan raro que desaparezca...

La agente literaria se volvió por fin, negó con la cabeza, frustrada ante la incomprensión de su interlocutor, y sacó de su bolso un paquete de cigarrillos finos. Encendió uno sin preocuparse siquiera de localizar un cenicero y continuó:

—Las pocas ocasiones en las que ha ocurrido algo parecido a lo de hoy, siempre daba con ella delante del portátil, con el móvil silenciado, absorta en su trabajo y ajena por completo al mundo exterior. Cuando escribe, sobre todo en la recta final de sus novelas, se olvida de todo y de todos.

—¿Y es el caso? ¿Está en la recta final de una novela?

—Así es —respondió Carmen al inspector con un exagerado desvalimiento—. Ya sabrá usted que sus novelas están plagadas de crímenes. No deja títere con cabeza... pero, en lo de olvidarse de todo y de todos, como tiene por costumbre cuando se enfrenta a las últimas páginas, esta vez había hecho una excepción.

—¿Qué excepción?

—¿No se lo ha contado ese policía tan redicho? Fue lo primero que le dije.

—¿El club?

Carmen puso los ojos en blanco y se instaló en una incómoda pausa dramática que provocó en Castillo un escalofrío, a pesar de los más de treinta grados de temperatura ambiente. ¿Era posible —se preguntó el comisario— que la señora Mitre estuviera disfrutando de lo lindo al haberse convertido en la protagonista de aquel incipiente drama? Por fortuna, no pudo entretenerse mucho en considerar los pros y los contras de su sospecha, porque el vozarrón de Pontones rompió el hechizo que se había apoderado de la escena.

—¡Inspector! Perdonen que les interrumpa —gritó el oficial, que no tardó en asomar la mitad de su cuerpo larguirucho por la puerta de la habitación—, en el salón hay algo que tienen que ver.

¿Cómo era posible que lo hubieran pasado por alto? Pontones se disculpó aduciendo que los lienzos lo habían «obnubilado» y Carmen Mitre aseguró que había ido directa al despacho de Abril, donde esperaba encontrarla, pero el caso es que, por una cosa o por otra, nadie había reparado en aquel sospechoso bodegón: en la mesa de café, una botella de tequila blanco Casa Dragones a medio terminar y dos copas. Una de ellas estaba partida en dos y caída en la alfombra; la otra, al lado de la botella, en la mesa de café, todavía con un par de milímetros de líquido transparente en su interior y restos de pintalabios en el cristal. Junto a ella, los restos de una raya de coca y, por último, un iPhone apagado y con la pantalla rota al lado de una de las patas de la mesa.

—¿Tequila en copas? —murmuró Pontones.

—¡Es el móvil de Abril! —exclamó Carmen Mitre con intención de recogerlo.

—No lo toque. Pontones, llame a la Científica. Esto lo cambia todo. Tendremos que llevarnos algunas cosas.

El inspector, que se había agachado para estudiar de cerca aquel hallazgo, se incorporó y, por primera vez, se enfrentó a la serigrafía en blanco y negro que cubría casi por completo una de las paredes de la zona de estar, sobre el sofá: el rostro de Abril del Pino mirando a quienes se enfrentaban a su imagen, en actitud desafiante y al mismo tiempo soñadora. Su melena leonina se extendía por la pared como una maleable planta acuática y sus rasgos faciales, un poco salvajes, casi selváticos, transmitían la inquietud templada del depredador que observa a la presa hasta dar con el segundo exacto en el que debe saltar sobre ella.

Castillo ya había visto a Abril en la televisión y en los periódicos, en los corpóreos gigantes de poliespán, ubicados estratégicamente en los centros comerciales a los que acudía con Mónica y los gemelos las tardes de los domingos, en las marquesinas de los autobuses y los espacios publicitarios del metro, y en las solapas de los *thrillers* que escribía y que él hojeaba en las librerías a las que iba ocasionalmente durante su jornada laboral, cuando ganaba tiempo en los trayectos de un caso a otro y necesitaba demostrarse que su curiosidad por el mundo que lo rodeaba, y al que no solía prestarle demasiada atención más allá del caso de turno, seguía con vida. Sin embargo, aquel retrato le impactó, porque Abril del Pino, cuyo aspecto recordaba más al de una folclórica de los años cuarenta que al de una intelectual del siglo XXI, lo miraba a él y, más que pedirle auxilio, daba la impresión de evaluar sus fuerzas, de estar amenazándolo.

—¿La excepción fue el club? —insistió Castillo con la mirada fija en los ojos de tinta de la escritora.

—¿Cómo? —preguntó la agente literaria sin comprender, como si hubiera perdido el hilo de la conversación.

—Acaba de decirme en el dormitorio que, a pesar de estar terminando un libro, Abril no se había aislado del todo en esta ocasión. ¿Adónde fue? ¿A quién veía? El oficial Pontones me habló de un club de lectura y una cena.

Carmen Mitre contuvo una incipiente sonrisa que revelaba su triunfo: por el interés del policía, dedujo que por fin la teoría de la desaparición forzada entraba en juego y se perfilaba como una opción. Se había salido con la suya. Saboreó su éxito y se disponía a responder cuando Pontones se le adelantó:

—La señora Del Pino aceptó la invitación a cenar del Rame-Tep, un club de lectura especializado en novela negra. La cena fue el viernes pasado, en la librería Las Palabras Mágicas.

—¿Y por qué aceptó?

La agente literaria paseó su mirada de Castillo a Pontones y de Pontones a Castillo con suficiencia.

—Nadie le dice que no al Rame-Tep, inspector. En el mundo editorial español es ahora mismo uno de los colectivos con más poder. Tiene cientos de miles de seguidores en las redes sociales y un increíble prestigio entre los adictos al crimen. Lo que lee el Rame-Tep es lo que se lee. Abril me llamó desde el Uber que la llevó a Las Palabras Mágicas. Luego ya no he vuelto a saber de ella.

—¿Qué hora es?

—Poco más de la una y media —informó Pontones.

—Con un poco de suerte la librería no interrumpirá la jornada. Algo nos podrán decir. Iremos en mi coche —decidió Castillo— y usted, señora Mitre, se vendrá conmigo. Ya me explicará mejor por el camino todo lo relativo a ese encuentro. Pontones, quédese aquí hasta que lleguen los compañeros. Concluya la inspección ocular e intente localizar a los miembros del Rame-Tep. Si en las próximas horas la señora Del Pino sigue sin aparecer, tendremos que interrogarlos a todos.

El sonido de sus mensajes era el de una gota al caer y, aunque la mayor parte del tiempo mantenía el móvil en silencio, en época navideña no podía permitirse ese aislamiento, porque la librería la necesitaba alerta, siempre pendiente. Con su tendencia a crear literatura a partir de las situaciones en apariencia más estériles, Ágata recordaría más tarde que, cuando sonó el aviso, se disponía a leer un rato en la cama después de haber comido frugalmente en la tienda, y las campanas de una iglesia cercana acababan de dar las dos. Esto último era mentira, porque las campanas no suenan en Madrid para dar la hora, pero así le gustaría contarlo a ella.

La pantalla del teléfono se había iluminado y el nombre de Bergman la había ocupado como un relámpago. Luego, de nuevo la oscuridad. En un principio, decidió ignorar el mensaje y concentrarse en la lectura, pero le pudo el remordimiento de conciencia: mientras ella disfrutaba de la soledad en su habitación, con el sol de invierno acariciando las cortinas blancas del balcón y el rumor indefinible de la vida en la plaza circulando como savia estimulante y viva alrededor del viejo escritorio heredado de su abuelo, Bergman

bregaba en la planta baja con la clientela. Quizás estaba desbordado y necesitaba su ayuda, o tal vez solo estaba aburrido y buscaba que el chateo lo entretuviera. En cualquier caso, decidió averiguarlo. Dejó el libro sobre el edredón y con un par de rápidos movimientos accedió a la aplicación de mensajería para saber qué quería decirle.

Entonces se sobresaltó y la gata Tempestad, que reproducía a escala cada uno de los estados de ánimo de su dueña, abandonó su mullido refugio a los pies de la cama con dosel y saltó al regazo de Ágata, como si esta acabara de leerle en voz alta lo que Bergman había escrito y necesitara verlo con sus propios ojos porque no se lo podía creer. El mensaje era escueto:

«Está aquí la policía».

Y Ágata, casi en un acto reflejo, movida por un impulso, respondió:

«Ahora mismo voy».

—Se acabó la siesta, Tempestad —dijo con una mezcla de fatalidad y sorpresa—. Abajo se requiere nuestra presencia.

Mientras Tempestad montaba guardia delante de la puerta cerrada del dormitorio, a la espera de que su dueña estuviera lista, Ágata se entretuvo en recomponer su aspecto y liberarlo de la somnolencia que, como una niebla, solía emborronarlo a aquella hora del día que transitaba entre la mañana y el atardecer. En el pequeño baño privado, al que se accedía por una ajada puerta de madera junto a la cama, se miró en el espejo redondo, colgado sobre la pila, e hizo un par de muecas.

Era una mujer atractiva, aunque ella formuló para sí la sentencia de una manera un poco distinta. Se dijo: «*Todavía* eres una mujer atractiva».

*Plop*. Otra gota, otro mensaje.

Ágata miró el móvil que había dejado apoyado sobre el armarito del botiquín. De nuevo Bergman:

«Date prisa».

Pero ella no se inmutó y continuó analizando su reflejo.

Hacía ya algunos años que había cruzado la frontera de los cuarenta y una cadena de imperceptibles acontecimientos, como fichas de dominó cayendo una tras otra en el vacío, se había desatado en el desprotegido territorio de su anatomía con el efecto a la vez arrasador y purificante de un tornado: la melena rubia, que siempre dejaba secar al aire, había evolucionado del dorado bucólico al pajizo resistente en un proceso que a ella le había pasado desapercibido; el cuello, las rodillas y los codos habían perdido la tensión de la juventud, y el vientre se había relajado de forma incorregible aunque discreta. Sus facciones —los pómulos afilados, la nariz recta, el contorno angular de su rostro pequeño y armónico, frágil y duro, como el de las actrices de las películas subtituladas que Bergman se sabía de memoria— también se habían transformado, pero tan levemente que solo un observador muy avezado sería capaz de percatarse del cambio... como si en un escenario lleno de objetos se hubiera movido solo uno y apenas unos pocos centímetros.

Su talante, sin embargo, no había cambiado; la forma en que habitaba su cuerpo y lo vestía, fiel a una sobriedad que delataba su absoluto desinterés por gustar o no a los demás, le confería una fortaleza fría, de heroína de la resistencia, que atraía e intimidaba a partes iguales. Además, gracias a las caminatas con las que desfogaba su exceso de energía, que se sumaban a su carácter más

bien nervioso e inquieto, se mantenía espigada. Y, por último, también sus ojos seguían siendo los mismos. Para muchos, la mirada verde de Ágata resultaba insostenible: demasiado escrutadora, demasiado felina, portadora de una insolencia anticipada y congénita; un escudo protector.

*Plop*.

Ágata suspiró y leyó el tercer mensaje de su amigo:

«¿Qué parte de "date prisa" no has entendido?».

—Está bien, Bergman, tú ganas. ¡Basta por hoy!

Se apartó del espejo y confirmó con un rápido vistazo que el dormitorio estaba en orden. En la estancia todo era antiguo y el estilo recargado de los muebles contrastaba con la austeridad monocroma de las paredes, las sábanas, las cortinas y el edredón, de un blanco que, al amanecer, con la visita de la primera luz, se volvía cálido.

En cuanto al rastro de su moradora en aquel espacio un tanto anacrónico, era casi inexistente: dos fotografías en blanco y negro, dos libros y un jarrón con un nutrido ramillete de flores secas. El jarrón, también blanco pero estampado de lilas, descansaba en el suelo de parqué, muy cerca de las patas como garras de un gran armario de madera que su abuela, de origen andaluz, solía llamar «el armario colorao», porque su interior estaba forrado con una tela de un cegador rojo sangre que, con el paso de las décadas, quién sabe si de los siglos, había perdido el brillo. Las fotografías, tomadas por su abuelo Jerónimo Caballé, uno de los fotógrafos más importantes en los círculos literarios del siglo XX madrileño, eran retratos de Ernest Hemingway y de Agatha Christie, que en 1967 había visitado de incógnito Madrid y Toledo, y había dejado tal huella

en Jerónimo, desde siempre entregado lector de sus intrigas, que este no había parado hasta convencer a su hijo para que su primera nieta heredara el nombre de la escritora de suspense. Por eso la bautizaron Águeda, un «salvoconducto» religioso en la España de la recién nacida democracia, para que su abuelo y muy pronto el resto de la familia pudieran llamarla Ágata.

¿Y los libros? ¿Quién hubiera imaginado que en el dormitorio de una veterana librera solo habría dos, además de un gastado diario con las tapas de piel vuelta?

Uno de ellos era el que acababa de dejar al recibir el mensaje, una antología del cuento estadounidense. La recopilación era una novedad que había tomado prestada de la librería; una costumbre, la de subirse lecturas de la tienda y luego devolverlas a menudo desencantada, que le permitía estar al día de las tendencias literarias sin acumular ejemplares en aquel pequeño apartamento del piso superior que le servía de vivienda.

El otro ejemplar, relegado a la única estantería del cuarto, un tosco tablón de madera sobre el escritorio, era una edición vieja y gastada, de aspecto barato, en la que las letras de la cubierta y el lomo empezaban a apagarse por culpa del trasiego vivido y el paso de los años. Aquella novela y su propietaria habían viajado mucho y durante largo tiempo hasta instalarse sin fecha de partida en aquel cuarto con vistas a la plaza de la Marina Española, sobre el bullicio de Las Palabras Mágicas, y en el transcurso imparable de la aventura, todavía en marcha, de la supervivencia cotidiana, se habían convertido la una para la otra en únicos testigos, y a veces también en mutuos carceleros. Había días en los que Ágata amaba aquel libro —aquel y no otro, porque situaba al mismo nivel de

importancia el objeto y la historia que, como una caja de Pandora, guardaba dentro— y noches en las que el insomnio azuzaba su odio hacia él hasta provocarle náuseas y la necesidad de agotarse con uno de sus interminables paseos.

La novela era *Cañas y barro*.

—Creo que nos conocemos.

Precedida de Tempestad, Ágata había descendido ágil por la estilizada escalera de caracol con barandilla de hierro forjado que unía la primera planta con la librería, donde el inspector José Manuel Castillo, acompañado de Carmen Mitre, la estaba esperando. Aparte de Bergman y los dos inesperados visitantes, no encontró en la tienda a nadie más, a pesar de que la hora de la comida era la más impredecible para el negocio, que a menudo, y más en fechas navideñas, tenía en ella uno de sus picos de venta.

—Ágata... —murmuró Bergman con alivio—. ¡Qué bien que estuvieras despierta!

Seguro que Bergman estaba preparado para recibir como reacción a su alegría algún comentario irónico por parte de su amiga, o el bufido de Tempestad como un adelanto del disgusto de su dueña, pero nada de esto sucedió, porque la atención de Ágata, y por extensión la de la gata esfinge —las dos inmóviles al pie de la escalera— se había detenido en la mirada de sorpresa del inspector.

Fue él quien rompió el silencio.

—Creo que nos conocemos.

Y era verdad, aunque jamás se habían dirigido la palabra, ni se habían dado sus nombres de pila. Como mucho, quiso creer ella al

recordar en un fugaz repaso las últimas veces que se habían encontrado, se habían regalado una sonrisa a modo de saludo o un leve movimiento de cabeza, nada más; gestos pequeños, prácticamente imperceptibles, con los que ambos agradecían a la casualidad volverse a ver y mantener con vida la posibilidad de hablarse algún día; un día que, de repente y por el motivo más peregrino, había llegado ya.

—¿Os conocéis? —repitió Bergman convirtiendo en pregunta la intuición del inspector e inoculando a sus palabras, o al menos eso le pareció a Ágata, el germen de unos celos que en él aparecían a la primera de cambio.

—Sí —se adelantó ella a responder mientras recorría los pocos pasos que la separaban de Castillo y le tendía la mano—, aunque no sé yo si conocerse es mucho decir. Ágata Caballé. Un placer.

—Hasta ahora, para mí era «La mujer misteriosa del Retiro». Inspector José Manuel Castillo —se presentó él con simpatía y sin añadir comentario alguno, dispuesto a que fuera Ágata quien explicara cuál era su vínculo.

—Hace ya algunos años que el inspector y yo nos cruzamos por el parque. Él corre y yo paseo, nuestros ritmos son diferentes, pero a fuerza de coincidir al amanecer hemos adquirido el hábito de saludarnos.

—Sobre todo en el camino de las fuentes.

—Es verdad —repitió ella, sin poder evitar que se le escapara una sonrisa—: sobre todo en el camino de las fuentes, que es mi favorito.

De nuevo, silencio.

Desde niña, a Ágata le había gustado esconderse y no había tardado mucho en decidir, entre los recorridos ocultos del Parque del Retiro, el que le gustaba más: una red de senderos de tierra húmeda, protegidos por la sombra de los árboles, que confluían en rotondas idénticas, cada una de ellas presidida por una pequeña y silenciosa fuente de piedra, de la que ya no brotaba el agua. Había sido en una de esas rotondas solitarias donde José Manuel Castillo y Ágata se habían cruzado por primera vez, hacía ya más de dos años, y la repetición de la coincidencia, poco a poco, había hecho su efecto. Nunca se lo dirían el uno al otro, pero a menudo elegían aquel trayecto pensando en el encuentro, con el deseo algo ingenuo, juvenil, de que el otro apareciera.

Ágata escribiría esa misma noche en su diario, con el tono desenfadado y superficial de una novela romántica, que, al estrechar la mano del inspector, una corriente la había llevado por un instante a las mañanas en el parque, donde la apariencia de Castillo, que corría con gastados pantalones de chándal y camisetas blancas de algodón muy finas, en las que las manchas de sudor se dibujaban con insolencia, nada tenía que ver con el atractivo aspecto del hombre maduro y aseado, que aquel último lunes del año había entrado en su librería y, sin pretenderlo, se había colado en su vida.

—Díganos, ¿en qué podemos ayudarle? Carmen, me alegra verte.

—¿Ustedes tres se conocen también? —quiso saber Castillo.

—El mundillo editorial es muy pequeño, inspector. Aquí nos conocemos todos —se apresuró a aseverar Carmen Mitre con evidente fastidio y sin desviar la atención de unos atónitos Bergman y Ágata, a los que les espetó sin más preámbulos y con enfado—: Abril ha desaparecido. Algo tuvo que pasar en la cena del Rame-Tep.

—Una de las reglas para ser anfitrión de una cena del Rame-Tep es que no puedes contar nada de la cena del Rame-Tep —recitó Bergman, lacónico, como respuesta—. Se parece un poco a la primera regla del club de la lucha; de hecho, apesta a plagio.

—¿Qué regla es esa?

—«La primera regla del club de la lucha es que no existe el club de la lucha», ¿no ha leído la novela?

—¿Es una novela? —El inspector nunca lo supo, pero fue esta muestra inocente de desconocimiento la que lo despojó de toda valía como ser humano frente a Bergman.

—Y también una película —aclaró este con condescendencia—. De las más flojas de Fincher para mi gusto, pero es que lo peor de Fincher le da mil vueltas al noventa y nueve, coma noventa y nueve por ciento del cine que se hace ahora.

—Referencias literarias y cinematográficas aparte, no hay mucho que contar, porque en la dichosa cena del Rame-Tep no pasó nada —intervino Ágata—. No pasó nada, Carmen, de verdad. Abril estaba feliz, brindó, se dejó querer y no se movió de la presidencia de la mesa prácticamente ni un segundo.

—No paraba de repetir: «¡Soy la novela negra! ¡Soy la novela negra! ¡La novela negra soy yo!» —dramatizó Bergman, que tenía la contradictoria cualidad de poder gritar bajito y había olvidado en una milésima de segundo su intención de guardar silencio—, pero todo de buen rollo. Bebió bastante, eso sí, todos lo hicimos, aunque no tanto como para que el alcohol estropeara el ambiente. Como dice Ágata, fue una velada muy normal. De todas formas, las fotos están en las redes. Las busqué al día siguiente por curiosidad. En las

cuentas de Instagram de *Cozy crime* y *Country noir* es donde se han publicado las de mejor calidad.

Los ojillos de Carmen Mitre se agitaron con nerviosismo.

—He revisado ya esas imágenes —replicó desilusionada—. Lo hice incluso antes de empezar a preocuparme. Forma parte de mi trabajo.

—Usted sí, pero yo no —dijo Castillo—. Ni he visto esas fotografías ni tengo la más remota idea de lo que están hablando.

—No me extraña. Teniendo en cuenta que no conocía *El club de la lucha*, nadie esperaría que estuviera al tanto de la existencia del Rame-Tep.

El inspector pasó por alto la provocación de Bergman y, en lo que a Ágata le pareció una bienvenida exhibición de humildad, replicó:

—Por eso estoy aquí, para que me lo expliquen.

—¿Qué es lo que quiere saber? —le preguntó ella, sorprendida de sí misma ante su espontánea predisposición.

Castillo iba a responder con un escueto «todo» cuando la conversación se vio interrumpida por el carillón que, colgado sobre la puerta, anunció la entrada de un cliente. Por instinto, los cuatro se volvieron para mirar.

—¡A las buenas tardes! —bramó Mariano al tiempo que levantaba su bastón, como si pretendiera arengar a un ejército invisible detrás de él.

A sus pies, el pequeño Godzilla ladró con una fuerza sobrehumana e insólita.

Y Tempestad, en un segundo, desapareció.

Bergman suspiró.

—¿Cómo es posible que ya esté aquí otra vez?

—¡Bergman, amigo! He venido a ver el libro. Ya es seguro que con la pensión del mes que viene me lo compro, pero, si no te importa, me gustaría echarle otro vistazo. Hay algunas cosas en la traducción que no me acaban de convencer.

—Claro que sí, Mariano. Te lo llevo al mostrador ahora mismo. —Bergman se disculpó con un gesto y Carmen aprovechó su marcha para secundarlo.

—Salgo a fumar. Vuelvo enseguida.

—Pues si lo que pretende es desconectar, lo lleva claro —le dijo el anciano mientras apoyaba su bastón en el viejo mostrador de madera—. En la plaza están rodando.

—¿Hoy? —Con un grueso volumen entre las manos, Bergman se acercó al escaparate para ver qué estaba ocurriendo fuera—. No me lo puedo creer...

—¿Qué es lo que pasa?

Castillo se aproximó al librero y suspiró con disgusto.

—No es un rodaje, es la prensa. Nos han seguido hasta aquí.

Al otro lado del cristal, parecía que estaban montando un campamento: varios grupos de hombres y mujeres trajinaban con cables, cámaras y micrófonos, ocupando la plaza casi por completo. Algunos, los que tenían la misión de dar la cara, iban maquillados en exceso y, concentrados, repasaban en sus móviles lo que dirían cuando conectaran con ellos en directo desde el estudio; el resto, con un atuendo mucho más informal, se dedicaba a buscar el lugar idóneo para la conexión, la luz correcta, el enfoque adecuado, que mostrara con claridad a los espectadores la entrada de Las Palabras Mágicas, donde Abril del Pino había sido vista por última vez.

—Les diré que no se les ocurra entrar y llamaré a los refuerzos. Si salimos en la tele, tú y yo no daremos abasto, la librería se va a llenar de gente y necesitaremos ayuda. —Se adelantó Bergman a lo que Ágata estaba pensando.

—No salgas, Carmen. Puedes fumar en el patio.

La agente literaria, todavía cerca de la puerta, dudó sin desviar la atención del ajetreo mediático, como atraída por una diabólica pulsión.

—¿No sería mejor dar la cara y contar lo que ha ocurrido? Abril no tiene secretos para sus seguidores y le gustaría que estuvieran al tanto de todo esto.

—Ni hablar. —El inspector fue tajante y con su tono no dio opción a réplica—. Fume en el patio, haga el favor.

Y así fue como Ágata y José Manuel Castillo se quedaron solos.

—Me alegra que sea usted.

—Y a mí me alegra que sea usted. No imaginaba que fuese librera.

—Ni yo habría apostado en ninguna timba por que usted fuera inspector.

Los primeros acordes de la banda sonora de *La edad de la inocencia* los trasladaron al Nueva York decimonónico de la novela de Edith Wharton. Ágata se sabía de memoria el orden de las piezas de aquella lista, confeccionada por Bergman a partir de las películas favoritas de los dos, que primero habían sido grandes libros. Pero, aun así, a pesar de haber escuchado cada composición hasta la saciedad, con *La edad de la inocencia* siempre se le erizaba la piel. Gracias a la música y a las historias atrapadas en el papel, la librería, lejos de permanecer inamovible en aquel lugar del mundo, se hallaba en constante movimiento, destinada al viaje interminable.

—Ayúdeme, Ágata. Explíqueme qué demonios es el Rame-Tep.

—Nadie sabe muy bien qué es el Rame-Tep, José Manuel... o, mejor dicho, nadie sabe muy bien «quién» es.

Aquella tarde, Ágata le contó al inspector que, durante los meses más sombríos de la pandemia, seis cuentas anónimas, relacionadas con la novela negra, habían irrumpido en las redes sociales: *Cozy crime*, *Country noir*, *La novela de enigma*, *El thriller nórdico*, *Espía como quieras* y *Detectives en serie*. Como única explicación sobre su identidad, en el breve espacio descriptivo de sus perfiles, las seis cuentas mostraban la misma frase: «Miembro implacable del Rame-Tep».

Amparados en el anonimato, los mensajes de reseñas y chismes del sector, que publicaban a diario y por docenas los heraldos sin rostro del misterioso club, no tardaron en llamar la atención del gran público. Los seguidores de las seis cuentas aumentaron con rapidez, y los escrúpulos de estas a la hora de adelantar noticias y desvelar secretos —desde los fallos de los más prestigiosos premios literarios a las deliberaciones de los jurados o los romances babosos de una noche de festival— desaparecieron. Nadie sabía quiénes eran ni de dónde sacaban la información, quién era su fuente, el creador o la creadora última de aquel despiadado juego de prestidigitación, que no solo se basaba en el popular deseo universal de descubrir lo que debe permanecer en secreto, sino también en las envidias que los escritores alimentaban entre sí; una feroz y silenciosa competencia, que se traducía en el aplauso soterrado de unos ante la crítica despectiva hacia los otros. Todos temían convertirse en el blanco de la crueldad del Rame-Tep y, al mismo tiempo, todos ansiaban que el Rame-Tep eligiera para su siguiente aquelarre las novelas de sus

compañeros. Las reseñas que escribían eran implacables e hirientes, y a menudo se hacían virales y prendían el fuego de linchamientos y polémicas que, como incendios difíciles de controlar, ardían en la red durante días, dejando a su paso un panorama desolador. Hubo quien se atrevió a aventurar con desprecio que la única intención del Rame-Tep era la de destruir, que era el odio la pulsión que se ocultaba tras su máscara y no la loable tarea de «liberar a la ficción criminal de la mediocridad, la bisoñez y el oportunismo de los farsantes», como rezaba su manifiesto.

—¿Hay un manifiesto? —se interesó el inspector al llegar a este punto del relato de Ágata.

—Así es, pero no me parece muy relevante ahora. Déjeme terminar con el panorama general y luego me pregunta lo que quiera. ¿Le parece bien?

A Castillo le pareció bien y Ágata continuó.

En diciembre de 2020, el Rame-Tep sorprendió a quienes lo acusaban de moverse únicamente en el terreno de la descalificación y anunció que la última semana del mes celebraría una cena para premiar al que, según su criterio, fuera el mejor escritor o escritora de género del año. El autor estaría invitado al banquete y, además de permitirle escoger el lugar de la celebración, la presidiría, ocupando el asiento destacado con el nombre de NOVELA NEGRA, todo un símbolo. El secretismo con el que se llevaron a cabo los preparativos del evento contribuyó a multiplicar el interés con el que se esperó su conclusión y, desde aquella primera edición, la cena anual del Rame-Tep, rodeada de rumores y filtraciones acerca de sus ritos, se convirtió en uno de los misterios más populares entre autores, editores y libreros, y consagró a los pocos elegidos para

ocupar la cabecera de su mesa como estrellas de la literatura criminal. Abril del Pino había sido la galardonada más reciente y había escogido, para festejar su ascenso al Olimpo del Rame-Tep, Las Palabras Mágicas.

—¿Se le ocurre por qué les eligió a ustedes? ¿Por qué quiso que se celebrara aquí la fiesta?

Ágata se encogió de hombros y negó pensativa.

—Quizás porque nuestras «catas literarias», donde mezclamos literatura y gastronomía, están de moda, aunque no son nada nuevo. La verdad es que no nos planteamos el porqué. Otros compañeros han acogido la cena en ediciones anteriores y su difusión posterior en las redes siempre les ha supuesto un aumento de visitas y ventas, así que, cuando nos lo propusieron, nos dimos prisa en decir que sí.

—¿Quién les contactó?

Divertida, Ágata se desplazó hasta la parte interior del viejo mostrador de madera, donde se entretuvo unos segundos hasta dar con lo que buscaba.

—¡He aquí! —dijo en tono de victoria, y le ofreció al inspector el sobre con el membrete dorado—. Deslizaron la invitación por debajo de la puerta. Bergman era el que estaba en la librería cuando ocurrió.

José Manuel Castillo revisó el sobre y su contenido con interés.

—Tendré que llevármelo.

—Por supuesto. Lléveselo. ¿Qué más necesita saber?

El inspector suspiró y se preguntó en voz alta por dónde empezar. En su mente se agolpaban un montón de preguntas. Le dijo a Ágata que su curiosidad se parecía «a la boca de una estación de metro en

hora punta», y le dijo también que rezaba por que Abril del Pino diera señales de vida en las próximas horas, ahorrándoles la apertura de una investigación que, *a priori*, se presentaba ante ellos como «un pasillo infinito de puertas cerradas».

—Veo que es usted un maestro de las imágenes.

Castillo sonrió y se acarició reflexivo su barba de dos días.

—También lo soy de la intuición y no creo que mis plegarias sean atendidas.

—Pues siento mucho lo que eso significa.

Los dos se miraron cómplices y Castillo concluyó:

—Significa que La Novela Negra ha desaparecido.

La luz de Valencia es otra luz. Ha vuelto a pensarlo esa misma mañana, al salir a la plaza de Cánovas y buscar en su bolso las gafas de sol. No importa que sea invierno, ni que la afirmación, por repetida, haya ascendido a la categoría de tópico. Da igual: la luz de Valencia es otra luz y anticipa el mar, compuesta por los miles de fragmentos microscópicos, como piel muerta, de los paisajes que ilumina. Los pinos de El Saler. La humedad del puerto y el sol del paseo de La Malvarrosa, donde se agolpan los restaurantes de arroz. El ritmo lacustre de la Albufera y el frescor de la piedra en el casco antiguo. En sus cuatro décadas de carrera, todas en el periódico, Tina Cremades ha descrito Valencia tantas veces que ahora la lleva dentro y, aunque nunca lo ha dicho en voz alta, sabe que no podría escapar de ella. Por muy lejos que intentara huir, la ciudad la perseguiría hasta obligarla a regresar. Tiraría de ella con la crueldad de una domadora de fieras.

De todas formas, eso no pasará, porque Tina no tiene intención de marcharse.

La tuvo, esa es la verdad, por eso aceptó prejubilarse y una tarde paseó con Félix hasta la librería Ramon Llull, en el barrio del Carmen, y compró una decena de títulos de literatura de viajes, que describían los destinos más recónditos: Dakar, Vladivostok, las Azores, las llanuras del Serengueti, Alaska, la legendaria Ciudad Prohibida... Félix y ella querían ver el mundo. Pero ahora Félix ya no está y ella no irá a ninguna parte.

Se enfrenta a su imagen en la marquesina de una parada de autobús, mientras espera el verde de uno de los semáforos de la Gran Vía Marqués del Turia, y en un acto reflejo se acaricia el rostro surcado por diminutas arrugas. Tiene el pelo blanco como la nieve —comparación odiosa ante la que se rindió hace mucho tiempo— y un cuerpo fibroso y pequeño, que transmite la sensación de alerta propia de un roedor.

Acaba de cumplir setenta años y rara vez se despierta antes de las doce del mediodía. Es la hora en que esa luz diferente tira de ella e insiste hasta que la ve en pie, tambaleándose por la casa, torpe y a la deriva, víctima de una angustia infantil que, desde que murió su marido, se resiste a ceder y a la que no encuentra el modo de dar salida.

Entonces abandona el piso en busca de auxilio y se dirige a la cafetería Aquarium, donde siempre pide lo mismo, su innegociable *esmorçaret*: medio bocadillo de tortilla con habas, un café americano y un zumo de naranja. Luego llega el primer Martini blanco de la jornada, con tres aceitunas, y el repaso de los manoseados periódicos a disposición de los clientes, que alterna con algún que

otro vistazo a la gran pantalla de televisión que preside una de las paredes del local.

Cuando pide el segundo Martini, Tomás, el viejo camarero, con el que mantiene una relación indestructible, construida a base de desayunos, cañas y aperitivos a lo largo de décadas, intenta disuadirla de convertir en rutina la ingesta de alcohol. Le ha dicho que está preocupado por ella: «Tina», murmura con discreción, tomándole la mano con afecto por encima de la barra, «no me gusta verte así».

Y a esa reconvención le sucede el silencio, porque Tina no pronuncia ni una palabra.

Permanece en una espera tensa, sin levantar los ojos del periódico, que termina con un suspiro de resignación por parte de Tomás y la preparación de un nuevo Martini con esas tres aceitunas que a Tina le gustan tanto y que acaban convirtiéndose en nueve e incluso en doce, según sea de insoportable la autocompasión en la que se haya instalado ese día.

La cafetería Aquarium es una de las más antiguas y con más solera de Valencia. Quizás porque se fundó en 1957, el año en que una riada apocalíptica inundó la ciudad, está decorada como un barco, con madera y falsas portas cuadradas sobre la cafetera y los estantes donde se exponen, orgullosas, las botellas de bebidas espirituosas. Alguna vez Tina se ha sorprendido pensando en estas como en un peligroso ejército.

Y casi ha decidido rendirse ante él... Pero todavía no.

Se acerca la hora de comer y hay más gente de lo habitual: grupos de oficinistas que anticipan la despedida del año y familias cansadas de las compras, con necesidad de picar algo y darse un

respiro entre tienda y tienda. Voluminosas chaquetas y parcas de colores chillones cuelgan de los respaldos de las sillas, y un carrito de bebé, repleto de paquetes y prendas de abrigo, descansa junto a la puerta.

Nadie se fija en ella, una señora que, a pesar de cierto desaliño y una incipiente embriaguez, no desentona con el aura festiva del establecimiento, pero ella se fija con discreción en todo y en todos. No lo puede evitar. Se trata de un hábito profesional del que no logra desprenderse. Sin embargo, en esta ocasión no se mosquea tanto por lo que sí ve como por lo que no oye. De pronto se da cuenta de que se han esfumado las conversaciones a su alrededor, porque la clientela al completo, pendiente de la tele, escucha embobada la última hora de uno de los matinales con más audiencia.

—¿Qué pasa? —pregunta Tina.

Y Tomás, sin apartar la vista de las imágenes a las que acompaña la voz en *off* de la presentadora del programa, le responde:

—Abril del Pino ha desaparecido.

—¡Vaya por Dios!

Aunque nunca la ha leído, Tina sabe quién es Abril del Pino porque a Félix le gustaba mucho. En el salón de su casa tenían una estantería con todos los títulos de la escritora, pero hace meses que metió en cajas de cartón la colección de novelas policiacas de su marido y se la envió a Gloria, con la esperanza de que José Manuel pudiera encontrar en la ficción criminal detalles útiles para su día a día en la comisaría, y la necesidad de apartar de su lado todo lo que le recordara a Félix. ¿Cuánto tiempo lleva sin saber de ellos? Se formula esta pregunta y, como por arte de magia, José Manuel

aparece en la pantalla intentando abrirse paso entre una maraña de reporteros. A Tina le hace gracia la coincidencia y también las gafas absurdas del inspector. Se espabila un poco y se concentra aún más en la noticia.

—Mírela. No sé cómo escribirá, pero guapa es un rato guapa.

—¡Tomás! ¡Repámpanos! —Exagera Tina—. ¿No sabe usted que ese tipo de comentarios ya no se estilan?

Entonces la ve.

A la imagen de la llegada de José Manuel Castillo al portal de la escritora, le sigue un primer plano de la novelista, y algo dentro de Tina, que nunca la había visto tan de cerca ni en un plasma tan grande, se estremece. Al principio, no reconoce la sensación, es incapaz de asociarla a lo que significa, pero en unos segundos, en cuanto el subidón de adrenalina empieza a hacerle efecto, sabe lo que tiene que hacer.

—¿Otro Martini? —la interrumpe Tomás en sus acelerados pensamientos.

Y ella le responde ya sin mirarlo, atareada en recoger sus cosas y comprobar cuanto antes su sospecha:

—No, hoy me tengo que ir.

—Seguimos sin noticias.

Estaba de pie, apoyado en el marco de la puerta y ni siquiera se había quitado la parca. Castillo no les dio tiempo a formular la pregunta. Sabía que, si su madre y Mónica lo habían esperado despiertas, era porque querían que les contara la última hora de la desaparición de Abril. La investigación había saltado a los medios

desde el minuto uno para conquistar el morboso interés de una audiencia harta de villancicos y buenas intenciones navideñas, y, sin duda, había amenizado su tarde en Brigüelillos.

—¿Hospitales? —preguntó Gloria muy seria.

—Ni hospitales, ni morgues, ni por lo visto salidas de ningún aeropuerto o estación, aunque aún tenemos que confirmarlo al cien por cien.

—Pareces cansado —le dijo Mónica con cariño.

Castillo sonrió mientras se masajeaba el puente de la nariz.

—Es que lo estoy. Ha sido un día duro. ¿Qué tal vosotras?

—Bien —continuó su mujer—. Los niños han caído rendidos muy pronto, así que nos hemos servido un vino y hemos ido saltando de un informativo a otro para verte. Has salido en todos. Estabas guapo.

—Menos mal.

Las observó durante un instante de silencio. Cada una ocupaba uno de los viejos sofás del salón en el que subsistían sus recuerdos de la niñez y por el que ahora, cada vez que venían a ver a la abuela, correteaban sus hijos. La chimenea estaba encendida y la penumbra que rodeaba el crepitar del fuego confería al ambiente un tinte de reunión secreta. Eran las dos mujeres que más quería y, sin embargo, o quizás precisamente por eso, no iba a contarles que había conocido a Ágata.

—Me voy a dormir. Os dejo solas para que sigáis bebiendo y conspirando tranquilas.

Hizo ademán de retirarse, pero un comentario de su madre lo detuvo.

—Ha llamado Tina.

Y, a Castillo, una añoranza que no sabía que tenía le subió a la garganta como una arcada.

—¿Por qué nunca me habías hablado de ella? —le reprochó Mónica—. Tu madre me ha dicho que de pequeño la adorabas.

—¿Cuánto tiempo ha pasado?

—Sin verla, mucho. Sin saber de ella, no tanto —aclaró Gloria—. Se me olvidó decirte que nos envió unas cajas con los libros de Félix. Pensó que podían serte útiles: novelas policiacas. Ya sabes que le gustaban mucho.

A Castillo se le cruzó el recuerdo de sus veranos de infancia en Valencia y vio a Félix leyendo junto al balcón del piso con vistas a la plaza de Cánovas.

—Es un detalle por su parte, aunque no sé cuándo encontraré un hueco para sentarme a disfrutarlas.

—Lo sé, pero a ella no se lo dije porque no quise hacerle un feo. Seguramente por eso se me pasó comentártelo, pero la llamada de hoy cambia las cosas. En esas cajas está la bibliografía completa de Abril del Pino.

Los ojos de Castillo, que se habían ido achicando por el agotamiento y la confortable penumbra de la vieja casa de pueblo, se espabilaron de repente.

—¿Dónde las dejaste?

—Las tienes en el desván.

—Voy a echarles un vistazo.

—¿Llamarás a Tina? Dice que tiene información importante sobre Abril.

Pero el inspector ya no respondió.

Se sentó en el suelo, delante de la caja, y se desprendió por fin de la ropa de abrigo. El desván era pequeño, abuhardillado e iluminado por una única bombilla oscilante, que emitía una extraña vibración. Había polvo y un montón de cachivaches, la vida entera de Gloria y la niñez y juventud de Castillo cristalizadas en una serie de variopintos objetos: álbumes de fotos, juguetes antiguos, libros de texto apilados contra la pared, un televisor viejo y un reproductor de DVD, ropa protegida en bolsas de plástico, un espejo roto... y, en el centro, la caja de cartón que Tina Cremades había enviado desde Valencia con todos los libros de Abril del Pino. Desde su ópera prima, *Ajuar sangriento*, a su título más reciente, *El iris diabólico*, una distopía en la que la inteligencia artificial de unos grandes almacenes comete el error (¿o no?) de asignar los datos del iris de uno de los asesinos más buscados del país a tres individuos diferentes, que acceden al recinto en segundos consecutivos: un barrendero, un traductor jurado y una *drag queen*.

Durante su cata del universo literario de la desaparecida, a Castillo se le pasaron las horas. Bajó a la cocina y devoró un táper de pasta con tomate. Luego volvió a subir, pertrechado con una lata de cerveza bien fría, y continuó leyendo aquí y allá, saltando de una novela a otra, sorprendido por la imaginación de la autora. Cuando se cansó, con los ojos enrojecidos por el agotamiento, trasteó con el móvil y, queriendo o sin querer, aterrizó en el perfil de WhatsApp de Ágata, que le había dado su teléfono por si le surgía cualquier duda relacionada con el Rame-Tep. Desde el circulito de su imagen de perfil, Tempestad lo miraba inquisitiva y él sonrió. En la parte superior del móvil, vio que eran más de las tres de la madrugada, pero no lo pudo evitar y escribió: «Ha sido una alegría conocerte» e,

inmediatamente, inquieto, salió de la aplicación avergonzado de su travesura; una acción *a priori* inocente e inocua, que es como suelen ser las acciones que dan pie a las grandes crisis de la historia de la humanidad.

Para olvidarse de lo que había hecho, aunque eso iba a ser imposible, buscó en la red los principales titulares relacionados con la noticia del día:

> ***El País:*** Desaparece Abril del Pino, famosa escritora de ficción criminal.
>
> ***El Mundo:*** Sin noticias de la autora de novela negra Abril del Pino desde que el pasado 26 de diciembre recibiera el reconocimiento del Rame-Tep.
>
> ***El Confidencial:*** Buscan a la novelista de misterio Abril del Pino, desaparecida en Madrid después de recibir un premio por su carrera literaria.
>
> ***El Huffington Post*:** ¿Secuestro, accidente u operación de *marketing*? La desaparición de Abril del Pino supera la trama de la mejor de sus novelas.
>
> ***ABC*:** La desaparición de Abril del Pino: una librería, una cena y un club literario bajo sospecha.
>
> **@IaCoMad** en X: Desde la agencia compartimos la preocupación por la desaparición de nuestra representada, la gran novelista Abril del Pino, y confiamos en el trabajo de la **@Policia** para dar con su paradero. Agradecemos también todas las muestras de afecto que no dejan de llegar a nuestras oficinas y que compartiremos con Abril en cuanto vuelva a casa.

Perfil de Instagram de **@NoSinMisLibros83**: Imagen, las tres últimas novelas de Abril del Pino en la penumbra, junto a una vela encendida. Texto: Oremos todos juntos por la feliz resolución de este misterio. Estés donde estés, eres maravillosa, tus historias son inolvidables y rezo cada segundo para que regreses pronto con nosotros, **@AbrilDelPino**.

**@VerdadesACanonazos** en X: Por fin tienes lo que te mereces, puta.

# Jueves, 2 de enero de 2025

Habían pasado dos días desde que Carmen Mitre denunció la desaparición de Abril del Pino, pero Bergman, que acababa de llegar a Las Palabras Mágicas tras prestar declaración en comisaría a primera hora, había volado mucho más lejos en su particular interpretación de los hechos, hasta los años ochenta. En 1985, Barry Levinson y Chris Columbus rodaron una obra maestra, inspirada en los personajes geniales de Arthur Conan Doyle. Lo que hicieron fue «manipular» la historia de su emblemática pareja y alterar un «poquitín» su pasado. Se preguntaron qué hubiera ocurrido si Sherlock Holmes y el doctor John Watson se hubieran conocido antes, en su adolescencia. El resultado de tal delirio fue *El secreto de la pirámide*, una traducción del título original, *Young Sherlock Holmes*, que Bergman aborrecía, aunque desviaba mucho más la atención hacia el Rame-Tep, la encarnación de la maldad en la película y origen del club cuyo protagonismo en el hecho de que Abril se hubiera esfumado sin dejar rastro no tardó en confirmarse.

—¡Qué madrugadora!

—Feliz Año Nuevo, amigo —dijo Ágata al verlo—. Estaba tan concentrada intentando recuperar el orden alfabético que no te había oído entrar.

—¿Y tampoco has oído a la gente en la puerta?

—He «elegido» no oírla.

—Pues me encantaría que me enseñaras cómo se hace eso, porque yo no sé cuánto podré aguantar con este circo a solo un

escaparate de distancia. Nos hemos convertido en un lugar de peregrinación.

Ágata frunció el ceño sin desviar la atención de su tarea, empeñada en ganar espacio en la estantería para que cupiera un grueso ejemplar de Compactos Anagrama color ámbar. Con su expresión, que Bergman descifró sin problema, quería darle a entender que exageraba, pero él sabía que tenía razón. Al desembarco de la prensa en la plaza, le había sucedido el de los lectores fanáticos de Abril, un variopinto grupo de hombres y mujeres entre los que costaba encontrar un factor común. Había un par de chicas muy jóvenes, en la veintena; una mujer madura, de rostro amable, con la piel marcada por el tabaco, a la que Bergman había atendido alguna que otra vez, y que siempre se llevaba novelas baratas, protagonizadas por detectives; un hombre que rondaba los cincuenta y recorría la acera frente a la librería, arriba y abajo y vuelta a empezar sin detenerse, con la cabeza gacha y las manos en los bolsillos de su pantalón de chándal, taciturno; una pareja de ancianos, cogidos del brazo, inmóviles en una esquina desde la que miraban Las Palabras Mágicas con gesto amenazador, como si la tienda tuviera la fuerza de atracción de un agujero negro y Abril hubiera sido succionada por él... había un par de tunos, que seguramente aún no se habían ido a la cama, cantando *En la noche perfumada*, y una barrendera de servicio, que se había detenido a escucharlos y los miraba complacida, con su mano apoyada en el carro con el depósito para los residuos. El inventario humano era variopinto y orbitaba alrededor de media docena de gruesas velas, protegidas por ramos y flores sueltas, y también fotografías de la escritora, recortes de revista, dibujos torpes, hechos a lápiz, que

vagamente recordaban a ella, primeras páginas de sus libros arrancadas, en las que Abril había firmado en su día, dedicando el ejemplar en una presentación o en una caseta de feria, mientras buscaba alguna pregunta amable con la que establecer un contacto mínimamente afectuoso con el lector, más allá de la mera transacción. Y sobre aquel improvisado altar, sujeto con cinta aislante al palo de una escoba, un cartón en el que alguien había escrito con letras mayúsculas y vacilantes la palabra «VUELVE».

—En cuanto abramos, van a entrar.

—Pensemos en positivo —lo animó Ágata con un imprevisto optimismo—: sabemos que les gusta leer a Abril del Pino y podemos ofrecerles todos sus títulos.

—De Abril ya se lo habrán leído todo...

—Bueno, pues podemos ofrecerles novelas criminales que se parezcan a las suyas. Lo que tenemos ahí fuera es una caterva de potenciales clientes.

—No negaré que me sorprende tu actitud.

Bergman se había atrincherado en el mostrador para encender el ordenador y arquear la caja. Faltaban minutos para la apertura y el comportamiento de Ágata lo descolocaba. Pensaba que era transparente para él, pero de vez en cuando, en mañanas como aquella, tenía dudas. Lo que estaba claro es que, si ella bajaba temprano, se ponía a ordenar los libros de Bolsillo voluntariamente y utilizaba para dirigirse a su interlocutor «amigo» o «amiga» al final de la frase, apelando a una simpatía no muy frecuente en su personalidad más bien arisca, algo quería.

—¿Te cayó bien?

—¿Abril? —Bergman se encogió de hombros, arrancado de cuajo de su eterno monólogo interior—. Me pareció un poco histriónica, pero, teniendo en cuenta que era la protagonista de la fiesta, veo normal que sobreactuara un poco. Por aquí han pasado autores bastante más impostados que ella. Me quedé con una cosa que dijo, no sé si te diste cuenta... es raro que no lo comentáramos después.

—¿El qué?

—En ningún momento habló de «Arte», solo habló de «oficio». Fue humilde y eso me gustó.

—¿No crees que quien se inventa historias terribles esconde algo terrible en su interior?

La sorpresa de Bergman ante aquel diálogo insólito aumentaba en progresión geométrica con cada intervención de Ágata.

—Da igual a lo que nos dediquemos —dijo tras darle una vuelta durante un par de segundos—, creo que todos escondemos en nuestro interior cosas terribles. No hay nadie que no tenga una sombra. Por cierto, ¿dónde está Tempestad?

—La he dejado arriba. Sé que te molesta. Así empezarás mejor el año, sin sentirte amenazado.

—Ágata...

—Hablemos de lo realmente importante —continuó ella, haciendo caso omiso a la sorna de Bergman y acercándose a la escalera de caracol—. ¿Qué tal te ha ido por comisaría? Si buscas el plumero, estaba en el patio la última vez que lo vi.

Bergman emitió un gruñido de impaciencia y desapareció momentáneamente en la parte trasera del local, desde la que se accedía al pequeño patio que en verano les servía para las

presentaciones poco concurridas y los clubs de lectura, y en invierno como marco idóneo para la iluminación navideña y el árbol.

—¡Aquí está! —exclamó satisfecho, de nuevo en el campo visual de Ágata, que se había sentado en uno de los peldaños de la escalera—. ¿Qué quieres saber?

—¿Todo? En un rato me toca a mí y quiero estar prevenida. Todavía tengo tiempo antes de irme. Puedo traer un par de cafés, si te apetece. Así me lo cuentas mientras desayunamos —sugirió—. ¿Bizcocho o churros?

—Esto parece el mundo al revés.

—¿Eso es un sí? ¿Quieres café?

—Con leche y sin azúcar, y acepto esos churros.

—Mejor bizcocho.

—Vaya, no tan al revés.

En los minutos que tardó Ágata en regresar, Bergman quitó el polvo de las cubiertas de los libros, escogió en Spotify una lista de jazz y cambió el cartelito que colgaba de la puerta e imitaba a un pergamino, de «cerrado» a «abierto». Iba a ser un día duro, se dijo mientras contemplaba el resultado de haber culminado con éxito el proceso de apertura. Las vísperas de Reyes siempre lo eran, pero este año al estrés controlado de la venta se añadía la incertidumbre por la desaparición de Abril con sus perturbadoras consecuencias.

Empezó a ordenar con desgana las pilas de novedades, a reponer las que estaban más bajas, a rellenar los huecos allí donde un título se había agotado o simplemente había desaparecido víctima de los ladrones de libros, que no eran pocos, e intentó concentrarse en su respiración y en el placer que le producía el olor de la librería, aquel bosque de papel, metal, madera y techos altos, que crecía imparable

y crepitaba alimentándose del sol que se colaba por el escaparate como un intruso. Debía tranquilizarse. Daniel y María, los universitarios con los que contaban en los picos de ventas, habían llegado sonrientes e imbatibles, gracias a la energía de la juventud. Ellos bregarían, al menos al principio, con los fans y los curiosos. Estaba a salvo en su lugar favorito del mundo, con la música que le gustaba y un rincón especial para él en las últimas estanterías de Cine, donde Ágata le había permitido montar su propia sección. La había llamado «También es una película» y había incluido en ella un buen puñado de obras maestras de la literatura que se habían adaptado a la pantalla. El ejercicio de relajación empezó a dar sus frutos y Bergman, sin darse cuenta, se sumó al solo de cuerda que inundaba el ambiente y empezó a tararear con cierta despreocupación la melodía, pero de pronto se detuvo como si algo olvidado y sepultado en las profundidades de la memoria, contra su voluntad, hubiera salido a flote. Su rostro se ensombreció y se quedó inmóvil, pensativo y atenazado por el remordimiento.

En la comisaría no había dicho toda la verdad.

—¿Me vas a contar qué tal te ha ido o no?

Bergman sabía que Ágata estaba asustada, igual que él, e intuía que escondía un secreto antiguo, un secreto «raíz», como esa clase de dolor eterno en las articulaciones que padecen los ancianos, gracias al cual pueden predecir la lluvia.

—¿Y esa tirita?

Mientras dejaba sobre el mostrador las provisiones que había traído del bar, ella siguió la mirada de Bergman hasta su anular

derecho, con la yema y la uña protegidas por un pequeño apósito, y se encogió de hombros.

—He estado sacando los libros del fondo de las estanterías a primera línea antes de que llegaras, y debo de haberme cortado con el papel... ni siquiera me he dado cuenta, solo lo he visto cuando ha empezado a sangrar... y que conste que ha sangrado mucho. Menos mal que soy una mujer de recursos... ¡Pero no intentes cambiar de tema!

—Lo que eres es una mujer bastante exagerada —contraatacó él, acostumbrado a su dramatismo—. Gajes del oficio. No me das ninguna pena.

Colocaron las dos porciones de bizcocho de limón sobre sendas servilletas de papel y los vasos de café en el peldaño superior de la escalera que utilizaron para sentarse. La clientela había empezado a llegar y pululaba entre las mesas. Se acercaba con avidez a las estanterías y escudriñaba los ejemplares colocados por orden alfabético como si entre ellos esperara encontrar un tesoro. Pero a Bergman y a Ágata no les molestaba la compañía. Más bien al contrario, se habían acostumbrado a formar parte de aquella escena coral y habían aceptado en sus conversaciones el riesgo de que cualquiera pudiera sumarse a ellas e intervenir, dándole a Las Palabras Mágicas un toque de Academia de Atenas.

Sin embargo, aquella mañana, imbuido quizás por la tensión de su reciente visita a la comisaría y la seriedad del encuentro que allí había mantenido con el inspector Castillo y un peculiar oficial al que todos se dirigían por su apellido, Pontones, Bergman bajó el tono a la categoría de susurro para referirle a Ágata su reciente experiencia y hasta qué punto creía haber sido útil.

—Aunque solo sea porque les he explicado cuál es el origen del Rame-Tep, ya les ha merecido la pena interrogarme. Saberlo es el mejor punto de partida para empezar a buscar quién está detrás.

—Eso desde luego, porque quien esté detrás tiene que ser alguien tan friki como tú, incapaz de superar la época dorada del cine en que se estrenaron *Los Goonies* y *Los albóndigas*.

Bergman se atragantó de la risa y el sorbo de café con leche se le fue por la nariz.

—No te burles. Fue de verdad una buena época. Te olvidas de los *Gremlins*, de *E. T.*, de *Cuenta conmigo*... el cine adolescente de los ochenta es un género en sí mismo y quienquiera que mueva los hilos del Rame-Tep lo sabe muy bien. Todo en el club es un juego: el secretismo, el manifiesto, ese halo de clandestinidad que lo envuelve... parece la obra de un personaje del primer Spielberg.

Ágata le dio la razón.

En *El secreto de la pirámide* el Rame-Tep era una secta malvada, aficionada a raptar quinceañeras londinenses a las que sacrificaba haciéndolas pasar por princesas egipcias, pero sobre todo era el plan de venganza de un taimado profesor, destinado a convertirse con el paso de los años y los cambios de identidad característicos de todo villano en James Moriarty, el eterno enemigo de Sherlock Holmes.

—¿Y no te han preguntado nada más?

—Me han preguntado si reconocí a alguno de los asistentes a la cena y también por el auténtico nombre de Abril. Aparte de lo de Virginia Robledo, no he podido ayudarles con ninguna de las dos cosas.

—¿Abril no se llama Abril?

Bergman apretó los labios mientras asentía para confirmar aquel descubrimiento. No tenía mucho más que aportar, ¿o sí? Se levantó y se dirigió al mostrador para rescatar al pobre Daniel del hombre del chándal, que insistía en que Abril estaba retenida en algún rincón secreto de la tienda, y cuando hubo calmado la situación, trasteó un poco en el ordenador y cambió la música.

—En nuestro honor —dijo con solemnidad impostada, y la banda sonora de *El secreto de la pirámide* se apoderó del local.

Ágata sonrió enigmática.

—Pocas cosas hay más difíciles para un escritor que describir la música —dijo—. A mí esta me encanta. Me recuerda mi infancia y también la época en que tú y yo nos conocimos, pero no sé expresar por qué me conmueve tanto. La música no encaja en las palabras, se rebela contra ellas.

Como buenos cinéfilos, Bergman y Ágata habían visionado juntos centenares de títulos durante sus años universitarios y así habían construido sin darse cuenta una mitología compartida que, con su reencuentro, se había vuelto a activar.

—Me gusta cuando dices esas cosas.

—Es una partitura injustamente olvidada —dijo ella, ignorando el halago.

—Lo sé. Me hace gracia cuando hablas así: «Una partitura injustamente olvidada». Eres una marisabidilla.

A Ágata, que Bergman bromeara con su forma de expresarse, una constante en su prolongada amistad, la reconfortaba.

—Escuchándola me imagino nuestra historia como una película de misterio.

—Una película de misterio que empieza ahora —completó Bergman, y Ágata sonrió—. Estás muy guapa, te pones poco ese vestido.

—Gracias —le dijo ella, que instintivamente repasó de un vistazo la idoneidad de su atuendo, un vestido de punto color beis, con cuello de cisne.

—¿Es porque vas a ver al inspector?

—Pero ¿qué dices? —negó ella sonrojándose un poco—. Si se parece a Gustavo Adolfo Bécquer. No hay nada que me atraiga menos que un hombre con pinta de romántico trasnochado.

—¿Seguro?

Ella calló y Bergman prefirió no insistir, pero supo que mentía. Por un momento, rectificó en su deducción acerca de aquel secreto antiguo que escondía su amiga y se preguntó si no ocultaría también otro más reciente, relacionado con Castillo. Para no obsesionarse con el tema, se limitó a sonreír con ironía y cambiar el tono de la conversación.

—¿Te has dado cuenta de que te encanta comparar a todo el mundo con algún escritor?

—¡Eso no es verdad! —protestó ella, y aquí fue Bergman quien no dijo nada más porque sí que lo era; una prueba incontestable de que para Ágata la literatura y quienes la escribían actuaban como sistema métrico universal, como referencia ideal, casi platónica, porque nadie era del todo Highsmith, Proust u Ōe, pero aspiraban a parecerse a ellos, los imitaban sin saberlo, como las sombras de la caverna reproducían de forma engañosa la deslumbrante luz del día.

—¿A que están mayores?

—Lo están, inspector, vaya si lo están, y el cóctel de gambas tiene una pinta francamente apetecible.

Sentado a la mesa de su despacho en la comisaría del distrito Madrid Retiro, Castillo le agradeció a Pontones el comentario y, antes de guardar el móvil, echó un último vistazo henchido de orgullo a la imagen que había convertido en su nuevo fondo de pantalla, una foto en la que aparecía flanqueado por Mateo y Guillermo, los tres satisfechos y guapísimos, vestidos para recibir el año nuevo en familia y sosteniendo en primer plano una copa muy ochentera con su famoso cóctel de gambas.

—¿Novedades?

Aquella mañana habían empezado temprano. A las nueve, Bergman, que les había pedido ser el primero para poder abrir Las Palabras Mágicas en su horario habitual. A las diez, Carmen Mitre, que acababa de marcharse y se había mostrado sorprendentemente hermética en comparación con su despliegue emocional del día de la denuncia, y a las once y media...

—Ágata Caballé ya ha llegado. ¿Le digo que pase?

«Para mí también», le había contestado Ágata a su «Ha sido una alegría conocerte». No lo había hecho en el momento, hubiera sido demasiado efusivo responder *ipso facto* a las tres de la madrugada, pero sí a una hora temprana del día siguiente. Tal vez nada más ver el mensaje, y eso estaba bien, se dijo Castillo, que desde que envió el texto vivía en una zozobra emocional constante y mantenía consigo mismo una enardecida lucha interior.

—¿Inspector?

—Sí, sí, perdone, hágala pasar y entre usted con ella. La interrogaremos juntos. Ha estado bien ser dos con Bergman y Mitre.

—Será un placer —puntualizó Pontones, muy feliz.

—Y sobre la identidad de la escritora, sobre los análisis de la Científica del iPhone y las copas que encontramos en el ático, sobre los nombres de los miembros de ese dichoso club... Sobre todo eso, ¿nada de nada?

—Aparte de Gonzalo Marcos, el secretario de Estado, y Emilio Luna, el abogado, a los que se reconoce con facilidad en las fotos de las redes, todavía nada, inspector —respondió el oficial.

—¿Familia?

Pontones negó con la cabeza, pensativo.

—Nada... nadie se ha identificado como familiar directo. Debía de estar muy sola —reflexionó Pontones, afligido—, pero aun así hemos recibido bastantes llamadas. La que más ha insistido ha sido una señora de Valencia. Dice que le conoce. Tenemos los teléfonos y haremos seguimiento.

—Es verdad. La señora de Valencia sé quién es. La llamaré luego. —Castillo pensó en Tina. Había olvidado lo insistente que podía llegar a ser.

—Está convencida de que un suceso ocurrido en una pedanía de Valencia en los noventa tiene que ver con todo esto.

Aquella nueva mención a la ciudad del Turia hizo que el inspector viera cómo una paella se materializaba ante él y tuvo hambre.

—¿Me trae un café de la máquina con una chocolatina cuando venga con la librera? Tenga —dijo sacando del bolsillo de sus chinos unas cuantas monedas—. Será el último, prometido. De mañana no pasa que empiece a almorzar fruta.

A semejante comentario Pontones reaccionó con una mirada incrédula.

—¿Algo que decir?

El oficial hizo el gesto de cerrarse la boca con cremallera y salió para cumplir su cometido.

El despacho de Castillo, diminuto y sin ventanas, tenía una gran luna de cristal en la pared frente al escritorio, que le permitía ver el trajín de la sala principal de la comisaría y abstraerse en aquel maremágnum de teléfonos, conversaciones, tipos humanos y neones amarillentos. Cuando no podía más, levantaba la cabeza del informe de turno o apartaba su silla con ruedas de la pantalla del ordenador, un mamotreto con un procesador del tamaño de un armario, y se sumergía en el extraño oleaje de la rutina policial, que transcurría ajena a los grandes acontecimientos del mundo, subterránea y pringada de sordidez frente a su cuchitril.

Fue a través de aquel cristal como el inspector vio llegar a Ágata Caballé, precedida de Pontones, que, con el café y la chocolatina, ofrecía una imagen híbrida, a medio camino entre policía y camarero, y se sorprendió una vez más ante el hecho de que aquella extraña mujer, a la que llevaba años encontrándose en el Retiro y sobre la que había elucubrado tanto, estuviera ahora recorriendo la breve distancia que separaba la entrada a las dependencias policiales de su incómodo cubículo.

No se sentía culpable por haberle enviado el mensaje. Era amable, de cortesía, y solo resultaba sospechoso por la hora en que lo había escrito. Al contrario, con aquella acción, cierta inocencia juvenil, que

creía ya muerta, había vuelto de repente para sumirlo en una agradable inquietud.

El deseo había dejado de atormentarle hacía tiempo. No es que hubiera desaparecido, es que Castillo había asumido que no podía aniquilarlo y, aunque quería a Mónica y le era fiel, había decidido, después de un prolongado sufrimiento, no culparse por desear a otras mujeres e incurrir en el cuestionable pecado de la fantasía.

Para él, Ágata era un océano.

Con ella había imaginado multitud de situaciones. La más recurrente, el momento en que por fin se atrevían a hablarse y se conocían. En su cabeza le había atribuido mil profesiones —nunca la de librera—, varios estados civiles; de vez en cuando, si tardaban en coincidir, alguna enfermedad; pérdidas y carencias, hijos y amores novelescos, complicados. Le había hablado, había paseado a su lado por el parque, adaptándose a su ritmo, había cogido su mano, se había reído con ella... pero nunca la había interrogado como parte implicada en una desaparición; nunca había ambientado sus fabulaciones en la comisaría ni había incluido a Pontones en el escenario.

—Aquí estamos —dijo el oficial tras llamar a la puerta con el codo y abrir sin esperar respuesta—, con su chocolatina y su café, para que se despida de ellos antes de empezar a almorzar fruta. ¡Infarto, *vade retro*! —concluyó guiñándole un ojo.

Castillo le dedicó una mirada asesina y se acercó a saludar a Ágata.

—Gracias por venir.

—Quiero ayudar. Me acabo de encontrar a Carmen en la puerta y me ha dicho que no han avanzado nada. A Bergman lo he visto en la

librería y opina igual.

—Eso es porque todo está mal desde el principio —confirmó el inspector con cierto hastío—. ¿Sabía usted que Abril del Pino no se llama Abril del Pino?

Los tres se sentaron alrededor de la caótica mesa que, demasiado grande para aquel espacio, complicaba los movimientos a su alrededor y estaba poblada de objetos predecibles: algunos expedientes en papel, el anticuado PC, una taza repleta de lápices y bolígrafos, unas tijeras, celo, una grapadora y una cajita de clips, una agenda con aspecto de estar todavía en blanco —probablemente un regalo navideño de compromiso— y un marco de plata con una fotografía familiar en la que Ágata se fijó sin disimulo, aunque Castillo, que detectó su interés, prefirió no decir nada y esperar a que fuera ella quien rompiera el hielo.

—¿Los gemelos son hijos suyos?

—Así es, y ella es Mónica, mi mujer.

—Pues a usted no se le parecen en nada. Es curioso, no se ofenda, pero me recuerdan a Charles Laughton. Seguro que ya se lo han dicho.

—Pues no, pero yo lo he pensado siempre —confesó el inspector mirando la foto con renovado interés y agradeciendo en secreto el reconocimiento de su propia opinión, que no solía compartir con nadie.

Ágata sonrió.

—Me gusta mucho el cine clásico y él es uno de mis actores favoritos. Podría ver mil veces seguidas *Testigo de cargo*.

Castillo iba a emitir su juicio sobre la película, pero decidió reconducir la conversación.

—Volviendo al tema: ¿sabía que Abril del Pino es un nombre inventado?

—No lo sabía, pero no me parece tan raro. Muchos autores cambian sus nombres para vender más libros. Apellidarse Pérez o García no contribuye a que te recuerden. ¿Cómo se llama Abril en realidad?

—No tenemos ni idea, por eso le decía que todo está mal desde el principio. El primer paso para orientar una búsqueda es conocer la identidad de quien se está buscando, y en este caso aún no la sabemos.

—¿No le han preguntado a Carmen?

—Por supuesto que lo hemos hecho —intervino Pontones, con tono ofendido—, pero la señora Mitre nos ha explicado que su relación administrativa con la señora Del Pino es a través de una sociedad limitada de la que aún no hemos podido obtener información. En estas fechas, los horarios y las plantillas se reducen al mínimo y se multiplica la dificultad.

—Estamos en ello —se excusó Castillo—, pero tenía la esperanza de que usted pudiera aportar un poco de luz sobre el asunto.

—¿Y eso por qué?

El inspector y el oficial intercambiaron una mirada cómplice y dedujeron que Bergman no le había contado a Ágata la parte más jugosa de su charla con ellos, cuando les había confesado la sospecha que no había dejado de rondarle por la cabeza durante la cena del Rame-Tep y en los días siguientes al evento: que Ágata y Abril ya se conocían.

—¿Desde cuándo conoce usted a Abril del Pino, Ágata?

—En persona, desde el viernes pasado, José Manuel.

—¿Seguro? —insistió Pontones, que se hacía un lío con los indicios no verbales de la mentira y nunca sabía cuál era el hemisferio del cerebro hacia el que, instintivamente y sin control, levantaba la mirada quien mentía.

—Seguro —subrayó Ágata impasible.

—Y, en cuanto a los miembros del Rame-Tep, ¿fue capaz de identificar a alguno?

—A la editora Virginia Robledo, ella era *Cozy crime*. Las máscaras que llevaban no servían de mucho, pero es que a los demás no los había visto en la vida. Había una anciana y un hombre joven, de origen oriental. Lo delataba el acento, pero eso es todo lo que puedo decirles.

—Nosotros hemos entrado en la web del club para ampliar un poco las explicaciones que usted nos dio y, a partir de las publicaciones en redes, hemos reconocido a otras dos personas que tienen un perfil bastante público, aunque de entrada no relacionado con la literatura. Mañana las interrogaremos —anunció el inspector —. ¿Le importaría si las citamos en Las Palabras Mágicas? Nos será muy útil poder reconstruir algunos hechos sobre el terreno.

—Por supuesto. Vengan cuando quieran. Mañana será un día de mucha venta, los Reyes Magos ya se acercan, pero tenemos el equipo reforzado, así que podremos recibirlos y echarles una mano en lo que haga falta.

—Se lo agradecemos. Y ahora cuéntenos si ha recordado algo más de la noche de la cena. Cualquier detalle, aunque le parezca trivial, puede resultar significativo.

Ágata se tomó un momento para responder a Castillo.

—No sé cómo explicarlo. Les parecerá una tontería.

—Una tontería, seguro que no —la animó el inspector—. Las mayores chorradas pueden ser a la vez pistas definitivas.

—¡Qué buena reflexión!

—Pontones, cállese.

—Lo que más me llamó la atención fue el ambiente folclórico del encuentro. Había imaginado las reuniones del club mucho más solemnes y, en cambio, todo me pareció un tanto casero, poco trascendental, casi repetido.

—¿Qué quiere decir?

—Fue como asistir a una representación en la que el público solo fuéramos dos.

—¿Abril y usted?

—No. Bergman y yo.

Castillo aguantó el silencio que se impuso tras aquella revelación, porque, cuanto más escuchaba a Ágata y observaba su forma de estar en el mundo, amparada en una tranquilidad desafiante, más tenía la sensación de estar avanzando por una placa de hielo que, cuando menos lo esperara, se quebraría para hacerlo caer en las profundidades heladas del Ártico.

—¿Inspector? ¿Sigue con nosotros? —masculló Pontones.

—Bergman nos ha contado que se conocieron en la universidad —dijo él para confirmar que continuaba atento a la conversación.

—Así es. Él estudiaba Imagen y yo Periodismo.

—Y luego estuvieron muchos años sin verse, porque usted se fue.

—Estuve en Buenos Aires. Allí aprendí el oficio de librera.

—Dicen que Buenos Aires es la ciudad con más librerías del mundo —apostilló Pontones, satisfecho con su erudición—. ¿Dónde trabajó?

—En la Librería Ávila, que antes fue la Librería del Colegio, una de las más antiguas... —Ágata se retiró un mechón rebelde detrás de la oreja y el inspector se imaginó que era él quien se lo retiraba—. ¿De verdad esto es útil para la investigación? Pensé que las primeras cuarenta y ocho horas después de una desaparición eran cruciales para el éxito de la búsqueda, y no quiero meterme en su trabajo, pero ya hemos cruzado de largo ese límite, y lo que sí les garantizo es que conocer los detalles de mi carrera no les va a ayudar en nada.

—¿Por qué se fue? —le preguntó el inspector haciendo caso omiso de su pequeña rebeldía.

—¿Perdone?

—¿Por qué se marchó de Madrid? —repitió mientras, siguiendo el trazado de un dibujo invisible, deslizaba su índice sobre la superficie de la mesa.

—No hay «una explicación». Era joven, quería ver mundo... luego resultó que en Buenos Aires encontré mi lugar entre libros y pude aprender el oficio.

—¿Y por qué volvió?

Ágata puso los ojos como platos, pero la actitud impávida de sus interlocutores la obligó a continuar.

—Mis abuelos murieron y heredé el edificio donde vivían y mi abuelo tenía su estudio de fotografía. Cuando la pandemia empezó a remitir, regresé y lo convertí en Las Palabras Mágicas. Necesitaba ayuda, llamé a Bergman para que trabajara conmigo y hasta hoy —concluyó antes de consultar teatralmente su reloj—. No puedo quedarme mucho más, la librería estará llena de gente.

—No se preocupe —dijo Castillo, que se levantó para dar por concluido el encuentro—. La acompaño a la salida. De todas formas, mañana nos veremos, así que si se nos ocurriera alguna otra pregunta...

—Por supuesto, mañana podemos seguir. Les puedo contar dónde tomé la primera comunión y a qué colegio fui. Además, ya tiene mi número.

Los dos hombres sonrieron levemente y Castillo dio la vuelta a la mesa para anticiparse a Ágata y abrirle la puerta del despacho. Luego la escoltó entre el trajín policial, como un caballero de la vieja escuela, hasta que los dos salieron al sol invernal de la calle Huertas.

Se dieron la mano. El tacto de la de ella era cálido. Él la tenía fría.

—No he querido ofenderle ahí dentro —se disculpó Ágata.

—No lo ha hecho. —El inspector cruzó los brazos, aterido, y se esforzó por mostrarse relajado y no como un adolescente poco diestro en inteligencia emocional—. Nadie ha llamado pidiendo un rescate, nadie ha denunciado un posible accidente o un suicidio...

—Pero tampoco ella ha dado señales de vida.

—En cualquier caso, no podemos descartar la desaparición voluntaria. Lo que no me gustaría es que se llevara una impresión equivocada de nosotros. Detrás del caso hay todo un equipo, el oficial Pontones y yo no estamos solos. Trabajamos duro. La información está en todas las asociaciones pertinentes y la noticia, en todos los medios.

—No lo juzgo. Usted es el policía, yo solo soy la librera.

—*Touché*. Si hubiera sabido que este caso iba a caer en mis manos, me habría preparado leyendo un montón de novelas policiacas. Intuyo que todos los implicados se mueven más por lo

que han aprendido de la ficción que por lo publicado en la sección de sucesos de los periódicos.

—Bueno —dijo ella conciliadora—, yo puedo ayudarle a cubrir ese vacío. ¿Cree que la clave está en el Rame-Tep?

El inspector se encogió de hombros y echó de menos sus gafas de sol nuevas antes de responderle:

—Ya se verá.

Y a continuación se sintió como un auténtico estúpido.

Ágata lo miró con interés, como si quisiera compartir con él muchas cosas, pero al final solo dijo:

—Hasta mañana, entonces. —Se dio la vuelta y echó a andar hacia la calle del León.

—Hasta mañana —respondió Castillo, y ya tenía un pie dentro de la comisaría cuando lo pensó mejor y salió de nuevo—: ¡Ágata! —la llamó alzando un poco la voz.

Ella se volvió, aunque no deshizo el camino que la separaba de él.

—¿Dónde tomó la primera comunión? —preguntó divertido, pero guiado por una intuición certera.

—En la parroquia de San Miguel y San Sebastián.

—¿Y a qué colegio fue?

—Al Madre de los Desamparados.

—No me suena ninguno de los dos.

—¿Ah, no? —Ella dudó un instante antes de continuar, le brillaban los ojos y se había ruborizado muy rápido, pero al final se decidió—: Eso es porque no están en Madrid. Están en Valencia, de donde yo soy.

—Es una ciudad preciosa. La conozco muy bien.

Algo en el interior de Ágata se iluminó.

—Bueno, está claro que no tanto como para localizar mi colegio. ¿Ha vivido allí?

—De pequeño solía ir todos los veranos. Es una larga historia. —Castillo hizo ademán de volver a entrar en el edificio—. Nos vemos mañana.

—¡Inspector! —lo llamó ella esta vez.

—¿Sí?

—Me gustó que me escribiera, pero será mejor que no lo vuelva a hacer.

Una vez, en la librería se coló un pájaro. Era un agaporni azul y gris. Ocurrió en primavera. Se escapó del piso de un vecino del barrio y entró por el patio como una exhalación, como si creyera que solo entre los libros iba a encontrar refugio.

A menudo, Ágata recuerda el episodio y vuelve a ver al agaporni, desorientado, describiendo inútiles vuelos cortos de las mesas a las estanterías, de las estanterías al mostrador y la escalera, y vuelta a empezar. Recuerda el sonido de sus alas agitándose con torpeza. Los clientes, y también Bergman y ella, se quedaron paralizados, todos fascinados por aquella imagen insólita. Luego entró en escena Tempestad.

Ahora el agaporni observa a Ágata con curiosidad desde el borde de la piscina, ladeando la cabeza en un gesto que a ella siempre le ha parecido de una escalofriante humanidad.

Es un viajero en el tiempo.

Se aguantan la mirada, pero ella cede al final y se concentra en las pequeñas ondas que produce el movimiento de sus pies en el

agua. El cielo está gris; el calor bajo, como una niebla densa y viscosa, fluye entre los pinos al otro lado de la cancela y se desliza resbaladizo por el césped de la urbanización. Apenas se puede respirar. Todavía es una niña y, aunque no puede verlo, sabe que a escasos metros de allí el viento de poniente riza el mar.

Lleva un bañador verde manzana con un timón blanco dibujado en el pecho.

Hubo un momento en que todos pensaron que ella podía haberse ahogado e imaginaron su cuerpo flotando a la deriva.

Pero no sucedió.

Ocurrió cuando ya la habían hecho sufrir tanto que ni siquiera oponía resistencia. Sin importar lo terrible que fuera el castigo, ella no se rendía nunca. Accedía a cualquier cosa con tal de que no la dejaran sola.

Hasta que un día se evaporó en el aire como si ella misma estuviera hecha de agua.

Unas horas más tarde de su conversación con el inspector en la puerta de la comisaría, Ágata duerme la siesta y su sueño se confunde con la vigilia: no debería haber sido tan sincera, no debería haber dicho la verdad sobre el colegio y la iglesia. Sin embargo, ha confiado en Castillo.

«¿Por qué lo has hecho?», se pregunta a sí misma en medio de ese sueño intermitente que la sumerge en el pasado y es casi pesadilla.

Abre los ojos y en la habitación vuelve a ser una tarde de invierno, víspera de Reyes Magos, en el corazón de Madrid, y todo está tranquilo.

Tumbada boca arriba en el centro de la cama sin deshacer, nota las patas de Tempestad mareando los flecos de la manta que la protege del frío, y se incorpora ligeramente para sonreírle. Le dice:

—El agaporni no contaba contigo. Menos mal que allí estábamos nosotros para protegerlo de tu ataque mortal y liberarte de una fechoría que te habría perseguido para siempre: si no hubiéramos impedido el crimen, ya nadie te habría llamado Tempestad, sino «Asesina de agapornis».

Tempestad emite un lastimero maullido que suena a excusa por su comportamiento y con el que parece responder: «Es imposible luchar contra la propia naturaleza», y Ágata la comprende.

La acaricia con suavidad entre las orejas, hasta hacerla ronronear, y en su mente regresa a aquel día de calor asfixiante, más de treinta años atrás, en el que Abril del Pino desapareció por primera vez.

# Viernes, 3 de enero de 2025

> Tonet y Neleta, siempre que penetraban en la Dehesa, se sentían dominados por la misma emoción. Tenían miedo sin saber a quién; se creían en el palacio encantado de un gigante invisible que podía mostrarse de un momento a otro.
>
> VICENTE BLASCO IBÁÑEZ,
> *Cañas y barro*

¿Cuándo fue la última vez que vio amanecer?

Tina se asoma al balcón. Todavía no son las siete y los perfiles de la plaza de Cánovas se intuyen entre las sombras que ceden poco a poco contra la luz. Hace frío y el cielo aún conserva ese azul oscuro que potencia el brillo de la luna, pero se siente a gusto. De hecho, hacía mucho tiempo que no se encontraba tan bien. Sostiene entre las manos un tazón de café caliente, no demasiado cargado, y vuelve a los veranos en que José Manuel era un niño y Gloria lo dejaba a su cargo. Últimamente, el discurso mental de Tina Cremades se empeña en retroceder cada pocos pasos. Debería convertirse en estatua de sal.

Se encariñaron mucho con el chico.

«¡Cuánto nos encariñamos contigo!» (también últimamente ha cogido la costumbre de hablar sola, variando la identidad de su interlocutor invisible, como si la palabra dicha tuviera la virtud de

conjurar al fantasma elegido, a la persona añorada, y devolverla frente a ella con la diligencia de una citación judicial). Se pregunta cómo será José Manuel ahora.

Al recordarlo, se dice que la nostalgia es una trampa peligrosa. Domina todos los códigos y está por todas partes, en todos los rincones de esa rutina que había abandonado y que, sin planearlo, acaba de recuperar: la de ver amanecer desde el balcón anticipándose al despertar de la ciudad, que para ella es la plaza con su fuente, abierta a la Gran Vía, y el jardín del río un poco más lejos.

Cuando era más joven, en lo que de repente le parece otra vida, encontraba la paz en las primeras horas, en ese momento fugaz en que el cielo viraba del azul oscuro al malva y del malva al amarillo, hasta que el sol barría el escenario e imponía su luz sobre los edificios de la ciudad marítima, cuando Valencia, literalmente, «se encendía». Esa era la señal para que Tina entrara en casa, se lavara los dientes y despertara a su marido antes de salir. Se sentaba al borde de la cama, junto a él, y le decía si volvería a comer o no y que, en cualquier caso, por la tarde se verían. A todo eso, Félix, al que aún le quedaba un buen rato para ponerse en marcha en su estudio de arquitectura, solía reaccionar con un «vale» que emergía de las profundidades del sueño y que Tina escuchaba ya desde la puerta.

Le gustaba llegar la primera a la redacción y entretenerse con las previsiones de la jornada y los últimos titulares antes de retomar los temas que estuviera investigando. Visitar los lugares de la noticia, conseguir declaraciones, buscar un enfoque que distinguiera su artículo de los textos publicados por sus colegas... El trabajo se le daba bien, era capaz de escribir con efecto pero sin florituras, de

informar sin renunciar a la construcción del relato y al revés, sabía cómo contar una historia sin colarse por sus grietas, haciendo equilibrios sobre la objetividad. Era una buena periodista que había empezado cubriendo sucesos y, poco a poco, con el paso del tiempo y el efecto de la constancia, había ascendido a las secciones más «nobles» del diario y había logrado mantener su puesto a pesar de las numerosas crisis del periodismo local, que se había instalado en la agonía sin acabarse de morir. Había escrito sobre cultura, había escrito sobre política y, en el apogeo de su carrera, más de una organización de la sociedad civil había reconocido la calidad de su trabajo con un premio. Sin embargo, no era el esplendor de aquellos últimos años dorados, de plenitud profesional, lo que la había despertado y, como una mano tendida desde un bote salvavidas, la había rescatado de las garras del duelo e impedido que se ahogara, sino la memoria de los primeros: los años en los que José Manuel pasaba julio y agosto con ellos, y Tina se lo llevaba cuando tenía que salir a cubrir pequeños incidentes sin consecuencias, que solo encontraban hueco en las páginas del diario porque, con el calor, nunca pasaba nada.

«¿No sabes lo que es una serpiente de verano?».

Cierra los ojos y ve al chaval más de cuatro décadas antes, en ese mismo lugar en el que ahora se encuentra ella. Solía pasar el rato pensativo, atento al ir y venir de la ciudad y sin demasiadas ganas ni necesidad de entablar conversación. No se cansaba de mirar el mundo. Al principio Félix y Tina pensaron que estaba triste, que echaba de menos a su madre y las rutinas de Brigüelillos, pero no tardaron en descubrir que se trataba de su extraña idea de la diversión: observar a los otros y atesorar comportamientos y detalles

que no entendía para analizarlos después. Un entretenimiento de hijo único con el que Tina se sentía identificada. Aquella actitud la convenció de que en el futuro podría convertirse en un buen periodista, pero verano a verano fue comprendiendo que no, que lo que perseguía José Manuel era algo mucho más profundo y menos coyuntural, le interesaban el bien y el mal, las pulsiones internas en el origen de las acciones humanas. Por qué hacíamos las cosas.

Cuando a los dieciocho anunció que quería estudiar Derecho para especializarse en criminología y llegar a ser inspector, Tina no se sorprendió.

Le dice al fantasma: «Lo tuviste claro desde el principio».

El sol ha dejado de ser una insinuación para mostrarse por completo y ella sale de su ensimismamiento, regresa al salón y recupera una de las fotocopias que ha dejado sobre la mesa. Es la de la portada del *Levante*, una de las cabeceras locales más importantes de Valencia, del lunes, 23 de agosto de 1993. Ha perdido la cuenta de las veces que la ha releído, pero lo vuelve a hacer y se estremece. El titular es como un conjuro que la traslada al pasado:

*DESAPARECE UNA NIÑA DE NUEVE AÑOS EN EL PALMAR*

*La menor acompañaba a su hermana y una amiga, que buscaban información para un trabajo escolar sobre Blasco Ibáñez*

*Por Tina Cremades*

*Página 11*

«¿No sabes lo que es una serpiente de verano?».

Ocupa un discreto espacio en la columna de breves de la derecha, entre la información sobre el proyecto de un nuevo trazado del tranvía y la última hora sobre un grupo de periodistas secuestrados por los sandinistas. Los datos técnicos del periódico, justo debajo de la cabecera y a la izquierda, incluyen la fecha, el precio —cien pesetas— y el nombre del director.

En las páginas interiores, la noticia se mezcla con el diagnóstico de un caso de cólera en Murcia, una matanza de zulúes en Sudáfrica y la incomprensible muerte de un marinero en un buque de investigación oceanográfica.

Las fotocopias rodean a Tina, cubren toda la mesa de centro y parte de la alfombra. Son el botín con el que se ha hecho tras su paso por la Hemeroteca Municipal, que visitó el 30 de diciembre, después de que en la cafetería Aquarium la imagen de Abril en la televisión terminara de golpe con el letargo de su duelo.

Sorprendida por la repentina resurrección de su instinto periodístico, pero decidida a hacerle caso, había cogido el autobús 93 en la Gran Vía Marqués del Turia y había aprovechado el trayecto hasta la plaza de Maguncia para revisar en su móvil la última hora sobre Abril. En ninguna de las informaciones aparecía su lugar de nacimiento, que tampoco se indicaba en la biografía incluida en las fichas de sus libros —«¡qué misterio!», dijo Tina con moderado regocijo ante esta ausencia—, pero sí había varias fotografías en las que posaba en primer plano. Mirándolas, Tina revivió la sensación que había experimentado minutos antes, al verla en la pantalla de la cafetería, y se repitió que no había posibilidad de error: la había reconocido. En todos los retratos los ojos eran los mismos, la mirada era igual, como una herida abierta y, a la vez, un arma defensiva,

pero debía confirmarlo recuperando los artículos que escribió para el periódico en los noventa.

Mientras el paisaje urbano desfilaba al otro lado de la ventanilla del autobús, Tina desempolvó con asombrosa facilidad las palabras de su primer jefe de sección: «¿No sabes lo que es una serpiente de verano?». Ella lo sabía perfectamente.

¿Qué edad tenía? Era joven y se sentía poderosa, porque acababa de firmar un contrato indefinido. Por fin había salido de la precariedad y se había incorporado a la plantilla fija de una de las cabeceras más importantes de Valencia.

Ocurrió en los últimos días de agosto. Fuera de la redacción, el calor golpeaba la piedra de los edificios y buscaba convertirse en incendio. El fuego y los crímenes machistas, que entonces aún no se llamaban así, se estiraban como Blandiblú para llenar cada edición. El asfalto ardía, el agua de las playas y las piscinas estaba tibia y no pasaba nada.

—¿No sabes lo que es una serpiente de verano? —le había dicho su jefe con condescendencia—. Pues hoy vas a empezar una. No importa el desenlace, esto nos va a dar para dos o tres páginas... más, si las cosas se tuercen, que no es que yo lo quiera. Ahora mismo te vas al Palmar.

Habían transcurrido poco más de seis meses desde el hallazgo de los cuerpos de las niñas de Alcàsser, semienterrados cerca de la Presa de Tous, y la tragedia había convertido cualquier sospecha de desaparición en motivo de alarma.

—Una cría se ha perdido allí. Están peinando la zona del Saler y la Albufera desde bien temprano. Aparecerá seguro, ya lo verás, no me pongas esa cara de susto, pero en lo que tarde en dar señales de

vida tú te escribes un par de buenas piezas. El número de palabras no es problema, que espacio nos sobra.

Nadie sabe a ciencia cierta cuál es el origen de la expresión, pero se cree que tiene que ver con Nessie, el mítico monstruo del Lago Ness, al que la prensa resucitaba todos los veranos para tener una historia con la que disimular la falta de noticias. Tina volvió a la engolada explicación del jefe de sección mientras atravesaba la plaza de Maguncia, que contaba con una pista de baloncesto y un pequeño parque desiertos, y se la repitió de nuevo ya dentro de la hemeroteca, al rellenar las fichas con los datos de los periódicos que deseaba consultar. Pensó: «¡Qué serpiente de verano tan larga!».

A los pocos minutos de formular su petición, un técnico depositó ante ella dos tomos que incluían lo publicado en el intervalo de fechas que Tina había establecido. Eran muy gruesos, tenían las pastas rojas y estaban cerrados con dos cintillos de tela sucia. Los desanudó con manos temblorosas y no tardó en dar con las portadas y con la información en páginas interiores, que llevaba su firma. Había empezado la crónica comparando la desaparición de la niña con la de Tonet y Neleta, los protagonistas de *Cañas y barro*. Leyó el texto completo y acarició la fotografía que lo completaba. Era tal y como la recordaba, y en ella aparecía Abril.

En la anacrónica soledad de la hemeroteca, entre insólitos archivadores de madera y altas vitrinas de cristal repletas de tomos parecidos a los que eran objeto de su consulta, Tina reconoció el olor a papel viejo y se estremeció ante el eco de todas esas historias grandes y pequeñas caídas en el olvido. No había nadie más ocupando las mesas corridas, incluso el técnico que la había atendido se había escabullido en la habitación contigua, donde sin

duda debía tener cosas más entretenidas que hacer que vigilar a una señora de aspecto cero amenazador, interesada en algo que ocurrió cuando él aún no había nacido.

Pero a Tina esa indiferencia no le importó. Al contrario, se aprovechó de él. Sacó su móvil, que permanecía en silencio, y buscó en su lista de contactos el número de Gloria, y, mientras el tono de llamada se repetía, tomó aire como si estuviera a punto de realizar una prolongada inmersión.

José Manuel nunca conseguía levantarse antes que ella. Por mucho que lo intentaba, cuando llegaba a la cocina ya lo estaba esperando con el café y el zumo de naranja recién hechos, y el mismo desayuno que protagonizaba las mañanas de su época de estudiante: tostadas de hogaza, coca casera de pasas y nueces, y una tableta de chocolate con leche. Tratar de adelantar a la doctora Gloria Castillo, o sea, a su madre, en la hora de salir de la cama era una batalla perdida. Que él supiera, nunca se le habían pegado las sábanas, ni siquiera, como era el caso, en lo más crudo del invierno de Brigüelillos, cuando la oscuridad y el silencio nocturnos se prolongaban hasta bien entradas las ocho y la dureza del clima no tenía nada que envidiar a la gelidez de Nebraska en sus días más fríos. Tenía una fuerza de voluntad marcial y le gustaba llevar un batín blanco estampado de flores rojas, que Castillo, desde la atalaya que suponían sus diez lustros de vida, recordaba haber visto por primera vez, más o menos, cuando le faltaba poco para cumplir la mayoría de edad. El batín de Gloria permanecía como nuevo y mantenía sus colores intactos, pero su pelo, que llevaba muy corto,

se había vuelto gris, casi iridiscente, de un brillo sobrenatural que a su hijo siempre le sorprendía.

—¡Mamá! —se quejó él sin demasiadas ganas mientras le daba en la frente un beso de buenos días—, sabes que ya no puedo desayunar así. A mi edad, el chocolate es veneno puro —insistió mientras rasgaba el papel satinado que lo envolvía y se hacía con un par de onzas.

—Tú siéntate aquí a mi lado y disfruta tranquilo. Para unos días que os tengo conmigo, me niego a alimentaros como si estuvierais convalecientes. Un poco de azúcar no le hace daño a nadie, me da igual lo que diga Mónica.

—¿Ya se ha marchado?

—Sí, cuando ha salido estabas profundamente dormido y no te ha querido despertar. Hoy tiene guardia en el hospital.

—Lo sé, y yo me tengo que ir. ¿Podrás tú sola con los niños?

—Eso no son niños, son dos fenómenos meteorológicos adversos. —Castillo sonrió ante la comparación y su madre se vino arriba—. Para colmo, lo único que los neutraliza son las dichosas pantallas y se las prohibís. Es como si Lex Luthor hubiera decidido prescindir de la kriptonita al enfrentarse a Superman.

El inspector resopló, acusando el golpe sin excesiva dignidad.

—¿Estás intentando decirme que prefieres que me los lleve a Madrid? Pueden pasar el día en casa de algún amigo. Estarán encantados.

—De eso nada, a mis nietos los cuido yo, no creo que nadie más sea capaz de mantenerlos a raya. Al menos a mí aún me tienen un poquito de respeto, para ellos soy una especie de Darth Vader —dijo con orgullo.

—Mamá, ¿no les estarás poniendo películas de superhéroes cuando te quedas sola con ellos? Son muy impresionables y Mónica no quiere que vean esas cosas. Contigo se hacen los valientes, pero luego por la noche lo pasan fatal. Llámame suspicaz, pero nunca te había visto recurrir a la mitología de *Star Wars*.

—¿Cómo puedes pensar eso? —protestó Gloria sobreactuando—. ¿Yo poniéndoles películas de superhéroes y pasándolo en grande con mis nietos, los tres tirados en el sofá merendando ensaimaditas? Qué poco me conoces...

En este punto de la conversación los dos rieron e intercambiaron una mirada cargada de afecto hasta que el inspector, aceptando el trozo de coca que ella le ofrecía, sentenció:

—En fin... haz lo que quieras.

—Siempre lo hago, desde que eras bien chiquitín.

Castillo buscó la mano de su madre, que descansaba junto a su taza de café con leche, y la apretó con fuerza.

—«Somos unos supervivientes».

Esa era la frase que, cuando era niño y atravesaba una pequeña dificultad, ella le repetía con firmeza para animarlo: «Somos unos supervivientes, recuérdalo». Luego lo abrazaba y le consentía algún capricho: quedarse hasta tarde viendo la tele en el sofá con la cabeza apoyada en su regazo, mientras ella le acariciaba el pelo, o salir a jugar con sus amigos a pesar de no haber terminado los deberes. «Jugar es importante», eso también solía decirlo.

—No te pongas sentimental —le recriminó ella con los ojos brillantes y la emoción contenida, porque cuanto más mayor se hacía, más fácil le resultaba llorar.

La madre de José Manuel Castillo lo había criado «casi» sola.

—No lo hago.

—Además, sabes que nadie sobrevive sin ayuda.

—Bueno, tú y yo nos hemos ayudado mutuamente —convino Castillo antes de darle un buen mordisco a la coca.

—Y también nos ha ayudado Tina.

Castillo fingió no reaccionar al comentario y ella continuó.

—Llámala.

Y con esta petición, la paciencia del inspector sí que saltó por los aires.

—No te entiendo, mamá. Fuiste tú quien me alejaste de ella y ahora me pides que le haga caso.

—Conozco a Tina bastante bien y creo que no se hubiera molestado en volver a contactarnos por una tontería.

El inspector apuró el zumo de naranja y, un poco más tranquilo, claudicó.

—Está bien. La llamaré desde el coche. Nunca me contaste por qué me prohibiste volver a visitarlos. Recuerdo los veranos en Valencia como los más felices.

—Las amigas se distancian.

—Vosotras erais como hermanas.

—Las hermanas también se distancian.

Castillo suspiró.

—Así que tampoco me lo vas a contar esta vez.

—Cambiemos de tercio —dijo Gloria para terminar con la insistencia de su hijo—. Háblame del caso. ¿Seguís sin petición de rescate ni prueba de vida?

En este punto de la conversación, Castillo debería haberse negado en redondo a compartir los escasos avances de la investigación, pero

no lo hizo, porque desde que era un pipiolo intentando destacar en la academia de Ávila había implicado a su madre en cada práctica y posteriormente en cada caso real, y se había negado a cerrarle las puertas de su mundo. De manera que, con la presencia en las clases y los entrenamientos de un solo aspirante a policía, se habían formado dos, un tándem infalible, que tenía su cuartel general en aquella cocina con vistas a la plaza Mayor de Brigüelillos, y desentrañaba todo tipo de misterios alrededor de una cafetera italiana sobre un mantel de hule.

—Nada, solo el ruido de los típicos callejones sin salida. Estoy a la espera del resultado de varias pruebas. Probablemente los tendré hoy... y en un rato interrogamos a los miembros de ese club...

—El Rame-Tep.

—Exacto. Algo saldrá de todo este trabajo, pero, si te digo la verdad, tengo una intuición que no tiene mucho que ver con la deriva oficial —se explayó sin parar de comer—. Siempre se me olvida lo buenísima que te sale la coca.

—¿Qué intuición? —inquirió Gloria, ajena a la alabanza de su hijo, porque no necesitaba de la opinión de nadie para saber que su coca de pasas y nueces era la mejor del pueblo.

—¿Te acuerdas de *Cañas y barro*?

—Del libro, no demasiado, hace mucho que lo leí, aunque por ahí lo tengo —dijo repasando mentalmente las estanterías de la selecta biblioteca que atesoraba en su habitación—, pero de la serie, algo más. En cualquier caso, el ahogamiento de un bebé es imposible de olvidar.

—En el despacho de Abril, junto al ordenador, había un ejemplar de la novela.

—¿Y eso te extraña? Es escritora. Leerá algo, digo yo...

—La acción transcurre en la Albufera de Valencia. Ágata, la librera, es valenciana, me lo dijo ayer, y además está la llamada de Tina...

—Venga, otro trozo.

—¡Mamá!

—¡Nada de rechistar! Además, acabo de caer en un detalle que te va a interesar seguro, pero solo te lo contaré si te tomas otro trozo y un poquito más de chocolate.

—Le había prometido a Pontones que a partir de ahora me iba a centrar más en la fruta.

—¿Y quién es ese?

—Un día de estos te lo presento, pero ahora cuéntame, que me tengo que ir —la apremió Castillo con la boca llena.

Gloria le contó que, antes de hacerse novios, cuando todavía eran unos niños, Tonet y Neleta, los protagonistas de *Cañas y barro*, también desaparecieron. Se perdieron durante una noche en la «selva» que rodeaba la Albufera y en El Palmar provocaron la angustia de quienes los querían. Castillo repitió la palabra: «selva». Acababa de leerla en la vieja edición que le había dejado su madre, una de finales de los setenta publicada por Círculo de Lectores, y le había chocado que Blasco Ibáñez hubiera escogido semejante sustantivo para describir un territorio mediterráneo. No quería olvidarse de eso ni tampoco de los datos editoriales. Se había fijado en ellos para, si surgía la ocasión, poder comentarlos con Ágata, porque en todo momento la tenía en mente. Quería que ella creyese que era de esa clase de personas que se interesan por los libros más

allá de las historias que esconden en su interior; y también se preguntaba cómo le habría sentado descubrir, al ver la foto en la mesa de su despacho, que estaba casado y tenía dos hijos gemelos, parecidos a Charles Laughton; y es que Castillo era víctima de esa clase de obsesión inútil, una luz roja e intermitente, siempre encendida en el núcleo de nuestro cerebro, que se despierta cuando alguien a quien no conocemos en absoluto nos atrae y se convierte en un misterio que debemos descifrar a cualquier precio y que, por lo general, para nuestro martirio y frustración, al final nunca desciframos.

«¡Por favor! ¡Deja ya de divagar!», se reprochó a sí mismo mientras tomaba posesión de su templo, el viejo Citroën, «centrémonos».

Se abrochó el cinturón y a continuación hizo algo en él del todo insólito: ajustó con torpeza el móvil a un curioso artilugio que Mónica le había comprado para que pudiera fijarlo en el salpicadero y utilizar el modo manos libres, una práctica a la que, en principio y de la misma manera en que silenciaba el teléfono cuando salía a correr, se había negado rotundamente. No quería mancillar el silencio que imperaba en su único refugio con otra cosa que no fuera la música, pero había llegado la hora de hacer una excepción. Se disponía a llamar a Tina Cremades y, según la imagen moderna y dinámica que tenía de sí mismo, se veía capaz de hacerlo a la vez que conducía hacia Madrid, donde Pontones y los tres miembros del Rame-Tep a los que habían identificado lo esperaban a las diez en punto en Las Palabras Mágicas.

Marcó el número que le había dado su madre y arrancó con el primer tono de llamada.

El día era desapacible. No llovía, pero el cielo estaba cargado de nubes y había poca luz. Un viento errático lo envolvía todo y Castillo se incorporó a la carretera envuelto en un aura más propia de un *thriller* ambientado en esa Nebraska que Brigüelillos emulaba con solvencia que de una intriga española, una percepción que voló por los aires en cuanto Tina Cremades, con su curioso acento valenciano, irrumpió a través del teléfono en la más o menos plácida existencia del inspector.

—¿Diga?

—¿Tina?

Al otro lado de la línea el silencio se prolongó durante unos segundos.

—¿José Manuel?

—Sí, soy yo.

—¡Por fin! ¡Cuánto has tardado! Tengo algunas cosas que contarte. Todas útiles, creo.

¿Y ya estaba? ¿Más de treinta años sin verse y ni una sola alusión a lo que se habían perdido el uno del otro? Castillo estaba atónito.

—Tienes voz de señor, me ha costado reconocerte.

Aquí estaba la alusión. Castillo sonrió.

—Es que «soy» un señor, pero por dentro he cambiado más bien poco.

—A mí me han pasado muchas cosas.

—Estoy casado y tengo dos hijos. Son gemelos.

—Yo me he jubilado y soy viuda.

—Sentí mucho lo de Félix.

De nuevo una pausa.

—Yo más.

Castillo volvió a sonreír para sí mismo y ella habló de nuevo.

—Ya habrá tiempo para ponernos al día. ¿Te cuento lo que he averiguado?

—Empieza cuando quieras —la invitó el inspector, que puso en marcha los limpiaparabrisas ante la aparición de una desagradable llovizna que amenazaba con convertirse en tormenta.

—Aunque a Félix le encantaban las novelas de Abril del Pino, yo nunca les presté atención. Por mi trabajo en el periódico, veía demasiadas cosas de verdad como para interesarme por las mentiras. ¿A ti no te pasa?

—Leo menos de lo que quisiera, esa es la verdad, pero cuando me pongo no le hago ascos a nada. —Castillo dio unos golpecitos en el volante con impaciencia—. Tina, me tienes en ascuas.

—Solo al ver la foto de Abril en la televisión, bien grande, caí en la cuenta de que ya la había visto treinta años antes, para ser exactos el primer verano que ya no estuviste con nosotros. Esto me pasó en la cafetería Aquarium. Te acuerdas, ¿verdad? Íbamos a desayunar allí todos los domingos.

Castillo se acordaba.

—Conocí a Abril en los años noventa, cuando todavía era una niña y se llamaba Clara —siguió Tina.

—¿La conocías? —La atención del inspector pasó de moderada a intensa, y con la escalada en su actitud, como si cada elemento de la escena fuera un instrumento en manos de un genial director de orquesta, la fuerza de la lluvia se intensificó. En aquellos pocos días de averiguaciones infructuosas no habían dado con nadie que conociera a la escritora en su etapa anterior a la fama.

—Sí. La conocí cuando desapareció por primera vez.

En ese momento, un bache más pronunciado de lo previsto y la escasa maña que se había dado Castillo para ajustar el móvil a la sujeción se confabularon para que el teléfono cayera en algún lugar entre el cambio de marchas y el asiento del conductor. El inspector blasfemó y a continuación se interesó por el bienestar de Tina, como si con el aparato también hubiera caído ella.

—¡Tina! ¿Estás bien?

—Por supuesto, aquí sigo. ¿Ha ocurrido algo? He oído un golpe.

—Se me ha caído el teléfono y voy conduciendo, nada más. Te llamo de nuevo en cuanto llegue a destino.

—¿Este es tu móvil?

—Así es.

—Pues te voy a enviar algo para que luego tengamos todavía más tema de conversación. Conduce con cuidado.

«Resolver una investigación es como completar un álbum de cromos», habría de explicarle el inspector a Ágata algún tiempo después de la segunda desaparición de Abril, pero aún no. No en aquella bulliciosa mañana de viernes, cercana a la visita de los Reyes Magos y tamizada por la lluvia, en la que, desde que Bergman abrió Las Palabras Mágicas, no paró de entrar gente angustiada ante la posibilidad de no encontrar los títulos que parientes y amigos habían incluido en sus cartas. «Cuando coleccionas cromos, al principio todos te sirven, todos llenan algún hueco, pero no tardan en empezar a aparecer los repetidos y cambiarlos se hace difícil, tanto que conseguir los cromos que te faltan se convierte en un auténtico callejón sin salida. Y, sin embargo, Ágata, nunca hay que rendirse. Al

comienzo de una investigación ocurre igual, todo lo que se descubre es valioso. No obstante, el asunto no tarda en complicarse, porque se trata de acumular cuantas más versiones, mejor; de abrir todos los sobres. Hay datos que se repiten sin parar, otros se contradicen, otros plantean interrogantes nuevos, eso es lo peor, y siempre, siempre, siempre queda un vacío, el del último cromo que se resiste».

Apoyada en la barandilla de la escalera de caracol, Ágata sintió algo parecido a la alegría infantil ante el ajetreo del local. Eran poco más de las diez de la mañana, la librería estaba llena y el carillón no dejaba de sonar con las entradas y salidas de los clientes. Los que llegaban lo hacían congelados, protegidos por impermeables y con sus paraguas y sombreros empapados. Los que salían se despedían sonrientes desde la puerta, levantando en señal de triunfo las bolsas de papel repletas de libros envueltos de regalo y haciendo alguna broma sobre la tormenta que los esperaba fuera y el incombustible grupo de seguidores de Abril, que permanecía acampado delante de la librería, ajeno a las inclemencias del clima.

En el lado más corto del mostrador, que tenía forma de ele, Bergman había colocado una mesita cuadrada, de madera, y Ágata había puesto sobre ella, rodeados de muérdago, vasitos y servilletas de papel, decorados con motivos navideños, y un hervidor de agua junto al que había dejado unas bolsitas de infusión de limón y jengibre. Sonaban villancicos y un rumor parecido al del silencio de un bosque, que no es silencio, sobrevolaba la tienda, y de él, cada pocos segundos, se escapaban algunos vocablos comprensibles, como «Dostoyevski», «novela» o «calcetín».

Ágata observó a Bergman encaramado a la escalerilla metálica, que había deslizado hasta la sección de ciencia ficción y, de inmediato, por el anaquel ante el que se había detenido, supo qué título estaba buscando. Entre los dos sumaban unas cuantas recomendaciones infalibles, de las que siempre se proveían cuando se acercaban fechas de mucho movimiento, y a las que recurrían en cuanto alguien se mostraba demasiado perdido como para hacer su propia elección. Los favoritos de Ágata eran aquellos libros: los que esperaban pacientes en los estantes, sin mostrarse en las mesas ni en el escaparate porque ya no eran nuevos, pero todavía resistían. Su belleza era como un secreto y desvelarla, la parte del trabajo de librera con la que Ágata disfrutaba más.

A eso le estaba dando vueltas cuando su mirada se detuvo en los dos hombres y la mujer que se habían instalado con discreción al fondo de la librería, aprovechando la tierra de nadie entre la última mesa, que era curiosamente la de los destacados de ficción criminal, y la entrada al patio, donde el árbol de Navidad resistía estoico el embate de la lluvia. Eran Castillo, Pontones y Susana Peláez, una joven oficial de la Policía Científica, que estaba allí para tomar huellas y hacer pruebas de ADN a todos los implicados que consintieran el control.

Bergman y Ágata habían accedido. El inspector les había explicado que luego compararían los resultados con los obtenidos en la inspección del ático y también les había dicho que lo que se proponían hacer durante aquella mañana, a partir de las declaraciones de los testigos, era una reconstrucción de la cena del Rame-Tep para obtener «cualquier indicio significativo».

Porque no tenían nada.

Ninguna de las cuentas del club se había actualizado desde que la desaparición de Abril se hizo pública, como si, con ella, aquel misterioso grupo, experto en el ruido y la polémica azuzados desde el anonimato, también se hubiera desvanecido.

O quizás no: el carillón sonó de nuevo y llamó la atención de Ágata hacia la puerta. Era el secretario de Estado.

Habían sido amantes. Gonzalo Marcos lo confesó muy rápido. Apenas tuvieron que presionarlo para que profundizara en la naturaleza de la relación que mantuvo con Abril algunos años antes de su entrada en el Rame-Tep y la concesión del premio a la escritora, cuando él estaba destinado en Japón y ella había viajado a Tokio invitada por el Instituto Cervantes, para celebrar que sus novelas se habían traducido al japonés.

El diplomático había cruzado ya la frontera de los sesenta, pero aún —o tal vez precisamente por eso— era un hombre atractivo; un halo de misterio colonial un tanto anacrónico lo envolvía, y la forma que tenía de comportarse, sus movimientos y actitudes, era la propia de un personaje de Conrad o Greene, alguien salido de *Bajo la mirada de Occidente* o *El americano tranquilo*. Ágata había leído en su juventud aquellas dos historias, aunque no recordaba muy bien ninguna, pero estaba segura de que Gonzalo Marcos habría pasado desapercibido atrapado entre sus páginas, como un secundario más, porque le faltaba algo para merecer un papel protagonista. A algunas personas les ocurría. Su lugar era la sombra y no el círculo de luz que perseguía siempre al actor principal.

—Me prometió que nunca contaría lo nuestro, yo estoy casado, pero cuando me llegaron los nombres de los finalistas para el premio no me hizo falta más. Supe que Abril esperaba que yo votase por ella.

Sin descuidar a los numerosos clientes que pululaban por el local, Ágata no pudo evitar mantenerse cerca del interrogatorio, atraída por la curiosidad que le inspiraba aquel hombre de modales exquisitos, casi afeminados, que se había sentado con su traje impecable en el taburete que habitualmente tenían detrás del mostrador para no pasar de pie la jornada completa, y ahora parecía uno de esos testimonios que salpicaban la acción en los documentales de las grandes plataformas.

—Necesito que se remonte un poco más en el tiempo, señor secretario, que nos cuente cómo entró en el club. ¿Quién lo invitó a formar parte de él?

Gonzalo Marcos le dedicó a Castillo una mirada de suficiencia, con la que parecía querer decirle: «No sabía que estuvieran ustedes tan perdidos». Sin embargo, contuvo el impulso de humillarlo y respondió:

—Nadie sabe quién mueve los hilos del Rame-Tep, inspector. Sea quien sea su creador, permanece en secreto.

—O su creadora —apostilló reivindicativa y casi más para sí misma que para el resto Susana Peláez, la policía científica, mientras, en cuclillas, manipulaba los instrumentos que se escondían en un acolchado maletín metálico.

—Aun así —continuó Castillo—, alguien debió de contactar con usted para proponerle unirse a sus filas.

—Recibí una invitación firmada por Nun, «El océano primordial» —enfatizó el secretario marcando con los dedos las imaginarias comillas.

—¿Nun, «El océano primordial»?

—Es una divinidad de la mitología egipcia, inspector. También conocida como Nuu, en un periodo aún más antiguo.

—Pontones, cállese.

La atención de Gonzalo Marcos, como una pelota de tenis, saltó del inspector al oficial y de vuelta al inspector, hasta que se detuvo para decir:

—Lo sé... a mí también me pareció raro. La encontré una mañana al llegar al despacho, entre la correspondencia del día. Era un sobre con membrete dorado y falsa caligrafía. Contenía el manifiesto del Rame-Tep y los nombres de usuario y las contraseñas de uno de los perfiles en redes del grupo, *Espía como quieras*. El tal... o la tal Nun me garantizaba que las cuentas serían mías durante un año y podría publicar en ellas lo que quisiera, siempre que estuviera relacionado con esa temática, las novelas de espías, y me comprometiera a participar en los «rituales» del club.

—Y aceptó.

Gonzalo Marcos se encogió de hombros ante la evidencia.

—Al principio pensé que se trataba de una broma, pero me metí en el ordenador y comprobé que las claves eran auténticas, y casi sin darme cuenta ya estaba publicando.

—¿Por qué cree que lo eligieron a usted?

—No lo sé... ¿Porque me gustan mucho las novelas de espías?

—¿No será usted uno? —intervino de nuevo Pontones sin poder contener su curiosidad.

El secretario se acarició la barbilla puntiaguda, débil, y meditó durante unos segundos qué decir.

—Si la respuesta fuera «sí», tendría que responderle que «no».

—¡Qué ingenioso!

Castillo le lanzó a Pontones una mirada asesina, que coincidió con el estallido de un trueno, y Pontones se adelantó a su previsible petición con un comedido «ya me callo».

—Volvamos a la noche de la cena. ¿Cómo fue su reencuentro con Abril?

Justo cuando el inspector terminó de formular la pregunta, el móvil de Pontones empezó a sonar con *La cabalgata de las Walkirias*. El oficial respondió a la llamada apartándose del grupo y, a los pocos segundos, regresó para tenderle el teléfono a Castillo.

—Es para usted, ya tienen algunos resultados de lo que se llevaron del ático. Le han llamado, pero su móvil les salta como apagado o fuera de cobertura.

El inspector aceptó el teléfono con la derecha y con la izquierda se palpó los bolsillos intrigado, mientras se alejaba buscando un lugar más tranquilo para hablar. Fue en ese momento cuando su mirada se cruzó con la de Ágata: «Ahora mismo vuelvo», le dijo él sin voz, solo con el movimiento de los labios, y ella sonrió. Se preguntó qué estaría buscando y, absorta en los movimientos de José Manuel Castillo, no escuchó lo que Gonzalo Marcos pronunció a continuación muy bajito, más bien en un murmullo. Dijo:

—Abril me daba miedo.

Bergman no les quitaba ojo.

Hacía un buen rato que se había olvidado de disimular y, en cuanto la librería se vaciaba un poco y los clientes le daban un respiro, centraba toda su atención en la espontánea complicidad que había surgido entre Ágata y el inspector, a los que cada dos por tres sorprendía cruzando sus miradas o intercambiando algún gesto en la distancia. Probablemente, ellos no eran conscientes de su comportamiento, ni de lo significativo que resultaba al ser analizado por un tercero ni de lo peligroso que era para ambos, pues la tendencia natural del enamoramiento es la de evolucionar hacia la tragedia, o al menos eso pensaba Bergman. Era lo que había aprendido de su patética experiencia personal. Quizás —continuó con su análisis— Ágata y Castillo ni siquiera se daban cuenta de hasta qué punto no podían controlar hacerse presentes el uno para el otro a intervalos cada vez más cortos de tiempo, como si de aquella reivindicación bilateral de su existencia dependiera que el ecosistema permaneciera a salvo.

Y Bergman tenía celos.

Siempre había sabido que Ágata nunca lo consideraría a él como un candidato romántico por razones algo frívolas —no soportaba, por ejemplo, su gusto por los pantalones de largo indefinido, a medio camino entre el tobillo y la rodilla, o su tendencia a las camisetas desgastadas con emblemas de grupos musicales o referencias cinematográficas—, pero también por motivos algo más profundos, que había descubierto gracias a una paciente exploración del alma de su amiga. Bergman intuía que Ágata temía enamorarse por la obligación de abrirse por completo que conllevaba el sentimiento... aunque al final iba a ser cierta la cantinela de las

comedias románticas de Hollywood, se dijo con disgusto, y, cuando te llegaba, el amor no se podía evitar.

A pesar de todo, Bergman había aprendido a conformarse. La renuncia a una relación sentimental, a la larga, no había sido para tanto, porque entre Ágata y él habían construido un mundo donde las reglas eran distintas y el compromiso no pivotaba sobre un sentimiento tradicional, sino que se apoyaba más bien en el acuerdo tácito de vida compartida que regía el espacio de Las Palabras Mágicas. Aquel era su reino, hasta que la desaparición de Abril del Pino y la llegada del inspector José Manuel Castillo irrumpieron en escena para colonizarlo.

Jamás le había hablado Ágata de aquel hombre con el que, por lo visto, llevaba años cruzándose en el Retiro, y esto a Bergman le oprimía el corazón.

¿Cuántas cosas más no sabría de ella?

—Perdone —le dijo alguien acompañando su disculpa de un pequeño toque en el hombro—, busco al inspector José Manuel Castillo. Me ha citado aquí a las diez y media, soy Emilio Luna.

Bergman desvió por un momento su atención del improvisado set de interrogatorios al fondo de la librería y, al girarse, se encontró con un curioso caballero delante de él.

Emilio Luna jamás habría elegido para su atuendo unos pantalones por la pantorrilla. Eso fue lo primero que Bergman pensó. Le pareció un tipo más de guayaberas y trajes clásicos, como el que llevaba en aquel momento protegido por una elegante gabardina, uno con la chaqueta cruzada y pinta de ser carísimo. Era un hombre apuesto, con buen color de cara. Debía de rondar los cincuenta. Tenía el aspecto de quien sabe sacar el máximo partido de sí mismo

y se descubría con rapidez que uno de sus activos más valiosos era la voz. Tanto es así que Bergman había tenido la sensación de que quien le preguntaba por Castillo era un locutor de la época dorada de la radio.

—El inspector ha salido. Lo han llamado por teléfono, pero supongo que volverá enseguida. Su equipo está al fondo —le indicó Bergman a Luna, sugiriéndole con un gesto que se dirigiera hacia allí.

—Pues se estará empapando, *très romantique!* Gran idea salir a hablar bajo la lluvia. ¡Albricias! —casi gritó Luna en su avance marcial por la librería, que, por la seguridad con la que cruzó de parte a parte el local, parecía que fuera suya—. ¡Pero si está mi amigo el Topo! ¡El insigne *Espía como quieras*!

Ante un apocado Gonzalo Marcos y un expectante Pontones, Emilio Luna, arrollador, empezó a repartir enérgicos apretones de manos a diestro y siniestro. Sus uñas estaban cuidadas y limpias.

—Emilio Luna, abogado y, en según qué entornos —bromeó—, más conocido como *Detectives en serie*. Nos han descubierto, Gonzalín.

—¿Cómo es posible que me hayas reconocido tan rápido? —le preguntó el secretario de Estado cuando le llegó el turno del saludo.

Emilio le dedicó una mirada en la que se mezclaban la lástima y una rara especie de ternura.

—Gonzalo... tú eres un personaje público, sales en las noticias... y las máscaras venecianas solo sirven para proteger la identidad en las películas. ¿Les has hablado ya de tu obsesión por Le Carré?

Pontones se puso alerta.

—¿Qué obsesión es esa?

Luna sonrió encantado de ser el centro y aclaró:

—Gonzalo está convencido de que el mundo se divide entre los que han leído *El topo* y los que no. A los que no, salvo coacción, apenas les dirige la palabra. ¿Usted lo ha leído? —quiso saber dirigiéndose a Pontones muy serio.

—Por supuesto que sí —respondió Pontones sin poder ocultar cierto orgullo.

—Entonces, ¡abre la muralla! Es usted bienvenido.

Durante aquel encuentro del que fue un discreto testigo, Bergman se detuvo además en un detalle que, en apariencia, carecía de importancia, pero que a él le llamó la atención: la actitud de Tempestad, que se había acercado a Luna y, mientras este respondía con solvencia a las preguntas de Pontones, se había puesto a jugar entre sus piernas. A la gata esfinge el abogado le había caído bien; cosa extraña, si se tenía en cuenta que despreciaba al noventa y nueve, coma noventa y nueve por ciento de quienes poblaban el mundo... y, sí, Bergman decía (y pensaba) mucho «noventa y nueve, coma noventa y nueve por ciento».

Además de propiciar el atípico comportamiento de Tempestad, Emilio Luna no tardó en granjearse las simpatías de sus interrogadores, que escucharon interesados su relato. Él también tenía con Abril una «pequeña» deuda.

—Fue hace ya algunos años, y les agradecería que fueran discretos, aunque, con tal de dar con Abril sana y salva, haré lo que haga falta. Yo no pasaba por mi mejor momento económico y ella empezaba a disfrutar de los derechos de autor. Nos conocimos porque estaba buscando un bufete que pudiera llevarle el papeleo y

asesorarla para sacar el máximo partido de sus ganancias; y, aunque no nos eligió, en cierto sentido sí me eligió a mí.

—¿Tuvieron un lío? —inquirió Pontones con una inusitada sagacidad.

—Un *affaire*, sí.

Ante la revelación de Luna, Gonzalo Marcos resopló y se cubrió el rostro con las manos. Parecía rendido, más y más avergonzado cada vez. El abogado prosiguió:

—Fue todo muy Bogart y Bacall. Desde que la vi entrar en el despacho, me fascinó. Luego, una noche terminamos en mi casa y a ella le gustó mi selecta colección de arte contemporáneo. Le hablé de los cuadros y de su condición de inversión segura y Abril me compró dos.

—Uno de Luis Feito y otro de Ana Barriga.

—¡Eso es! ¿Cómo lo ha sabido?

La incredulidad de Luna parecía sincera.

—Los tenía colgados en el salón de su ático cuando lo registramos al comienzo de la investigación. Deduzco que usted no ha estado allí —se explicó Pontones.

—No... ya le digo que de todo esto ha pasado bastante tiempo. En aquella época yo andaba escaso de liquidez y Abril aceptó pagarme una parte de lo acordado en negro. No me siento muy orgulloso, pero... —Luna esperó un comentario comprensivo que no llegó—. Después de aquello se esfumó sin dejar más rastro que el de sus novelas en las librerías, hasta que su nombre apareció entre los finalistas a ocupar el lugar de La Novela Negra en la cena de fin de ciclo del Rame-Tep, y yo comprendí que había llegado el momento de devolverle el favor.

—¿A usted también lo reclutó Nun, «El océano primordial»?

—Exacto, me metió una tarjeta de visita en el bolsillo de mi abrigo. Yo estaba solo en una expo sobre los detectives del *polar* francés y el *giallo* italiano y no tengo ni idea de cómo lo hizo. Podría haberme robado la cartera si hubiera querido. No noté nada.

—¿Es posible que Nun sea Abril? —preguntó Pontones.

—¿Y quiénes son el *polar* francés y el *giallo* italiano? —intervino de nuevo Susana Peláez.

—Yo le diré lo que son. —Se anticipó un irritado Gonzalo Marcos—. Dos redundancias como una catedral, eso es lo que son. El *polar* no puede ser otra cosa que francés y el *giallo* tiene por narices que ser italiano. Así llaman en Francia e Italia, respectivamente, a su ficción criminal.

La joven policía científica puso los ojos en blanco y regresó a su escondite detrás del maletín metálico.

—Creo que si Nun fuera Abril sí que la habría visto en el museo. La habría reconocido. Me cuadra más que, sea quien sea Nun, tenga con Abril alguna cuenta pendiente, igual que yo, y se haya encargado de convertirla en ganadora del premio anual del Rame-Tep.

Pontones reflexionó durante unos segundos sobre la hipótesis de Luna y luego la completó:

—Y de la misma manera en que entendieron que debían hacerla ganar, es posible que alguno de ustedes decidiera después que era mejor hacerla desaparecer.

—¿Cómo se atreve?

—Ella sabía cosas que ustedes querían enterrar para siempre —se explicó el oficial, a quien el tono ofendido y un poco teatral de Emilio

Luna no lo cohibió en absoluto—. Además, los dos son lectores empedernidos de género. Ideas no les faltarían.

—Tú estuviste hablando con Abril mucho más rato que yo, Emilio.

—Gonzalo, ¿te estás chivando?

—Solo cuento lo que vi.

—¿Y qué es lo que vio? —inquirió Pontones, que, en ausencia del inspector, tomó las riendas del diálogo.

—Pues a dos personas charlando con normalidad, ni más ni menos —se adelantó Luna—. El problema lo tiene él, que nunca habla con nadie y se sorprende cuando la gente se relaciona.

Gonzalo Marcos no replicó. Permaneció callado, mirando al suelo, y Pontones deseó con todas sus fuerzas que Castillo volviera pronto.

«Escríbeme. He cambiado de idea».

Cuando el inspector regresó al aparcamiento de Ópera para recuperar su teléfono, que había olvidado en el viejo Citroën, el mensaje de Ágata lo estaba esperando, pero no podía prestarle atención, así que se conformó con mirarlo muy fijo durante unos segundos, como quien se enfrenta a un jeroglífico incomprensible, y luego llamó a Tina.

—¿José Manuel?

—Sí, soy yo, Tina. Discúlpame. Con todo lo que llevo en la cabeza me he dejado el móvil en el coche. Al caerse antes al suelo, no lo he visto cuando he salido y... en fin... lo que son las costumbres. He tenido que volver a por él —se excusó Castillo, que hasta que no recibió la llamada al teléfono de Pontones no había echado de menos el suyo.

—¡Menos mal! Empezaba a pensar que me estabas haciendo *ghosting*, aunque no me cuadraba mucho, teniendo en cuenta que nos acabamos de reencontrar.

—Algo he intuido al ver tus catorce llamadas perdidas.

—Es que me resultaba incomprensible que no hubiera por tu parte ninguna reacción a la noticia que te he mandado.

—Pues la verdad es que todavía no la he leído.

—Pero te ha llegado, ¿no?

Castillo le pidió a Tina que esperara un segundo. Comprobó su WhatsApp más allá del perfil de Ágata, que lo inauguraba, y allí estaba la noticia acompañada de un escueto mensaje: «Llámame en cuanto la leas».

—Me ha llegado, sí, y la leeré ahora mismo, aunque quería comentarte otra cosa...

»¿Tina?

—¡Coméntamela, recórcholis! —gritó Tina tan alto que el inspector, en un acto reflejo, se apartó el teléfono de la oreja—. ¡Cuánta tensión innecesaria! Parece que te hayan sacado de una novela.

—Acabo de hablar con el laboratorio de pruebas, donde han analizado todo lo que nos llevamos del ático de Abril, y han encontrado algo —continuó el inspector, armándose de paciencia—, un hilo del que tirar. Creo que tendré que viajar a Valencia. ¿Has leído *Cañas y barro*?

Al otro lado de la línea, Castillo escuchó un bufido y, a continuación, un fragmento de conversación que no era para él: «¡Por el amor de Dios, Tomás! Ya son casi las once, no es tan temprano. Prepárame el dichoso Martini. ¿A ti qué más te da?».

—¿Tina?

«Un momentito», la escuchó decir el inspector al reticente Tomás.

—¿Inspector?

—¿Tomás? ¿Es Tomás, el camarero?

—El mismo. —Castillo creyó adivinar en la entonación de Tina una fuga microscópica de emoción. —Me sorprende que te acuerdes.

—Entonces estás en el Aquarium.

—Aquí me hallo.

El inspector cerró los ojos y se recostó un segundo en el asiento. Viajar en el tiempo le resultaba cada vez más tentador, pero no se podía entretener, así que volvió a abrirlos y recuperó la compostura.

—¿Qué te parece si mañana voy para allá? Tal vez necesite tu ayuda.

—Eso seguro, pero antes hazme un favor.

—Dime.

—¡Léete la dichosa noticia! Y después ven cuando quieras.

La llamada se cortó y antes de volver a la librería, desde la soledad de cemento del *parking*, Castillo, obediente, leyó la información que le había enviado Tina:

*LEVANTE*

*El Mercantil Valenciano*

*Lunes, 23 de agosto de 1993*

*DESAPARECE UNA NIÑA DE NUEVE AÑOS EN EL PALMAR*

*La menor acompañaba a su hermana y una amiga, que buscaban información para un trabajo escolar sobre Blasco Ibáñez*

*Por Tina Cremades*

La niña de nueve años Clara Sebastián desapareció el pasado sábado a las seis de la tarde en la pedanía de El Palmar, en Valencia, durante la visita con su hermana mayor y una amiga de ésta a la Parroquia del Niño Jesús del Huerto, donde pretendían documentarse para la redacción de un trabajo escolar de verano sobre *Cañas y barro*, la novela de Vicente Blasco Ibáñez.

Clara es delgada y morena, con el pelo corto y rizado. Mide aproximadamente metro y medio, y en el momento de su desaparición llevaba unas sandalias blancas y un vestido de tirantes color salmón.

Desde que se le perdió la pista en el interior de la Iglesia y a pesar del amplio despliegue del dispositivo de búsqueda coordinado por la Guardia Civil, que cuenta con la colaboración de los bomberos, los guardias forestales del Parque Natural de la Albufera y los vecinos de la zona, no se ha encontrado ningún indicio sobre su paradero.

Ocho kilómetros separan la *església del Jesuset de l'Hort* —así la llaman los lugareños— de la urbanización de El Saler donde la familia Sebastián disfruta de su descanso estival. Entre uno y otro punto, se extienden, al oeste, los arrozales y la

Albufera, y al este, un *camping* y un bosque de pinos, mirtos y coscojas que termina en las playas. En total, más de 3.500 hectáreas que están siendo rastreadas con la ayuda de una unidad canina, un equipo acuático y un helicóptero.

### *La sombra de Alcàsser*

Pronto se cumplirán cuarenta y ocho horas sin noticias de Clara y la sombra del triple crimen de Alcàsser, del que aún no ha pasado un año, angustia a los parientes de la pequeña. El secuestro —han confirmado a este periódico fuentes de la investigación— es una hipótesis que no puede descartarse, a pesar de que nadie se ha puesto en contacto con los familiares o con las fuerzas de seguridad para pedir rescate alguno. La otra posibilidad es el accidente.

Al ser interrogada sobre el momento en que perdió de vista a Clara, su hermana mayor, Julia, ha reconocido que ella y su amiga discutieron con la niña «por una tontería que no recuerda» y la dejaron atrás en su recorrido por la parroquia, donde a esas horas de la tarde no había nadie más. Cuando decidieron dar por concluida la visita y emprender el camino de vuelta al bar de la

pedanía en el que sus padres las esperaban, se dieron cuenta de que Clara ya no estaba.

Esta declaración refuerza la idea de una desaparición involuntaria: es probable que, ofendida por su hermana, Clara abandonara la iglesia sin avisar a las otras dos menores, con la intención de regresar junto a sus padres, y en el trayecto se perdiera, lo que conlleva ciertos riesgos en una zona como la del incidente. Además de la amenaza del agua, hay jabalíes en el bosque de pinos.

Castillo terminó de leer el texto e hizo un alto en la fotografía en blanco y negro que lo completaba. Se dio cuenta enseguida de que era la misma a la que cuatro días antes había echado un vistazo en el despacho de Abril. En ella, tres niñas posaban en primer plano delante de una gran piscina, probablemente perteneciente a un parque acuático. Tenían el pelo mojado y llevaban ropa de verano, vestidos sueltos y ligeros, por encima de la rodilla. Se rodeaban los hombros con los brazos. Castillo observó que estos, como sus piernas, conservaban aún la delgadez ágil y un poco salvaje de la infancia. También captó que a las miradas de dos de ellas se asomaba la picardía característica de quienes aún no han vivido lo suficiente para tenerle miedo al mundo. Pero a la de la tercera no. Era la que quedaba a la izquierda de la imagen y, aunque sonreía, parecía triste.

El inspector ya no tuvo dudas: esa niña era Abril.

Sin saber muy bien por qué, rebuscó en un suspiro entre sus propios recuerdos infantiles e intentó descifrar la razón de aquella enigmática tristeza, de aquella sonrisa forzada que parecía querer decir «no entiendo el código, ¿qué estoy haciendo mal? ¿Por qué no puedo ser como vosotras?».

Luego leyó el pie de foto: «A la izquierda, Clara Sebastián; en el centro, su hermana Julia, y a la derecha, la amiga de ésta, Ágata Caballé».

Volvió a las palabras de Ágata:

«Escríbeme. He cambiado de idea».

«¿Y qué quieres que te diga?».

La respuesta llegó al instante:

«Todas aquellas cosas que nunca serías capaz de pronunciar en voz alta, pero sí te atreverás a escribir».

Y un segundo después:

«Quiero saberlas».

—¡Ágata!

A Virginia Robledo y su desbaratada melena rubia les encantaba la tragedia. Vivía inmersa en un drama constante y en el mundillo editorial, durante mucho tiempo, se habían reído de ella por lo azaroso de su catálogo y lo melifluo de su actitud, hasta que, durante las navidades de la pandemia, se le había ocurrido lanzar una colección dedicada exclusivamente al *cozy crime*, un subgénero de la ficción criminal que se basaba en edulcorar el asesinato, en

descafeinarlo y convertirlo casi casi en un juego, y se habían disparado sus ventas.

Ante aquel éxito visionario, las voces más «críticas» con la cursilería de Virginia se dedicaron a repetir hasta la saciedad una manida y despectiva expresión. En los corrillos de las presentaciones de libros y las partes traseras de las casetas de las ferias, se pasaban el rato murmurando entre dientes y sin poder disimular la envidia: «No ha sido más que un golpe de suerte, ha sonado la flauta por casualidad». Pero Ágata no estaba de acuerdo. De hecho, siempre había pensado más bien lo contrario, que detrás de la vehemencia de Virginia se escondía una mente despierta, pero también intrigante y egoísta, tan fría como un témpano.

—¡Ágata! —insistió Virginia, empeñada en captar su atención entre la numerosa clientela de la librería—. ¡Qué alegría verte! ¡Estás espléndida! Dame un abrazo ahora mismo.

Sin posibilidad de escabullirse, Ágata abandonó su zona segura detrás del mostrador y aceptó con poco entusiasmo el gesto teatral de la editora para verse inmersa, al instante y sin piedad, en los litros de perfume carísimo que bañaban su abrigo de Uterque y su bufanda de Bimba y Lola.

—La otra noche no te dije nada porque estaba de incógnito, pero ahora me temo que nos han pillado —le susurró Virginia al oído con una risita nerviosa antes de dar el abrazo por concluido—, así que de perdidos al río. Con nuestras identidades sobre la mesa, ya no puedo hacer nada para mantenerme en la sombra y creo que ha llegado el momento de que aporte un rayito de luz a esta investigación.

Pocas cosas deslumbraban más a Virginia Robledo que convertirse en la pieza clave de un acontecimiento. Disfrutaba hablando en

público, aunque lo hacía de pena, e intentaba con tremenda torpeza adscribir sus declaraciones, cuando tenía oportunidad de darlas, a los temas en boga de la agenda social.

Mientras le señalaba el cada vez más nutrido grupo al fondo de la librería, al que Castillo se había unido de nuevo, y la invitaba a acercarse a él, Ágata se preguntó cuál sería el resultado de mezclar aquel talante impostado y casi ficticio, propio de una heroína de Jane Austen malentendida, con los entresijos de una investigación real.

Y no tardó en descubrirlo.

Al ver llegar a la editora, Castillo le hizo una señal para que acudiera también ella, así que Ágata siguió los pasos de Virginia y asistió con discreción a los efusivos saludos y las risas con los que la recién llegada celebró la presencia de sus dos compañeros de club, Gonzalo Marcos y Emilio Luna. La risa de Virginia, observó Ágata, era chillona, casi avícola. De hecho, se dijo sonriendo para sí misma con la ocurrencia, todo en ella tenía algo de ave de corral, de gallina clueca, de animal de granja acostumbrado a recibir cuidados sin esfuerzo y limitarse, placenteramente, a ver la vida pasar.

—Compartíamos la misma asistenta y yo aún no había tenido tiempo de darla de alta como es debido. Con la cantidad de cosas que llevo en la cabeza... un día nos cruzamos en la Gran Vía y Abril me insinuó que estaba al tanto de aquella pequeña irregularidad que, insisto, no era tal, porque yo ya me había puesto a tramitar el papeleo, pero, en fin...

—La votó por eso. Porque tenía miedo de que Abril compartiera en sus redes o entre sus amigos comunes que tenía a alguien

trabajando en su casa sin contrato —afirmó Castillo con los brazos cruzados y cierto matiz de decepción en su voz.

Virginia, que se había quedado de pie junto al taburete en el que todavía continuaba sentado un taciturno Gonzalo, se embozó en su abrigo y dejó traslucir cierto disgusto antes de reaccionar.

—Si quiere entenderlo así, inspector... pero no la voté «solo» por eso. Abril se merecía ganar.

—Virginia, querida —intervino Emilio Luna conciliador—, no te flageles. Todos hemos reconocido nuestros pecados, que, por otra parte, a estos señores les interesarían tres pepinos si no fuera porque pueden servirles de ayuda para localizar a Abril.

A tan diplomático comentario Virginia no reaccionó. Sumida en una especie de trance, con la mirada perdida, ajena al sonido de la lluvia al otro lado de las puertas de cristal del patio, inspiró hondo y exhaló para exagerar su desvalimiento. Ágata estaba segura de que se encontraba ante una magistral interpretación destinada a mantenerlos a todos en vilo.

—¿Hay algo más? —terminó por preguntar Castillo con impaciencia.

La editora paseó su mirada entre los presentes, enigmática, prolongando el placer que le proporcionaba sacarlos a todos de quicio, y de repente, tajante, respondió:

—Sí, hay algo. Me dijo que se tenía que ir porque alguien la estaba esperando en casa.

El inspector compartiría más tarde con Ágata que aquella sorprendente declaración de Virginia Robledo le recordó los restos de cocaína y las dos copas al lado de la botella de tequila que habían

encontrado en el ático de Abril. Una rota y la otra manchada de carmín.

Pero en ese momento, no.

—Mañana nos vamos a Valencia. —Esto fue, en cambio, lo que le dijo cuando se interrumpió la conversación con la editora a la hora del almuerzo, ajeno a las dificultades de los miembros del Rame-Tep para abandonar la librería sin dejarse atrapar por las preguntas de los clientes más curiosos, a los que no les había costado darse cuenta de lo que ocurría al fondo del local.

—¿Quiénes?

—Usted y yo.

Así fue como Castillo la puso al tanto de sus peculiares planes y, ante la expresión de incredulidad de Ágata, se apresuró a dejar claras sus intenciones antes de que ella pudiera negarse:

—Puede escoger: viaje o interrogatorio formal en comisaría. —El inspector se encogió de hombros—. Hemos hecho algunos avances y voy a necesitar su ayuda.

—Inspector, ¿tiene un segundo? —intervino Pontones a escasos metros de distancia, sin levantar la mirada de su pequeño cuaderno.

—¿Cómo no? —respondió Castillo alejándose de Ágata con las manos en los bolsillos y sin darle la espalda—. Usted decide.

Cuando era una adolescente, le gustaba escuchar canciones antiguas con su abuelo. Él tenía un tocadiscos en el estudio, ubicado en el espacio que Ágata convertiría décadas más tarde en Las Palabras Mágicas, y lo ponía mientras ordenaba el material y preparaba los fondos para las sesiones fotográficas. Siempre la

dejaba quedarse. Ella era discreta y se acomodaba en un rincón, atenta a las idas y venidas de él, mientras una música quebradiza, con aire de cabaret, los envolvía. Aquel Madrid era gris en su memoria, parecía cubierto por un velo que ralentizaba el ritmo de los días y que lo distinguía de Valencia, donde la luz, hiriente, se imponía sobre el asfalto y el mar, e influía en el ánimo y las conciencias.

Su abuelo nunca le preguntó por lo que había ocurrido en El Palmar y en aquel no decir nada Ágata encontró consuelo y entendió que era mejor no hablar de Julia y dejar pasar los años. Se prometió que, si no la olvidaba, en cuanto alcanzara una mínima independencia haría lo necesario para volver a verla. Aceptó que debía crecer sin mencionar lo que les había sucedido, sin esconderse en el recuerdo de aquella amistad torcida, enfermiza, que las había convertido en uña y carne para acabar abocándolas al aislamiento y, posteriormente, a la negación de cualquier realidad que no las tuviera a ellas juntas y en el centro, núcleo ardiente de granito. Así fue como decidió hundir el pasado en su interior, lastrado con una pesada roca, y eso la convirtió en una mujer muy fría; una mujer muy fría que un par de horas antes había enviado un mensaje, «Escríbeme. He cambiado de idea», y con él había abierto una puerta.

# Sábado, 4 de enero de 2025

# Antes del mediodía

Confió en Pontones y le contó sus planes.

Aún no eran las nueve. La mañana del sábado, 4 de enero, era fría y luminosa, como el interior de un iceberg. Así la sentía Castillo aunque, por supuesto, nunca había estado dentro de uno. ¿Cómo sería? —se preguntó de repente, mientras el Citroën avanzaba dócil por la Castellana, arrullado por la voz de Dalida y su versión de *Love in Portofino*—, ¿cómo sería habitar un territorio donde las fronteras las constituyeran densos muros de agua helada, a través de los cuales se filtrara una cálida y acogedora luz de origen desconocido?

¡Menuda ocurrencia! Se propuso no olvidarla y compartirla con los gemelos en cuanto regresara de Valencia. Mónica lo había dejado marchar a regañadientes y no antes de que él le prometiera estar de vuelta para celebrar la noche de Reyes. Su margen era escaso, pero debía bastar para enfrentar a Ágata con los fantasmas de su infancia y exprimir la memoria de Tina en busca de una posible conexión entre lo que había ocurrido en El Palmar hacía treinta y dos años y lo sucedido en Las Palabras Mágicas hacía solo unos días.

Regresó a la imagen del mundo congelado y sonrió para sí mismo. Tal vez, en lugar de policía debería haber sido escritor. Era bueno inventando historias y escuchándolas, empatizando con ellas. Era indulgente, aunque la ley que defendía a diario, afortunadamente, no. A lo largo de sus casi veinticinco años en el cuerpo había aprendido muchas cosas, pero una se imponía sobre el resto: la certeza de que la vulnerabilidad del ser humano podía derivar en la ternura, en el encogimiento frente al mundo, pero también en el

dolor y el ansia de hacer daño. La gente olvidaba con frecuencia —o prefería no creer— que la maldad germinaba también en los más débiles.

El semáforo en rojo le dio tiempo para entretenerse durante unos segundos más con esta idea... sí, quizás debería haberse dedicado a escribir. Al fin y al cabo, ¿no consistía investigar en «reconstruir» historias, desandar el camino desde la escena del delito a lo que la originó? ¿Qué era lo que había pasado para que Pontones y él, al responder a la llamada de Carmen Mitre, hubieran terminado una mañana de finales de diciembre registrando el ático de Abril del Pino? ¿Cuál era «esa» historia? Y, sobre todo, ¿quién era Abril? A continuación, recopiló mentalmente los fragmentos de las declaraciones y las pistas que, como una mezcla alquímica, conformaban la identidad de la escritora. Pensó en la serigrafía de su retrato, ocupando por completo una de las paredes de su salón, y dedujo que la modestia no era uno de sus rasgos más característicos. Más bien al contrario, por las declaraciones de Marcos, Luna y Robledo, que apuntaban a que era la propia Abril quien había presionado para lograr el reconocimiento del Rame-Tep, concluyó que se trataba de una mujer firme y segura de sí misma, dispuesta a defender su estatus sin necesidad de ayuda; una mujer decidida, que había triunfado en su profesión, rodeada de admiradores y, sin embargo, a juzgar por la nula presencia familiar en los días que siguieron a la denuncia por su desaparición, completamente sola. Al llegar a este punto de su reflexión, Castillo saltó a la sobriedad del despacho de la novelista, donde llamaba la atención una ausencia de detalles casi monacal, y se dijo que, por dentro, al afrontar su cotidianidad y las relaciones con los demás,

Abril también debía de ser «diáfana» —esta fue la palabra que se le ocurrió—, transparente, quizás no demasiado cariñosa y muy directa, aunque bastante hermética; un último adjetivo que surgió al añadir a la mezcla la pasión de la novelista por el arte contemporáneo. El inspector recordó los lienzos de Luis Feito y Ana Barriga, e infirió de aquel gusto artístico por lo abstracto que Abril, como lo hacían detrás de formas y colores en apariencia incomprensibles las obras que había escogido para decorar su casa, ocultaba su auténtica razón de ser, el verdadero objetivo de su vida, detrás de la fama inocua que le había procurado la literatura.

Un camión de la limpieza obstruía el tráfico. Iba a llegar tarde. Solo unos minutos, pero tarde. Ágata lo estaría esperando. En paralelo al camión lentísimo avanzaba un empleado municipal que sostenía una gruesa manguera, cuyo potente y ruidoso chorro de agua limpiaba la calzada y las aceras. Su ardua tarea contrastaba con la elegancia frívola de los modelos expuestos en los escaparates de la calle Serrano, por la que a esa hora de la mañana solo transitaban algunos corredores que iban o volvían del Retiro. Castillo subió el volumen de la música para neutralizar el sonido del caudal de la manguera, que envolvía el coche en una falsa sensación de trasatlántico, y se reafirmó en su teoría: todas las piezas estaban sueltas y su trabajo consistía en reagruparlas.

Le había pedido a Pontones que revisara la información con la que ya contaban y le enviara cuanto antes, por correo electrónico, un informe sobre la noche de la cena del Rame-Tep en la librería; el relato de las últimas horas en las que se vio a Abril. El oficial tampoco andaba escaso de imaginación y el inspector estaba seguro de que se esmeraría al redactar el texto. Ojalá esa perspectiva más

global les permitiera percatarse de algo que hubieran pasado por alto.

Esperaba también Castillo que la última parte del interrogatorio a los tres miembros del club ya identificados, que la tarde anterior había confiado al oficial por tener él que ausentarse, hubiera ayudado a localizar a los tres restantes, aún en el anonimato, y que esto contribuyera a perfilar el camino de la investigación, ahora todavía tan confuso e iluminado únicamente por un débil rayo de luz: la misteriosa primera desaparición de Abril en Valencia cuando todavía era una niña y aún no se ocultaba detrás de un nombre artístico.

Tal y como había previsto, Ágata, con las manos en los bolsillos de un abrigo tres cuartos a cuadros ocres, marrones y rojizos, lo estaba esperando en el punto de encuentro que habían convenido el día anterior, cuando a ella no le había quedado más remedio que aceptar el viaje: la esquina del paseo del Prado con la plaza de Platería. Una mochila de piel descansaba entre sus piernas, enfundadas en unos vaqueros ajustados que terminaban en unos botines negros, de aspecto cómodo. Llevaba un suéter de cuello de cisne, también negro, y se había recogido el pelo con descuido, en un moño que despejaba su expresión, muy seria y un tanto a la deriva. A Castillo, la actitud de Ágata siempre le sugería que una parte de ella no habitaba el momento presente y permanecía atrapada en un tiempo secreto, donde le había quedado algo por resolver.

En cuanto distinguió al inspector, recogió la mochila del suelo y dio unos pasos que la alejaron de la acera mientras el Citroën llegaba a su altura. Cuando lo hizo, abrió la puerta del asiento del copiloto y,

para poder ocuparlo, retiró un A4 doblado por la mitad que descansaba sobre él.

—Buenos días —dijo Castillo sin desviar la atención del volante—. Espero que haya descansado bien. Nos espera una jornada muy dura.

—Buenos días —respondió ella, e hizo ademán de entregarle al inspector el papel que acababa de recoger, pero él lo rechazó con un gesto.

—Puede leerlo —le dijo, y, ante la perplejidad de Ágata, insistió—: ¡Vamos, léalo! Seguro que le interesa.

Y Ágata lo leyó:

ACTA DE REGISTRO DOMICILIARIO

En MADRID, a las 14 horas del MARTES 30 DE DICIEMBRE, la representante asignada por la Policía Científica, SUSANA PELÁEZ ARNAU, y el oficial de la Policía Nacional, ALFREDO PONTONES REQUEJO, autorizados por la señora CARMEN MITRE MORÁN, con DNI 2437890XZ, en representación de la propietaria del inmueble, doña ABRIL DEL PINO, desaparecida en el momento de la inspección, se procedió, con la intención de encontrar uno o

varios indicios que contribuyeran a dar con el paradero de la
señora DEL PINO y siempre según la ley, al registro del ático
sito en la calle Menéndez Pelayo 11 – escalera B.

Los resultados destacables de la intervención fueron los siguientes:

- En el salón, una botella de tequila blanco Casa Dragones a medio terminar; dos copas, una de ellas rota; la otra, con restos de carmín —se aconseja la toma de huellas de las personas del entorno de la desaparecida para su posible identificación—; restos de una raya de cocaína y un iPhone apagado y con la pantalla hecha añicos —en el momento de la redacción de este informe se trabaja para poder acceder a su contenido .
- En el cuarto de baño del pasillo —hay un segundo cuarto de baño en la habitación principal, donde no se ha encontrado nada de interés—, un blíster de medicación sedante de diez cápsulas, de las que faltaban cuatro. Además, la tapa del retrete estaba levantada y también tomamos huellas de allí.

- En el despacho de la señora Del Pino, un ordenador MacBook Pro metalizado en rosa, del que el equipo de registro procedió a incautarse y en cuyo volcado de datos estamos trabajando; y un ejemplar de la novela *Cañas y barro*, de Vicente Blasco Ibáñez, edición de 1992, con una fotografía en blanco y negro entre sus páginas, donde aparecen tres niñas delante de una gran piscina —no podemos asegurarlo, pero es posible que la que queda más a la izquierda sea la propia Abril del Pino, las otras dos niñas no se han podido identificar—, y una anotación manuscrita en la página final, «Ahora que ya no podré estar a tu lado, este libro se quedará contigo», firmada con un nombre de pila, «Ágata», y un corazón pequeño.
- En la que suponemos habitación de invitados no se han hallado objetos de interés, pero sí la evidencia de que alguien ocupó la cama sin deshacer en las horas previas al registro.
- En el dormitorio principal, ocultas en una caja de zapatos camuflada con otras cajas de zapatos similares, dentro del vestidor, ocho cartas de amor manuscritas y no enviadas, dirigidas a A. En este punto de

la investigación, desconocemos la identidad del destinatario y procedemos a requisar las cartas por si posteriormente fuera necesario realizar un análisis grafológico o pudiera servirnos de ayuda su contenido.

Por último, algunas consideraciones:

- Es importante mencionar la ausencia de restos de sangre y otros fluidos que sugieran el uso de la violencia en el ático.
- Tampoco hemos encontrado ningún documento identificativo de la desaparecida, ni el juego de llaves que, según la señora Mitre, solía utilizar, recogidas en un llavero con forma de luna creciente.
- Por el contrario, los útiles de aseo personal y la ropa seguían en su lugar. Sea cual sea la razón de su partida, voluntaria o forzosa, no quiso o no pudo llevárselos consigo.
- También resultó significativo el excesivamente cálido ambiente del inmueble, consecuencia de que la calefacción quedara encendida de forma ininterrumpida durante días, una vez que se hubo abandonado el piso, lo que se suma

a la hipótesis de una marcha repentina e imprevista.

El registro se dio por concluido a las 15:13 horas del mismo día y así lo respaldan las firmas de quienes estuvieron presentes en el momento de su ejecución.

En Madrid, a 30 de diciembre de 2024.
Susana Peláez Arnau
Alfredo Pontones Requejo

Cuando Ágata terminó de leer el documento, ya habían dejado atrás los árboles del paseo del Prado y, con la estación de Atocha a su derecha, se disponían a enfilar la avenida del Mediterráneo para salir a la carretera. Castillo supo que había concluido la lectura porque ella volvió a doblar la hoja en dos y la dejó en el salpicadero.

—¿Y bien? —preguntó el inspector.

Con la mochila a sus pies y sin quitarse el abrigo, Ágata miraba por la ventanilla a la ciudad, que tenía una consistencia arenosa.

—Yo no he estado nunca en esa casa, si es lo que quiere saber. No encontrarán mis huellas por ninguna parte: ni en las copas, ni en la botella de tequila...

—¿Ni tampoco en el libro?

Ella dudó un segundo y finalmente dijo:

—Ha pasado mucho tiempo, así que tampoco deberían encontrar mis huellas en el libro.

—¿Era suyo?

—Sí, pero no sé cómo puede haber llegado hasta allí.

—¿Cuándo lo perdió?

—No lo perdí. Lo regalé.

—¿Entonces?

Ágata dejó escapar su desesperación en un suspiro.

—¿Es ahora cuando esto se convierte en una de esas novelas policiacas en las que la trama se levanta alrededor de un clásico literario del que se sirve el asesino para ir glosando sus crímenes? —dijo descreída—. Pues siento decirle, José Manuel, que el recurso está ya muy visto.

—Si lo prefiere podemos hablar de las ocho cartas de amor.

—Con las cartas no puedo ayudarle en absoluto.

Castillo no se inmutó, pero se reprendió a sí mismo en silencio por no haber tenido en cuenta el aspecto sentimental en su reciente análisis de la personalidad de Abril y se prometió darle una vuelta al asunto en cuanto tuviera tiempo.

—La librera es usted, yo solo soy el inspector. Así que por el momento no me opondré a que dosifique como quiera los giros de la historia, pero con una condición...

Ágata esperó sin interrumpirle y él terminó su propuesta:

—Que no vuelva a mentirme. Sé lo que les pasó cuando eran unas niñas, a usted y a Abril.

—¿Por eso vamos a Valencia?

—Por eso vamos a Valencia y por eso quiero que me cuente cómo es que encontramos en el ático de Abril del Pino ese ejemplar de *Cañas y barro* con su firma y una fotografía dentro en la que aparecen juntas usted y las hermanas Sebastián, y quiero que me cuente la verdad, por qué se lo regaló a Abril.

—No se lo regalé a Abril, se lo regalé a Julia.

—Entonces háble me de Julia.

Sin responder, Ágata abrió el bolsillo pequeño de su mochila y sacó su teléfono móvil.

—Está bien, acepto sus condiciones —claudicó—, pero yo también tengo las mías.

—Soy todo oídos.

—La primera es que me deje elegir una canción. La escucharemos y después hablaré.

—¿Y la segunda?

—Que paremos a almorzar en La Sima. Le indicaré la salida de la carretera cuando estemos cerca.

Castillo estuvo de acuerdo con las peticiones de Ágata y, como muestra de buena voluntad, apagó el CD interrumpiendo de forma abrupta a Nina Simone. De pronto el interior del coche se quedó en silencio, apenas arrullado por el eco sordo de la conducción; un vacío que no duró más de diez segundos, los que tardó Ágata en buscar en su Spotify *Tatuaje*, interpretada por Concha Piquer, y darle al *play*. Con los primeros acordes, el inspector, que la reconoció enseguida, se interesó por el motivo de semejante elección, pero Ágata se llevó a los labios el dedo índice para hacerlo callar. Él obedeció y cuando la copla hubo terminado se lo contó todo.

Algunas historias solo pueden contarse en primera persona. Tiene que ser nula la distancia entre el relato y el narrador, que debe estar «dentro» de lo ocurrido, «ser» lo ocurrido, confundirse con los hechos decolorándose, como la sangre en el agua.

«Esta historia soy yo».

A Ágata le hubiera gustado introducir de esta manera su versión de los hechos ante el inspector, dotar de cierto empaque literario su recuerdo, como si la elección cuidadosa de las palabras, su engranaje un tanto barroco, lo liberara de su parte más cruel, de toda esa carga de víscera y olor humano que acompaña a la tragedia cuando no es inventada, sino real.

También le hubiera gustado decir: «La infancia debería quedarse atrás y no atormentarnos en nuestra edad adulta».

Pero por supuesto no lo dijo.

Conocía sus límites. Sabía que tal vez el haber leído demasiado era su mayor defecto, y se contuvo. Se conformó con disfrutar de *Tatuaje* en silencio y no habló hasta unos segundos después del final de la música. Empezó así:

—Mi padre solía decirle a Julia que tenía culo de artista.

Y el inspector abrió mucho los ojos y murmuró: «¡Vaya por Dios!».

—«El pasado es un país extranjero, allí hacen las cosas de otro modo»[1] —se limitó a decir Ágata, a modo de disculpa.

—Continúe.

—Tengo un recuerdo muy nítido de una mañana de agosto, en la cocina de nuestro apartamento. Julia, que había venido a buscarme para que saliéramos a jugar mientras esperábamos a que llegara la hora de ir a la playa, estaba bebiendo agua acodada al fregadero, llevaba un bañador rosa, estampado de manchas de colores, y mi padre entró y se lo dijo a sabiendas de que la haría sonreír. Le dio una palmada en el cachete y lo soltó: «Tienes culo de artista». No veíamos mala intención en eso. Nadie se ofendía. Más bien al revés, era otra época, estábamos en los noventa, debíamos de rondar los doce o trece años, y a Julia le encantaba destacar por cualquier

cosa. Nunca lo compartió abiertamente conmigo, pero yo sabía que a ella le preocupaba su apariencia. Aunque solo era una niña, quería estar delgada, se miraba de perfil al espejo cada dos por tres, cuando pensaba que no nos dábamos cuenta, y deseaba que le crecieran los pechos, que le bajara la regla. Tenía falsos síntomas día sí, día también. Era demasiado exigente consigo misma y no valoraba su físico: unos ojos de un azul intenso y un cuerpo que prometía ser bonito. La mirada inteligente. Aun así, a pesar de ser tan insegura y previsible como Clara y como yo, conseguía transmitir lo contrario, un aura de superioridad e interés por los temas adultos que nada tenían que ver con nuestra edad, que a los mayores primero los deslumbraba y después, cuando Julia insistía en formar parte de sus círculos y quedarse con ellos en vez de venirse a jugar con nosotras, les producía disgusto. Pero a ella ese rechazo final le daba lo mismo. Hubo unos años en que se obsesionó por el cine clásico español y las folclóricas, y se empeñó en cantar cuplés y zarzuela. Se sabía de memoria *Tatuaje* y la interpretaba delante de sus padres y los míos cada vez que nuestras familias se reunían para cenar. Cuando terminaba su versión del tema, vestida en pijama si era invierno y estábamos en Valencia o en bañador si era verano y estábamos en El Saler, todos la aplaudían. Así empecé a admirarla. En ella, lo que en otros hubiera resultado ridículo, adquiría una dimensión especial. Nos hicimos inseparables. Teníamos la misma edad, íbamos al mismo colegio, donde ella sacaba las mejores notas, pasábamos las vacaciones en la misma urbanización desde que teníamos memoria, y nuestros padres se habían hecho amigos. No les había quedado más remedio. Julia tenía la capacidad de

atraernos a todos y no la controlaba, porque aún éramos pequeñas. Clara, Julia y yo.

»A Clara, su hermana menor, mi padre nunca le decía nada. Nadie lo hacía. Pasaba desapercibida. Era excesivamente delgada y muy morena. Tenía el pelo rizado, imposible de peinar, y su madre siempre pedía que se lo cortaran muy corto, tanto que a menudo la confundían con un chico. Lloraba por todo. Ahora recuerdo su llanto, nada estridente, y me ahogo en la culpa, pero entonces no. Entonces su debilidad me provocaba un gran desprecio. Julia solía bromear con la idea de que Clara fuera adoptada, porque no se parecía a ningún miembro de la familia, y la llamaba Borrón; y Clara aceptaba aquel apodo despectivo sin ofenderse. Admiraba a su hermana mayor tanto como los demás, y cuanto más la humillaba Julia, más deseaba complacerla. Lo único que quería era que le permitiésemos acompañarnos en nuestros juegos y salidas por los alrededores de la urbanización, y aunque solíamos negarnos, nos obligaban a que la lleváramos con nosotras.

»No sé en qué momento empezó a divertirnos herir a Clara. Al principio los desplantes fueron inofensivos, miradas y risitas cómplices entre Julia y yo que la excluían, palabras al oído con la mano ocultando los labios para reforzar el mensaje secreto, comparaciones en las que siempre salía perdiendo: quién era la más guapa, quién era la más lista, quién de las tres bailaba mejor... Clara se quejaba si estábamos solas, pero en cuanto aparecían los adultos fingía que todo estaba bien. Supongo que pensaba que, al no delatarnos, acabaríamos aceptándola.

»Un día salimos a coger caracoles después de la lluvia y nos adentramos en el bosque. De fondo se oía el mar. La tarde estaba

cayendo y soplaba la brisa. No era peligroso, pero sí mágico. El olor de los pinos y la playa se mezclaba con el de la crema protectora y el sudor infantil, con el zumbido de los insectos y el tacto húmedo y rugoso de la tierra y las hojas, sobre las que los caracoles y otros animales pequeños permanecían quietos o se deslizaban tranquilamente, ajenos a la amenaza que suponíamos para ellos. Los últimos rayos de sol se colaban entre los árboles y las sombras del final del verano, temblorosas, nos ayudaban a fingir que estábamos dentro de un cuento de hadas, aunque solo unos pocos metros nos separaban por un lado de la carretera y por otro, de nuestro bloque de apartamentos. Si me lo propongo, puedo sentir el codazo que me dio Julia para sugerirme sin palabras la enésima trastada a Clara.

»Íbamos a dejarla sola.

»Ajena a nuestro plan, ella avanzaba confiada unos pasos por delante de nosotras, deteniéndose de vez en cuando entre los arbustos y las raíces para hacerse con las *chonetas* que debían acabar en la paella del día siguiente. En la mano izquierda, nunca se me olvidará, llevaba sujeta solo por un asa una bolsa de plástico roja, que flotaba en el aire todavía sin demasiado peso. Cuando nos escondimos, Clara estaba cantando. Durante unos segundos, Julia y yo escuchamos su confiado tarareo y esperamos conteniendo la risa a que se diera cuenta de que nos habíamos esfumado. Al hacerlo, dejó de cantar.

»Primero llamó a su hermana y luego a mí con cierta firmeza, y al no obtener respuesta ni al primer intento ni al segundo ni al tercero se le quebró la voz y empezó a llorar sin dejar de repetir nuestros nombres. Solo tenía nueve años y la habíamos machacado tanto durante aquel verano que su fragilidad era la de una niña mucho

menor. Podría decir que en ese momento yo quise salir y terminar con la broma, y que fue Julia quien me lo impidió, pero sería mentira. Clara dijo: "Julia, ven, por favor, que tengo mucho miedo"... pero no fuimos.

»Soltó la bolsa, se sentó en la tierra húmeda y siguió gritando, llamándonos cada vez con más fuerza. Pero nada. Permanecimos escondidas y, cuando Clara consideró que ya no acudiríamos, siguió allí, cubriéndose los ojos con las manos, hipando y llamando a sus padres muy bajito. Repetía una y otra vez "papá" y "mamá".

»Entonces ocurrió algo que no habíamos previsto: apareció un chaval.

»Era "el chico del *camping*". Todo el mundo lo llamaba así: "el chico del *camping* esto, el chico del *camping* lo otro... seguro que eso te lo arregla el chico del *camping*". Creo que era el hijo de los dueños, aunque no estoy segura; una especie de manitas adolescente perdido y con sobrepeso, que se encargaba del mantenimiento de las tiendas y las cabañas, y hacía recados para los campistas y también para la gente de nuestra urbanización. Debía de ser un poco mayor que nosotras, pero no mucho más, y no hablaba con nadie. Llevaba el pelo largo y normalmente sucio, tenía acné y cara de pocos amigos. Era eficiente, pero no simpático; de fiar, pero demasiado serio. No socializaba mucho... Sin embargo, a Clara la ayudó.

»Desde nuestro escondite, vimos cómo se sentó junto a ella para preguntarle con delicadeza por qué estaba llorando, y cuando Clara, asomando los ojos húmedos entre las manos con las que se cubría el rostro, le respondió que se había perdido sin hacer alusión alguna a nuestra huida, él sonrió y se ofreció a acompañarla a casa. Le dijo:

“pero si estás muy cerca...”, y ella, por primera vez desde que se había iniciado la conversación, sonrió.

»Se pusieron en pie y él le dio la mano. Ella la aceptó y así se alejaron juntos en dirección a los apartamentos, entre los árboles. Poco después de haberlos perdido de vista aún pudimos escuchar cómo se reían.

»Clara no contó nada en casa. Cuando Julia y yo regresamos, estaba jugando con otros niños cerca de la piscina y ni siquiera nos hizo caso. Durante los siguientes días llegué a pensar que nada de todo aquello había ocurrido.

»Hasta que una semana después desapareció.

En el kilómetro 159 de la Autovía Valencia-Madrid se encuentra el restaurante La Sima, al que, sin importar cuál sea la dirección de los viajeros, se puede acceder tomando un pequeño desvío. Castillo nunca había estado allí antes, pero Ágata se transformó un poco en cuanto el coche se detuvo en el modesto aparcamiento frente al local y puso los pies en el suelo.

Levantó la cabeza hacia el cielo gris, cerró los ojos, respiró hondo y dijo:

—Este sitio me trae buenos recuerdos. —Y a continuación, con una actitud repentinamente juvenil, como si con su relato durante el trayecto hasta allí se hubiera liberado de una carga inimaginable, le hizo un gesto al inspector para que la acompañara dentro—. Vamos —continuó ya sin mirarlo, unos pasos por delante de él—, yo pediré por usted.

Media hora y dos suculentos bocadillos de lomo con pimientos después, apuraban el café y se resistían a seguir con el trayecto porque estaban muy a gusto, juntos y sin apenas intercambiar una palabra, limitándose a observar el trajín del amplio comedor, salpicado de viajeros, y el día nublado y un poco extraterrestre al otro lado de las grandes ventanas con vistas a la carretera.

—Estaba muy bueno —sentenció Castillo—, pero adiós una vez más a mi propósito de Año Nuevo. —Ágata lo interrogó con la mirada y él se explicó—. Quiero cuidar un poco más mi alimentación, mis carreras por el Retiro ya no son suficientes. Me hago mayor.

—¿Así que quiere verse guapo? —lo provocó ella.

—¡No! ¡Ya soy guapo! Me sorprende que no se haya dado cuenta —reaccionó él respondiendo a la broma—. Es una cuestión de salud.

—Me parece muy bien.

—¿De verdad no la reconoció? Estuvieron juntas una velada entera y no se dio cuenta de que Abril era Clara...

Ágata negó con la cabeza y, con los codos sobre la mesa, entrelazó los dedos como si fuera a rezar.

—Lo pensé, pero me convencí de que eran imaginaciones mías. Llevaba décadas sin verla, desde el verano en que desapareció. Además, ella no se identificó, aunque yo no me he cambiado el nombre y tuvo que saber quién era desde el principio. Nos saludó al llegar, a Bergman y a mí, pero luego se dedicó por completo al grupo y se olvidó de nosotros.

—¿Y por qué cree que no lo hizo? ¿Por qué cree que no le dijo que era Clara? Ella eligió la librería.

—No estoy en su cabeza... Es posible que solo quisiera ponerse a prueba y ver si era capaz de reconocerla o restregarme por las

narices la mujer exitosa en la que se ha convertido... pero a la hora de la verdad algo la frenó.

—O a lo mejor nunca tuvo intención de decírselo —añadió Castillo pensativo.

Ágata dudó y permitió que aquella última posibilidad flotara durante unos segundos en el aire. Luego cambió de tercio y paseó la mirada por el amplio comedor.

—Cuando íbamos a Valencia o volvíamos a Madrid, a mis abuelos les encantaba parar aquí. Después de lo que pasó, me fui a vivir con ellos. Donde ahora está la librería, mi abuelo tenía su estudio. Era un gran fotógrafo...

—Entonces estaría feliz si pudiera ver Las Palabras Mágicas. Lo único que ha hecho usted es traspasar el espacio de un arte a otro.

—¿Pensaba en mí?

—¿Cómo?

—Antes de conocernos, cuando nos cruzábamos en el parque, ¿después pensaba en mí?

—Sí, pensaba en usted. Me resultaba curioso que coincidiéramos tan a menudo.

—Pero nunca se atrevió a decirme nada.

—Supongo que no era lo que pedía la historia.

—Ya... —confirmó ella pensativa—, pues yo supongo que tampoco pedía que termináramos almorzando aquí una mañana de enero.

Castillo se giró un segundo para buscar a un camarero que les trajera la cuenta y luego se volvió y sonrió a Ágata antes de decir, como si ella y no la desaparición de Abril fuera el misterio:

—A lo mejor sí.

—No me ha escrito.

—¿Qué sentido tiene? No se me ocurre qué contarle. Además, ya no es necesario, estamos los dos aquí, viajando juntos.

—¿Siempre es tan cuadriculado?

—Yo diría que soy más bien lógico.

—Usted fue el que empezó.

—Solo fue un mensaje de cortesía.

Ágata lo miró descreída, como si él fuera un niño al que hubiera pillado cometiendo una travesura, y dijo:

—¿A quién pretende engañar?

El camarero se acercó con el datáfono y el inspector sacó su cartera para buscar la tarjeta y pagar los almuerzos, pero Ágata, con el móvil, se le adelantó.

—Esta vez invito yo. Al fin y al cabo, nos hemos desviado por mí.

Él le agradeció el gesto y, mientras se ponía de pie y animaba a Ágata a hacer lo mismo, dijo:

—Tenemos que darnos un poco de prisa, Tina nos espera a la una en El Palmar.

—¿Es otra policía?

—No, es periodista, pero creo que le gustará.

—Bueno, que quede claro —insistió ella mientras entraba en el coche—, puede escribirme. Escríbame. Nos hará bien a los dos. Un canal distinto quizás sirva para decir cosas distintas.

«Una monja anciana, una veterinaria viuda y un peluquero japonés»: la hermana Cristina Fraud, oculta detrás de *El thriller nórdico*; la jubilada Pilar Sobrino, *Country noir*; y el joven Issey Sato, conocido en el club como *La novela de enigma*. Pontones se felicita y

hace clic en enviar para que el inspector reciba cuanto antes su correo electrónico, que incluye, además del informe sobre la cena, tal y como Castillo le había pedido, las tres identidades de los miembros del Rame-Tep que faltaban aún por descubrir y la sorprendente coincidencia que ha desvelado el cotejo de las huellas encontradas en la taza del váter y las copas del ático de Abril con las que Susana Peláez tomó el día anterior en Las Palabras Mágicas.

—«Ya vienen los reyes...».

Antes de ponerse de pie, recorre con suavidad el contorno de su *Maneki-Neko*, el gato de la suerte chino que custodia su trabajo diario y mantiene con vida su ilusión por un futuro viaje al Reino del Centro. Está de buen humor, aunque en la comisaría huele a humedad y los adornos navideños —cuatro guirnaldas medio caídas y una decena de pompones de espumillón descoloridos colocados aquí y allá sin demasiado acierto— parecen flores marchitas a las que la iluminación a base de neones favorece más bien poco. Pero a Pontones no parece importarle. Sin dejar de tararear el villancico, extrae su tarjeta identificativa del teclado del ordenador en el que ha estado trabajando, recoge su anorak y su paraguas, y sale a la calle Huertas para dar un paseo hasta la librería.

INFORME SOBRE LA CENA DEL RAME-TEP EN LAS PALABRAS MÁGICAS

Por el oficial Alfredo Pontones Requejo

El viernes 26 de diciembre se celebró en la librería Las Palabras Mágicas, sita en la plaza de la Marina Española número 1 de

Madrid, la cena de fin de ciclo anual del Rame-Tep, que tuvo como invitada especial a la autora superventas de ficción criminal Abril del Pino. La última vez que se vio a la escritora antes de su desaparición, denunciada el 30 de diciembre por su agente literaria, Carmen Mitre Morán, fue en dicho evento.

El Rame-Tep es un club de lectura y prescripción de novela negra integrado por seis miembros que cambian cada año y permanecen en el anonimato, cuyas opiniones sobre el género tienen un gran impacto en las redes sociales. En este momento, se sospecha que una séptima persona, también con una identidad oculta bajo el seudónimo de Nun, «El océano primordial», lidera este grupo de seis. Una de las líneas de nuestra investigación, que tiene como objetivo principal localizar a la señora Del Pino, es dar también con el o la cabecilla del club, porque no se descarta que el Rame-Tep haya tenido que ver con la desaparición que nos ocupa.

En un interrogatorio realizado en comisaría la mañana del jueves 2 de enero, la señora Mitre afirmó que el Rame-Tep le cedió a Abril del Pino la posibilidad de

escoger el lugar donde la cena debía celebrarse y ella optó por la librería Las Palabras Mágicas, propiedad de Ágata Caballé Daurat. Según Mitre, Del Pino le contó que había visto hacía poco en TikTok un vídeo sobre las «catas literarias temáticas» que allí se organizaban y le parecía una buena idea que el encuentro tuviera un «toque monográfico» —así se explicó—, donde la comida y el entorno homenajearan el tipo de novelas que escribe. Esta es la razón por la que decidió poner en manos de esta librería la logística de la cita.

A partir de los testimonios de Gonzalo Marcos, Emilio Luna y Virginia Robledo, los primeros tres miembros del Rame-Tep identificados, interrogados en Las Palabras Mágicas la mañana del viernes 3 de enero, sabemos que la cena cumplió las expectativas de la autora con creces. Cuando llegaron al local, se habían retirado las pilas de libros de la mesa de novedades más próxima al escaparate para convertirla en la mesa principal del banquete, y se habían colocado tres sillas a cada lado, una para cada uno de los miembros del Rame-Tep, que representan a seis de los principales géneros de la ficción criminal, y otra en la

cabecera para la señora Del Pino, que en la fiesta asumió el rol de LA NOVELA NEGRA. Se aporta en las siguientes líneas una descripción más detallada del escenario extraída de la declaración de Virginia Robledo:

«Al otro lado del escaparate podíamos ver la plaza de la Marina Española, con sus luces navideñas y el recinto del antiguo edificio del Senado y los árboles, y rodeándonos teníamos miles de libros, que llenaban las estanterías desde el suelo hasta el techo y nos protegían, con los de Abril destacados por todas partes y también de cara algunos clásicos del suspense, como los de Highsmith, Le Carré o Du Maurier. Además, estaba el árbol de Navidad, en el patio del fondo, con guirnaldas brillantes y libritos de colores colgando de sus ramas. Me fijé cuando salí a fumar... y, por supuesto, ¿cómo no?, estaba la música. Creo que alguien dijo que eran bandas sonoras de las películas de Hitchcock, aunque yo reconocí también el tema principal de *El silencio de los corderos* y el de *Ascensor para el cadalso*. Todos excepto Abril llevábamos máscaras que imitaban las del carnaval veneciano y, aunque al principio la

situación me pareció un poco cómica, mi percepción del ambiente cambió en cuanto me hube tomado tres vinos. Entonces empecé a sentirme como en una película de Kubrick e imagino que al resto le pasó igual».

El menú consistió en un picoteo con algunos de los platos más representativos de los éxitos policiacos del siglo XXI: en el recuerdo de los testigos interrogados perduran los minibocadillos de sofrito de tomate con lomo y longanizas, famosos por servirse envenenados en una de las primeras novelas de la señora Del Pino, las setas de la taberna El Cisne Azul, que son una constante en las novelas de Carmen Mola, los *arancini* en honor a Salvo Montalbano, unos «sabrosísimos salmonetes fritos» —en palabras del señor Luna—, cocinados siguiendo los consejos de Xabi Gutiérrez, salteado de ternera con judías al estilo Adamsberg, cocochas fieles a la receta de la *amatxo* de Jon, el inseparable compañero de Antonia Scott, sándwiches de jamón asado macerado con arce «que solo con morderlos te transportaban a Three Pines» —o al menos eso le pareció a la señora Robledo—, y un surtido de postres alrededor de una pequeña tarjeta en la que podía leerse: «Cortesía de

la Taberna Kamogawa», que para Gonzalo Marcos, exconsejero cultural de nuestra embajada en Japón, recrearon a sus originales nipones «con bastante fidelidad».

Se deduce por todo lo anterior que el grado de satisfacción de los comensales, y por lo tanto su estado de ánimo, era de alegría, proclive a celebrar y no a cometer delito alguno, si bien es cierto que, tal y como señalaron en conversación mantenida en la librería el 30 de diciembre su propietaria, Ágata Caballé, y el librero, Bergman, fue considerable la ingesta de alcohol. El mostrador de caja se había convertido en una barra libre donde se sirvieron algunos de los cócteles más emblemáticos de las novelas de Chandler, Hammett y Ellroy, y su efecto fue transformando progresivamente la actitud de los invitados hasta dotar a la fiesta de un tono «algo apocalíptico» —Gonzalo Marcos *dixit*— y, por encima de todo —aquí utilizo el adjetivo empleado por Bergman porque me resulta el más acertado—, «nebuloso».

El ágape había empezado a las 22:00 horas, una hora después del cierre al público de Las Palabras Mágicas, y —en esto coinciden todos los testigos interrogados hasta la

fecha— la señora Del Pino fue la última en llegar. Según los libreros, el recibimiento por parte de los miembros del Rame-Tep fue sorprendentemente frío; Bergman lo describió «como imbuido de cierta tirantez». Esta tensión es comprensible si atendemos a las declaraciones de Marcos, Luna y Robledo, que han afirmado tener, cada uno por su parte, ciertos conflictos o deudas emocionales con Del Pino. El hecho de que a los tres les ocurra lo mismo nos permite deducir que es muy probable que con los tres miembros del club a los que aún no hemos tenido oportunidad de entrevistar ocurra algo similar. En cualquier caso, pronto se distendió el ambiente y la cena transcurrió sin incidentes, con los discursos y los agradecimientos de rigor.

En su breve intervención y siempre según los testigos interrogados, Abril del Pino dio las gracias en general, incluyendo a la librería, e hizo alusión a la importancia de la literatura —y más si nos referimos a la criminal— como alternativa al mundo real, «un espacio de consuelo —cito a Luna— donde llevar a cabo todo lo que en la realidad no está permitido, si bien —y por este final insiste el señor Luna que recuerda las

palabras exactas— a veces la literatura no resulta suficiente».

Luna también dijo, poco antes de concluir su conversación con nosotros y señalando disimuladamente al librero Bergman, que fue con él con quien vio conversar a Del Pino durante bastante tiempo, aunque hay que señalar que Gonzalo Marcos acusó a Luna de lo mismo. Si a estos comentarios les sumamos los resultados de los análisis de huellas realizados por la Científica, incluidos en documento anexo, se deduce la necesidad de un nuevo cara a cara con los dos, porque nos han ocultado información.

Por otra parte, Virginia Robledo aseguró durante su testimonio en la librería que, al despedirse de la señora Del Pino, esta le dijo que no podía alargar más su estancia en la cena porque «alguien la estaba esperando en casa». Robledo vio cómo la escritora contrataba a través de su móvil los servicios de un Uber y a los pocos minutos un vehículo negro la recogió en la puerta de Las Palabras Mágicas. Desde el interior de la librería, a Robledo el coche le pareció normal y la calle desierta. «Eso sucedió más o menos a la una. Aproximadamente media hora después nos retiramos todos, dejando en el

local a los dos libreros, que tenían que recoger para poder abrir al público con normalidad al día siguiente».

Este informe será debidamente ampliado tras los interrogatorios a los tres miembros restantes del Rame-Tep, cuya identidad se incluye en documento anexo.

En Madrid, a 4 de enero.
Alfredo Pontones Requejo

Cuando llega, no se resiste a observar desde el exterior, a través del escaparate, el ajetreo de la tienda. A sus puertas, todavía se mantiene el nutrido asentamiento de curiosos y lectores de Abril, que se han atrincherado en una interminable vigilia y, lejos de restar amabilidad al paisaje de la plaza, contribuyen a acentuar su carácter pintoresco, de cuento de Navidad. No se irán hasta que se confirme el paradero de la escritora y si esta sigue con vida. Pontones sortea una mesa plegable, donde un libro abierto espera el regreso de su dueño. Salta un saco de dormir ocupado por alguien que gruñe a su paso y se abre camino amablemente, con suaves toques de hombro, entre un grupo de mujeres que comparten opiniones sobre sus novelas favoritas de la autora desaparecida. La altura y delgadez del oficial lo destacan del resto.

Alcanza la luna de cristal e inspira y espira con fuerza, previendo la dureza del trámite que le espera. Con las manos a la espalda, se concentra en los ejemplares destacados sobre el terciopelo rojo y se

felicita a sí mismo por haberlos leído casi todos. Luego levanta la vista y se regala unos minutos de rutina librera, porque Pontones nunca tiene prisa: hay cola en la caja y la gente deambula relajada entre las mesas de novedades y las estanterías. Hay quien ojea los libros y quien entabla conversación acerca de alguno que ya ha leído y no se resiste a recomendar. Hay adultos y también niños. Los títulos infantiles ocupan los estantes a ras de suelo para que sus potenciales lectores puedan hacerse con ellos por sí mismos. Pontones sonríe al ver cómo una niña de no más de dos años reacciona a la lectura en voz alta del álbum ilustrado que ha escogido su madre y siente que la librería llena lo reconcilia con el mundo, lo relaja. Tiene la impresión de estar mirando una de esas bolas transparentes que esconden dentro ciudades en miniatura y, al agitarlas, hacen que sobre ellas caiga la nieve. El ecosistema de Las Palabras Mágicas, a pleno rendimiento, le produce el mismo efecto y, por un segundo, se siente fatal por lo que está a punto de hacer. Apurando la esperanza, consulta el correo en su teléfono móvil, pero el inspector no ha dado señales de vida y no le queda otra que decidirse a actuar. Detrás del mostrador distingue a Bergman, ocupado en envolver de regalo un grueso volumen. Inspira y espira de nuevo, y se dice a sí mismo: «Vamos allá».

# Sábado, 4 de enero de 2025

# Después del mediodía

> La iglesia, pequeña, con las paredes pintadas de cal y las altas ventanas con cortinas verdes, no podía contener a todos los fieles. La puerta estaba de par en par, y el público se esparcía por la plaza con la cabeza descubierta bajo el sol de julio. En el altar mostraba su carita sonriente y su falda hueca el Niño Jesús, patrón del pueblo...
>
> VICENTE BLASCO IBÁÑEZ,
> *Cañas y barro*

«Paseo en barca – 5€ / Puesta de sol – 6€».

Tina Cremades estudia perpleja la pizarra de tijera donde alguien ha escrito con letras grandes y mayúsculas semejante lista de precios. El anuncio está estratégicamente situado en la esquina de la plaça de la Sequiota con el carrer del Santíssim Crist de la Salut, y no es el único. En la fachada, justo debajo de la placa azul con el nombre de la calle, hay un par de reclamos más, con teléfonos móviles de contacto y una página web para reservar *online* visitas guiadas por El Palmar y recorridos por la Albufera.

«Pero si esto parece Venecia...», murmura para sí, fascinada ante la sobrecarga de información concentrada en la esquina que los operadores turísticos locales han convertido en una especie de panel de anuncios. Aunque una Venecia mucho más solitaria y tranquila que la original, porque no hay ningún ser humano a la vista y, a

pesar de que el mediodía hace un buen rato que ha quedado atrás, las calles blancas continúan silenciosas, bañadas por una luz metálica más propia del amanecer que de esa hora ya avanzada de la jornada. A lo lejos, a Tina le parece oír la conversación en valenciano de dos voces masculinas y un gato atigrado se asoma fugazmente por la bocacalle entre la plaza y el paseo, y vuelve a desaparecer.

El ritmo del Palmar es pausado y huele a agua y a plantas acuáticas, pero sobre todo huele a pesca y a cierta esencia valenciana que sobrevive por debajo de capas y capas de tiempo y transformaciones, como una bolsa de petróleo oculta a miles de metros de profundidad.

Eso piensa Tina mientras hace memoria y recrea su visita a ese mismo lugar más de treinta años atrás. Está sentada al sol en la terraza del restaurante L'Illa —que se autodefine como «*cuna de l'all i pebre*»—, dos ordenadas líneas de sillas y mesas metálicas, con manteles rojos de papel, que se extienden en paralelo a un estrecho canal flanqueado por un ejército de árboles. Por ahora, es la única clienta, pero sabe que no tardarán en empezar a llegar las familias y los grupos de amigos, porque es sábado y, aunque haga frío, apetece compartir un buen *all i pebre* exactamente en su «cuna» o entretenerse comentando el punto del arroz de una suculenta paella. Mientras los recrea, Tina tiene de repente la certeza de que esos planes le quedan ya muy lejos, como si formaran parte de las costumbres de otro planeta, y mira muy fijo el Martini que acaban de servirle, juguetea con el palillo en el que se ensartan dos aceitunas y se pregunta cómo será reencontrarse con José Manuel después de tanto tiempo, justo cuando distingue a una pareja que

se acerca desde el otro extremo de la calle hacia su mesa, por donde solo unos minutos antes se ha esfumado el gato tigre. Al instante, sabe que son ellos. Entre otras cosas porque no hay nadie más alrededor.

Se levanta y permanece inmóvil hasta que Castillo se sitúa frente a ella. Lleva esas gafas de sol ridículas que le vio en la tele, pero se las quita y sonríe, le brillan los ojos, y es como si los años se le cayeran de encima y volviera a ser el chaval silencioso que se pasaba las horas muertas mirando por su balcón. El hijo de Gloria. Una de las personas que Tina más ha querido. Entonces lo abraza y le dice con un cariño impropio de ella: «No has cambiado nada», y José Manuel responde sin deshacer el abrazo: «Bueno, por fuera un poco sí, pero por dentro sigo igual. ¿Te acuerdas de Ágata, la amiga de Julia Sebastián?».

Las dos mujeres se dan la mano y, mientras se sientan, de la misma manera en que fue capaz de ver a la pequeña Clara en Abril, Tina escruta a Ágata con incredulidad y busca en su versión adulta a la niña que conoció en el verano del 93, y Ágata parece aceptar sin comentarios someterse a ese reconocimiento casi animal, carente de disimulo.

—¿Me recuerdas tú a mí? —pregunta por fin Tina—. Porque yo a ti sí.

Pero Ágata le dice que se ha esforzado por olvidar todo lo que sucedió durante aquellos cuatro días terribles y que solo recuerda a la prensa como un todo amenazador, flotando a la entrada del edificio de apartamentos donde pasaban el verano su familia y la de Clara. «Ninguna cara ni nombre concreto», y Tina responde: «Es comprensible».

Castillo propone tomar algo antes de visitar la iglesia de Jesuset de l'Hort, donde Abril, cuando aún no se llamaba Abril, desapareció por primera vez, y Tina pide su segundo Martini. Ágata y él se decantan por la cerveza. Apenas un par de minutos después, el primer trago a dos tercios de Turia helados les sirve para retrasar un poco más el inicio de la conversación. Pero Tina no tarda en volver a la carga:

—Entonces todo está relacionado. No es solo Abril la que une ambas desapariciones. Tú también estás implicada en este segundo misterio...

Es el inspector quien se apresura a resumir la situación y Tina, que lo conoce bien, ve en su interés por tomar la palabra el deseo de proteger a Ágata. «Pero ¿por qué habría él de defenderla?». La pregunta, como un banderín publicitario, ondea en su mente algo aturullada por el alcohol. A continuación, la incógnita se desvanece y en su lugar, inconexa, sin ningún sentido, se dibuja en la pantalla que alberga su cerebro una nueva sentencia: «Los personajes sin corazón no sirven». Otra vez el antiguo jefe de sección y sus estúpidos clichés de viejo periodista. ¿A qué viene eso ahora? Tina hace un esfuerzo por concentrarse en las palabras de Castillo y ahogar el tedio de sus propias divagaciones, que, contra todo pronóstico, le están dando algo de sueño. Así que, para espabilarse, al final lo suelta:

—¿Por qué la defiendes? Ni siquiera la dejas hablar. Seguro que ella puede explicarse sola.

Castillo se queda perplejo.

—No la defiendo...

—Claro que sí. Seamos sinceros o esto no saldrá bien. ¿Por qué has venido con ella? ¿Tenéis un lío?

—«Tener un lío» es una expresión muy ochentera —contribuye Ágata a la conversación antes de concentrarse en el tercio de cerveza, que sostiene con las dos manos.

—Para que nos ayude a reconstruir la escena de la primera desaparición.

—Ya veo... —consiente Tina con suspicacia.

—¿Le han dicho alguna vez que se parece usted a la escritora...?

—Muchas veces —confirma Tina tajante, sin permitir que Ágata termine la pregunta e irguiéndose de golpe en el asiento para mirar a Castillo muy seria—. Descubrir que el chaval respetuoso e introvertido que eras se ha convertido en un señor baboso de mediana edad me pondría muy triste.

—Tranquila, no te entristecerás.

Después se hace el silencio y, casi al mismo tiempo, un irresistible olor a paella, como el efluvio mágico de un encantamiento, empieza a escaparse del interior del restaurante.

—Deberíamos irnos o acabaremos pidiendo un arroz y un agua de Valencia —propone el inspector.

Y Ágata y Tina sonríen con la ocurrencia.

—Pues no se hable más. —Castillo se levanta, dando una palmada en la mesa, y desaparece en el interior del local para pagar la cuenta.

Así es como las dos mujeres se quedan solas y Tina, llevada por una incipiente simpatía hacia Ágata y sus intentos frustrados de relajar el tono de la conversación, se atreve a sugerirle:

—No sé si te sientes culpable por lo que pasó, pero, si la respuesta es «sí», no deberías. Al fin y al cabo, erais solo unas niñas.

—Pero fuimos crueles —responde Ágata sin dudar. A Tina le parece que contiene las lágrimas, pero no está segura—. Desde entonces, no he vuelto a ser tan cruel... Antes le he dicho que lo había olvidado todo, pero no era verdad. Esa es mi postura de cara a la galería, pero, dentro de mí, me despierto en este lugar todos los días.

—¡Listo! ¡Vámonos!

El regreso de Castillo acaba de cuajo con el clima de la confidencia.

—¿Todo bien por aquí?

—Todo perfecto.

—¿Seguro? —La intuición del inspector carece de límites.

—Seguro —confirma Tina cruzándose en bandolera, por encima de la cazadora vaquera, un pequeño bolso de color azul marino, a juego con los topos de su vestido suelto—. Mil gracias por invitarme al Martini.

—Mil gracias por hacernos de guía. ¿Estamos muy lejos de la iglesia?

—¡Qué va! No te preocupes. Estamos muy muy cerca.

«¿Crees que soy un baboso?».

«En absoluto, tal vez te esté afectando un pelín en exceso la crisis de los cincuenta y sufres de un inconsciente apego al patriarcado, pero no es nada grave».

«Me quedo mucho más tranquilo».

No les costó ni tres minutos llegar al carrer dels Redolins, donde se encontraba la iglesia. Era un templo minúsculo. Ágata y Tina le contaron al inspector, al que le resultó curioso el nombre de la calle, que *els redolins*, las zonas de pesca de la laguna de la Albufera, se sorteaban cada año entre los pescadores de acuerdo con las reglas de una tradición que se remontaba a la época feudal, y él se imaginó fugazmente El Palmar de principios del XX que se describía en *Cañas y barro*, a merced de la naturaleza, del canto machacón de los insectos y del ritmo sinuoso del agua, las cañas y las *perxas*, pero eso sería después de la visita a Jesuset de l'Hort.

Castillo había movido los hilos necesarios para que la parroquia estuviera abierta y, con el trámite, había descubierto que el sacerdote a su cargo durante los días de la primera desaparición de Abril ya había muerto. La noticia había llevado al inspector a pensar en el silencio que parecía rodear aquella intriga. La importancia del silencio en las tragedias había salido a flote por primera vez durante el trayecto de Madrid a Valencia, cuando en el último tramo del viaje, Ágata, que después de compartir su relato había optado por aislarse contemplando el paisaje de carretera que iban dejando atrás, había dicho de repente:

—Nadie habla del silencio.

—Yo tampoco... —Recordaba que, ante su reacción, Ágata había sonreído—. Demasiado profundo para mí, a no ser que se explique usted un poco mejor.

—No tiene nada de profundo. Es lo que queda. Para nuestras familias, la forma de superar lo que pasó fue no mencionar aquello. Nadie nos dijo lo que debíamos hacer, pero nosotras éramos unas

crías e imitamos el comportamiento de los adultos. Era preferible fingir que la desaparición no había ocurrido. Hablar de ella quedó prohibido y con aquella mordaza se ahogó la posibilidad de cualquier charla más trivial... supongo que todo sonaba estúpido ensordecido por aquel ruido de fondo que nos empeñábamos en ignorar.

—El elefante en la habitación.

—Eso es.

—¿Hubo represalias? Con Julia y con usted, ¿algún castigo?

El inspector recordaba también que, en aquel punto, antes de responder, Ágata se había llevado las manos a la cara como si fuera a lavársela, aunque no tuviera agua.

—Nos separaron. Aquel fue el último verano que compartimos. El año siguiente ya no volvimos al Saler y mis padres me sacaron del colegio y me enviaron a Madrid con mis abuelos. Sé que querían protegerme, todos murmuraban sobre nosotras y nos miraban con desprecio, todas las atenciones y la compasión, que es un sentimiento que odio, se centraron en Clara, pero que me apartaran de Julia nunca lo perdoné.

Castillo pensó que nombrar lo que odiamos ante el otro, como acababa de hacer Ágata, es un acto muy íntimo, pero prefirió no perturbarla con su reflexión y continuó preguntando con naturalidad:

—¿No volvieron a contactar?

—¿Mis padres y yo? Nunca nos distanciamos por completo, pero murieron durante mis años en Buenos Aires, antes que mis abuelos, y no volví para despedirme de ellos.

—Me refería a Julia y usted.

—Nosotras tampoco. Cuando tuve los medios y el ánimo para buscarla, no la encontré, fue como si ella y su familia se hubieran

desvanecido.

—Y entonces usted también se fue...

—Le gustará saber que Blasco Ibáñez emprendió una empresa de lo más insólita en Argentina, la fundación de dos colonias.

—No me diga que se marchó allí por eso. Al final me convencerá de que todo gira en torno a la novela.

—No me fui por eso. Ya se lo dije: era joven y quería ver el mundo.

—Parece el principio de una canción.

—¿Entramos?

Había un matiz de insistencia en la pregunta de Tina que devolvió al inspector a la realidad. Durante el brevísimo paseo, tras intercambiar un par de mensajes con Ágata, había perdido la noción del tiempo y se había quedado unos pasos por detrás de ellas, enfrascado en el recuerdo del viaje, en el intercambio de pareceres sobre el silencio, y también en su teléfono móvil, que había vibrado primero y se había iluminado después para anunciar un correo electrónico de Pontones encabezado por el siguiente asunto: «Una monja anciana, una veterinaria viuda y un peluquero japonés». Castillo se moría de ganas de leerlo, pero su curiosidad tendría que esperar.

Debía concentrarse en la visita a la iglesia, cuya fachada impoluta, color crema, era de una extrema sencillez. Tenía una puerta de madera de doble hoja, más propia de una casa de pueblo que de un edificio religioso, tres pequeños mosaicos de azulejo, un reloj y una

modesta espadaña que lograba a duras penas que la construcción superara en altura a los inmuebles colindantes.

—Entremos.

Con las manos en los bolsillos de su parca y entretenido en eliminar mediante discretos golpecitos la arenilla que empolvaba sus zapatillas de deporte, se acercó a las dos mujeres y los tres juntos se aventuraron en el interior de la parroquia, donde no encontraron a nadie.

Allí, lo barroco se mezclaba con la sobriedad de fuera. Y hacía frío.

—¿Cómo pudo perderse Clara aquí? —se preguntó en voz alta, sorprendido ante las dimensiones mínimas de la nave única, que con un golpe de vista se abarcaba en su totalidad.

La belleza del templo residía precisamente en su tamaño reducido y su ausencia absoluta de pretensión. Dos hileras de bancos, separadas por un pasillo central que terminaba en el altar, ocupaban casi todo el espacio iluminado por el mediodía, que se colaba a través de unas pocas ventanas altas sin ornamento alguno. Había detalles dorados aquí y allá, y cuatro columnas salomónicas enmarcaban las tres tallas del retablo principal. La central era la del niño, que, según le había contado Pontones al inspector en una de sus imprevistas muestras de erudición, llevaba en la iglesia desde la segunda mitad del siglo XVIII, cuando un franciscano rescató a unos pequeños de morir ahogados en la Albufera y, para que el pueblo no olvidara aquel episodio, les regaló una réplica de la imagen que su congregación veneraba en el huerto del valenciano Convento de la Corona.

—Un fragmento de *Cañas y barro* describía al niño. Por eso quisimos venir. Nos pareció buena idea comparar la iglesia descrita

en la novela con su estado real, en aquel momento.

Ágata se había sentado en el extremo de uno de los bancos más cercanos al altar. Justo detrás de ella, Tina buscó a Castillo con la mirada y le dedicó una curiosa expresión de reconocimiento, que parecía querer decir: «Esto va a empezar».

Él permaneció de pie, apoyado en la pared, muy cerca de la puerta.

—Era la hora de la sobremesa. La comida se había alargado muchísimo y nuestros padres se quedaron tomando café en la terraza de un bar cercano al restaurante donde las dos familias habíamos compartido la enésima paella. Venir con nosotras les daba pereza y la iglesia casi se veía desde la mesa que habían elegido. Era verano y las calles no estaban desiertas como ahora. Había niños jugando y la gente del pueblo haciendo vida fuera de las casas. Había sillas de playa abiertas en las aceras y un grupo de señoras bebiendo leche helada con canela, enfrascadas en una partida de bingo. Me acuerdo de eso porque en casa también solíamos jugar al bingo, lo hacíamos cada Nochevieja, y en aquella época me sabía los nombres alternativos de los números, las cancioncillas que los acompañaban cuando salían del bombo... Clara llevaba un vestido color salmón y unas sandalias blancas. Me llamó la atención lo morenos que se le veían los pies. Si cierro los ojos, vuelvo a verlos. Estaba contenta por poder acompañarnos y se puso a cantar. Aquel verano cantaba todo el rato. Su tarareo era infernal, me taladraba las sienes. A Julia y a mí nos ponía de los nervios... Además, estábamos dentro de una iglesia y el sonido era más hueco de lo habitual, sonaba más fuerte, se volvía aún más insoportable... Le pedimos que se callara, pero ella no obedeció. Se aproximó a

nosotras, que debíamos de estar más o menos a esta altura —dijo señalando el corredor, justo enfrente de donde se encontraba—, y nos cogió por los hombros, colándose entre las dos antes de seguir cantando prácticamente a gritos. Llevaba un chicle de fresa en la boca y la tenía tan pegada a mí, chillándome al oído, que podía verlo y oler su aroma artificial y repugnante, hasta me salpicó con su saliva. Me dieron ganas de vomitar. Entonces Julia la empujó y Clara cayó de espaldas. Fue un milagro que no se golpeara la cabeza con algún banco, que el resultado de aquel arrebato no fuera peor. Julia le dijo: «¿Es que no te vas a callar nunca?», y Clara no respondió. Se quedó unos segundos en el suelo. A mí siempre me sorprendía la violencia de Julia, pero creo que a Clara ya no. Se había acostumbrado a ella y aquel día era como si la hubiera estado esperando. De hecho, siempre lloraba y aquella vez no lloró. Cuando se levantó, retrocedió unos pasos sin dejar de mirarnos, como si nos desafiara, y se alejó unos metros de nosotras. Me di cuenta de que se le habían raspado los codos al frenar la caída. Tenía en ellos pequeñas motitas de sangre. No sé si Julia las vio, pero si lo hizo las pasó por alto. No se compadeció de ella.

—¿Y tú no hiciste nada? —La voz de Tina, igual que el recuerdo de Ágata, llegaban hasta Castillo como un mensaje enviado desde otra dimensión.

—No. En ese momento no me pareció tan grave como ahora que os lo cuento. La violencia que Julia ejercía sobre Clara era tan frecuente que no le di ninguna importancia a aquel empujón; además, no quería que Julia se enfadara también conmigo. Se acercó a Clara y la cogió con fuerza por el brazo. Clara se quejó, pero Julia no aflojó ni un ápice y prácticamente la arrastró hasta uno

de los últimos bancos. Le dijo que no se moviera de allí mientras nosotras nos acercábamos a la imagen y tomábamos notas para nuestro trabajo del colegio. Luego regresó conmigo y le dimos la espalda a Clara. No creo que nos entretuviéramos más de diez o quince minutos, pero, cuando terminamos y nos volvimos hacia la puerta para marcharnos, ella ya no estaba allí. Se había esfumado. Así fue como desapareció.

—Y como volvió a aparecer exactamente setenta y dos horas después —completó Tina girándose de nuevo hacia el inspector—. Lo que cuenta Ágata ocurrió un sábado a las seis, y a las seis de la tarde del martes siguiente el párroco encontró a Clara dormida en el mismo banco donde su hermana la había arrinconado tres días antes. Justo el que está delante de ti, el último de la bancada de la derecha. Las únicas marcas que tenía eran los moretones que Julia le había provocado en el brazo derecho al obligarla a sentarse y esperarlas bien calladita.

—Fue como si durante todo aquel tiempo, mientras nos volvíamos locos buscándola, ella hubiese permanecido inmóvil, en el mismo sitio, pero se hubiera vuelto invisible.

—Lo que no entiendo es que se abandonara la investigación antes de resolver semejante misterio —intervino Castillo, que se había aproximado un poco más al banco misterioso para apoyar las manos en el respaldo.

—Créame, inspector —concluyó Ágata—, abandonarse, lo que se dice «abandonarse», no se abandonó.

Cuando era pequeña, a Ágata no le gustaba rellenar los mapas. No se le daba bien trazar el contorno de las naciones ni reflejar con acierto el volumen de las cordilleras, dibujar montañas enanas que siempre, no sabía muy bien por qué, remataba con una cúspide nevada, apretando mucho el lápiz sobre el papel y describiendo tres curvas diminutas. No le gustaba reproducir el cauce de los ríos ni los límites de las comunidades autónomas, que le parecían las piezas desproporcionadas de un complicado puzle. No le gustaba el papel vegetal, ni la caja de lápices de colores, ni la goma de borrar, que enseguida se volvía gris y dejaba un rastro poco aseado allí donde se suponía que debía contribuir a reinstaurar el brillo. No tenía facilidad para aplanar el mundo y encarcelarlo en un folio que invariablemente terminaba sucio, lleno de borrones y arrugado en las esquinas. Pero los mapas siempre le venían a la cabeza cuando trataba de recordar el verano en el que Clara Sebastián desapareció. Recuperaba también, al realizar aquel esfuerzo doloroso, el tacto del cuaderno de Vacaciones Santillana y las primeras horas de la tarde lentas y caldosas, haciendo los deberes de repaso del curso, sentada a la mesa de patas metálicas y superficie de mármol de la terraza del apartamento con vistas a la playa; aquellas horas en las que el jardín de la urbanización y los caminos de tierra que llevaban al pueblo y hasta la arena se quedaban desiertos, porque la siesta era un tiempo sagrado, que nadie se atrevía a desafiar. Recuperaba la luna redonda y amarilla, a la que todos mencionaban las noches que pasaban jugando alrededor de la piscina, con los adultos sentados en círculo y hablando de cosas serias que intentaban imponerse a las voces de los niños, porque la luna no se podía esquivar y era imposible no mirarla y sorprenderse de su aspecto mágico. Aunque

entonces nunca lo dijo, Ágata siempre había creído que era la luna la que observaba el mundo, a salvo de la humanidad a una miríada de kilómetros, y no al revés. Recuperaba las barracas y los arrozales que flanqueaban la carretera, láminas de agua estancada y geométrica, como las piezas de una colcha, que la habían escoltado, a ella y a su familia, y también a Clara, a Julia y a los suyos, en sus infinitas idas y venidas de Valencia a los apartamentos. Recuperaba el alquitrán, que algunas mañanas llegaba hasta la orilla desde los barcos y les manchaba los pies. Las medusas transparentes, que eran bonitas, pero hacían daño. El salitre y la brisa, que siempre fue húmeda y engañosa, porque prometía un frescor que no llegaba nunca. En definitiva, el paisaje de su infancia al que, como un rato antes le había confesado a Tina, regresaba una y otra vez.

Todo esto compartió Ágata con ella y con el inspector aquella mañana de invierno, dos días antes de Reyes, durante su visita a la iglesia de Jesuset de l'Hort, y ellos, respetuosos, no le hicieron ninguna pregunta. No la interrumpieron y la dejaron hablar hasta que su relato alcanzó la tarde en que todos se volcaron en la búsqueda de Clara y, sin embargo, ella, incapaz de sobreponerse a la angustia que se le había instalado en el pecho, se quedó atrás y regresó a la urbanización para mojarse los pies en la piscina mientras el viento de poniente oprimía el cielo y lo prensaba contra la tierra con la fuerza sorda de unas manos asesinas sobre un cuello. Soñaba a menudo con aquella tarde, les dijo, y en el sueño se colaban imágenes de otros tiempos más recientes y también nunca acontecidos, libros y pájaros, personas que no habían estado allí y convertían en aberración, en pesadilla, el episodio onírico.

Tina y el inspector no objetaron nada.

No quisieron saber qué tenían que ver aquellos recuerdos tan pequeños con la tragedia que le había marcado la vida. Y menos mal, porque no hubiera sabido explicárselo. No había manera. Ni siquiera para ella tenía sentido aquella enumeración con tono de conjuro, de invocación pagana y algo nostálgica, que parecía culpar al escenario y los objetos, como si el hecho terrible para el que habían servido de atrezo les hubiera conferido el estatus de unos símbolos diabólicos, cuyo significado aún estuviera por descifrar.

—Nunca se supo quién se había llevado a Clara ni cuál era su propósito, si es que hubo alguien detrás de su desaparición, pero durante meses sospecharon de Julia y de mí, y nos machacaron a interrogatorios y careos, hasta que varios organismos de protección a la infancia se plantaron y consiguieron que nos dejaran en paz... pero el mal ya estaba hecho.

—¿Y Clara no tuvo nada que decir? —preguntó el inspector con incredulidad.

—Solo dijo que no recordaba nada, y la creyeron. —Y aquí Ágata quiso añadir que, cuando durante su juventud en Buenos Aires leyó *Pícnic en Hanging Rock*, la historia de tres adolescentes desaparecidas en Australia de las que solo se encontró a una que no supo explicar qué les había ocurrido ni dónde debían buscar a sus compañeras, sintió que eso era lo mismo que le había pasado a Clara, pero la referencia le pareció superficial e incomprensible para quien no viviera a medio camino entre la realidad y la literatura, así que se limitó a echar de menos a Bergman, que hubiera captado su intención al vuelo, y se contuvo.

Fue entonces cuando Tina sugirió:

—Un detalle sin importancia: ¿a nadie se le ha ocurrido hablar con Julia?

—Cuando volví a España intenté localizarla, pero no la encontré.

—Julia Sebastián... —murmuró el inspector—. No debería resultarnos difícil dar con ella. Imagino que los compañeros de Valencia podrán ayudarnos... —dijo recurriendo a su teléfono.

—No te preocupes, ya me he encargado yo. No ha sido difícil dar con el centro donde permanece ingresada —intervino Tina mientras le dedicaba a Ágata una mirada cargada de recelo.

—Fantástico, ahora llamaremos para concertar una cita. También me gustaría interrogar al chico del *camping*, si sigue viviendo por aquí. Ágata, no me dijiste cómo se llamaba.

—Porque no lo recuerdo —se justificó ella al mismo tiempo que se ponía de pie—. Voy a salir. Necesito que me dé un poco el aire.

—¿Quién es el chico del *camping*? —preguntó Tina—. Cubrí la desaparición de principio a fin y no me suena de nada.

Castillo apartó la vista de la pantalla de su móvil e interrogó a Ágata con sorpresa en la voz:

—¿No lo contasteis? ¿No le explicasteis a la policía lo que había ocurrido una semana antes de que Clara desapareciera?

En ese momento el teléfono del inspector empezó a sonar, así que Castillo no tuvo tiempo de reprochar nada cuando Ágata respondió muy bajito, avergonzada:

—Me temo que no.

—Dígame, Pontones.

—¡Madre mía! ¡Qué rápido me ha cogido usted el teléfono!

A Castillo, el «¡Madre mía!» de Pontones le recordó a su madre y a cómo la imitaba su hijo Guillermo, y se le escapó una mueca de remordimiento que el oficial no vio: no había avisado a su familia de que había llegado a Valencia sano y salvo.

—Lo tenía en la mano. Es que iba a llamar yo cuando me ha llamado usted. ¿Novedades?

—¿No ha leído mi correo?

De nuevo un *déjà vu*: esta vez fue la insistencia de Tina durante su conversación telefónica del día anterior, empeñada en que leyera cuanto antes la noticia sobre la primera desaparición, la que hizo acto de presencia.

—Todavía no he podido.

—Pues debería.

Castillo puso los ojos en blanco.

—¿Y si me hace un resumen?

—Hemos identificado a los tres miembros del Rame-Tep que nos faltaban. Si le parece bien, para ir adelantando, puedo citarlos esta misma tarde o mañana por la mañana a más tardar en la librería e interrogarlos yo. Puedo citar también a los que ya vimos, porque tendremos que contrastar alguna declaración, y también a Carmen Mitre. Susana se vendría conmigo.

—Convóquelos para mañana. Nosotros adelantaremos nuestra vuelta a esta noche si se nos da bien y resolvemos un par de incógnitas por aquí, así podríamos acudir a la librería para la apertura y empezar temprano.

—Perfecto. En el correo le he explicado quiénes son. También le he incluido el informe sobre la cena, como me pidió, y alguna cosa más.

—Muy bien —le agradeció el inspector—, le prometo que en cuanto tenga un segundo me leeré el mail. ¿Eso es todo?

—Hay alguna cosa más, un par de cosas, para ser exacto. Acabo de decírselo —insistió el oficial, y se quedó en silencio al otro lado de la línea.

El laconismo de Pontones estimuló en el inspector las ganas de estampar el teléfono contra el portón de la Iglesia, pero se contuvo.

—¿No piensa contármelas?

—Por supuesto que sí. ¿Qué sentido tendría, si no, esta llamada telefónica?

—¡Pues cuéntemelas, por lo que más quiera!

Pontones no se alteró ante el tono desquiciado de Castillo.

—He esperado todo lo que he podido a que me contactara, pero como se ha retrasado tanto, al final he tenido que tomar yo la decisión. Espero haber hecho bien: me he traído a Bergman a comisaría.

—¿Cómo?

—Eran sus huellas las que detectamos en la copa rota que encontramos en el ático de Abril del Pino.

—¿Y él qué dice?

—Que nunca ha estado allí. Ha reconocido que brindó con ella en la librería, pero niega haberla acompañado a casa.

—¿Y usted le cree?

—No sé qué creer, inspector. Si se hubiera leído el correo, tendría más frescas las declaraciones de Virginia Robledo, que nos dijo que Abril del Pino, la noche de la cena, se marchó sola.

Castillo pasó por alto el reproche de Pontones y amplió el razonamiento del oficial:

—Eso no quiere decir nada. Bergman pudo haberla seguido o incluso acordar con ella que acudiría después.

—Bergman o Luna. Lo mismo he pensado yo.

—¿Luna?

—Sí. Él fue quien hizo pis en el baño de Abril del Pino. —Pontones rubricó la noticia con una risita—. Esa es la segunda cosa que tenía que contarle. Las huellas localizadas en el inodoro de la desaparecida son de Emilio Luna.

—¿Y también lo ha detenido?

—¿Quiere que lo haga? Antes de seguir adelante he pensado que usted y yo teníamos que hablar, como afortunadamente estamos haciendo. Luna acudirá mañana a la librería.

—Pues déjelo así, vayamos primero con Bergman.

—Perfecto, sus deseos son órdenes. ¿Sería una temeridad por nuestra parte compartir esta información con Ágata? Tal vez ella tampoco ha sido del todo sincera y este avance la anime a contarnos algo más.

—Tal vez... —repitió Castillo, mientras en su cabeza incorporaba al enigma las nuevas piezas del puzle—. Le daré una vuelta...

—Inspector...

—Aquí sigo.

—Hemos tenido que cerrar la librería y son vísperas de Reyes. Esto es terrible.

Castillo suspiró y dudó entre admirar el candor de Pontones o descargar todo su cinismo sobre él. Optó por lo primero.

—No se preocupe. Ahora hablaré con Ágata. Mañana la abriremos.

—Muchas gracias, me quedo más tranquilo.

La comunicación se cortó, pero Castillo no regresó al interior de la iglesia ni guardó su teléfono en el bolsillo. Permaneció de pie, pensativo, en el carrer dels Redolins, como si no tuviera muy claro que lo que se disponía a hacer fuera lo correcto, pero al final lo hizo. Abrió de nuevo el contacto de Ágata en WhatsApp y escribió: «¿Por qué me has mentido sobre Julia? Si Tina la ha localizado con tanta facilidad, no me creo que tú, en todos estos años, no hayas podido dar con ella».

Bergman había aprendido a disfrutar de las esperas. Estaba acostumbrado a que sus escasos amigos llegaran tarde, incluso a que se olvidaran de él, y él no se enfadaba nunca. Había aceptado, sin dramatismos y sin esforzarse en averiguar por qué, su incapacidad para convertirse en la prioridad de alguien. Por eso siempre llevaba consigo una buena lectura con la que desviar su atención del segundero del reloj y abstraerse del mundo.

Y aquella mañana en la comisaría no fue diferente.

El oficial Alfredo Pontones lo había dejado solo en una habitación de paredes desnudas y poca luz, con un par de sillas viejas y una mesa de superficie áspera, sobre la que él acababa de dejar el ejemplar que hasta ese momento había permanecido a salvo en el bolsillo interior de su cazadora, una vieja y manoseada edición de *El silencio de los corderos* que había leído muchas veces.

Thomas Harris.

Un genio.

Bergman rio y se dijo que, si alguien lo estaba observando a través de la cámara que colgaba del techo, en uno de los extremos

de aquel zulo, pensaría que había perdido el juicio, pero su risa no tenía nada que ver con el desequilibrio, sino con una idea que le rondaba por la cabeza desde el momento en que Pontones le había exigido que lo acompañara. Se preguntaba cuándo le comunicarían su derecho a recurrir a un abogado y, en caso de que esto llegara a suceder, a quién diablos iba a llamar. Si fuera un personaje en la imaginación de un guionista de Hollywood, se dijo, le causaría al pobre unos terribles dolores de cabeza. Tendrían que asignarle un abogado de oficio, un recurso que en las películas siempre sonaba a segunda clase, a salida de perdedores.

Además, tampoco habría muchas opciones a la hora de aprovecharse del «puede usted hacer una llamada» y telefonear a algún familiar o algún amigo a quien pedir ayuda.

Para él solo existía Ágata.

Y no había nada antes ni, sin ella, podría haberlo después.

Nada que valiera la pena.

Todo en Bergman, como en el fondo en cada uno de nosotros, era misterio.

De la misma manera en que nadie se esforzaba por llegar puntual a su encuentro, nadie solía interesarse por quién era, y su pasado, incluso para él mismo, se estaba volviendo cada vez más confuso, como esas entradas de cine de impresión térmica que se empeñaba en coleccionar, a pesar de que el tiempo iba borrando el texto de su papel finísimo y satinado, hasta que un buen día lo descubría completamente blanco; la prueba física de una memoria que se estaba desintegrando por falta de uso.

Quizás ese era el motivo, la necesidad de que alguien le hiciera caso, por el que se había sentido tan receptivo cuando, la fatídica

noche de la cena del Rame-Tep en Las Palabras Mágicas, Abril del Pino le había prestado atención.

Había sido un paso en falso.

Y también había sido un error no contarlo en su primera visita a la comisaría, pero no lo había ocultado por maldad, sino más bien por miedo, presa de un remordimiento anticipado y obedeciendo a una vocecita interior que le advertía de que, quizás, la charla con Abril, el interés que ella había mostrado por su vocación a medio camino entre las películas y las novelas, no había sido más que una trampa, una extraña maniobra para responsabilizarlo de algún modo por lo ocurrido y convencer a la policía de que él había estado en su casa. Además, ni siquiera estaba muy seguro de que el encuentro hubiera sucedido. Para variar, había bebido demasiado durante la cena... pero ¿realmente dudaba o solo intentaba convencerse de que aquel recuerdo que no le convenía en absoluto era mentira?

«No, no, no, Bergman, no te engañes más».

Por supuesto que había ocurrido.

Pero ¿entonces?

Levantó la cabeza en un acto reflejo y resurgió de las páginas de *El silencio de los corderos*.

Pero entonces... ¿era posible que Abril no fuera la víctima, sino la responsable de su propia desaparición?

En parte, Mariano y el pequeño Godzilla tenían la culpa.

Su presencia constante en la vida de Bergman había alcanzado la categoría de augurio: la idea de llegar a convertirse él mismo en un anciano solitario, obsesionado con un libro que nunca podría

comprar y pendiente de los arrebatos de ira de una mascota minúscula pero con un genio terrible, le daba pánico. No un pánico consciente, de los que se identifican con facilidad y, al nombrarse, se desactivan, sino soterrado e invisible como un acuífero.

Por si fuera poco, a la amenaza cada vez más próxima de una solitaria vejez, se sumaba la escasa habilidad de Bergman con las mujeres. Para ellas siempre había sido invisible, incluso Ágata lo atravesaba a veces con la mirada e ignoraba su presencia y su opinión, como si fuera traslúcido.

Por eso agradeció tanto que Abril del Pino, la noche de la cena, sí se fijara en él.

En la soledad de la sala de interrogatorios, Bergman se golpeó la frente con la mano, avergonzándose de su recuerdo: «¿Cómo se puede ser tan ingenuo?».

Ella había roto el hielo. Fue después de los discursos y los agradecimientos, cuando la velada estaba muy avanzada y ya se habían servido muchas copas, momento que él aprovechó para, a pesar de la mirada acusadora de Ágata, refugiarse junto a las estanterías de su sección, esa a la que había llamado «También es una película», rescatar de la parte trasera de una de las baldas la novela de Harris, que había dejado allí estratégicamente escondida, y sumergirse en el *thriller*. La librería, en la penumbra de la noche y de la tenue iluminación propiciada por las luces navideñas, se parecía mucho a un escenario de David Lynch, y cuando Abril interrumpió a Bergman en su lectura clandestina de *El silencio de los corderos*, él notó que un halo rojo, proyectado por las bombillitas intermitentes de las guirnaldas que decoraban el árbol en el patio, le daba a su expresión de rasgos afilados un toque fantasmagórico.

«Me gustó tanto la película que luego la novela no me llegó, pero que conste que lo intenté. Fui una adolescente enamorada de Hannibal Lecter», dijo Abril, que, al notar en Bergman cierto disgusto por saberse descubierto, continuó con una disculpa: «Siento haberte interrumpido. No quería molestarte. Esta es mi fiesta, pero confieso que, mientras te miraba, tan concentrado en la novela, tan dentro de ella y fuera de aquí, he sentido cierta envidia. Soy más de leer a escondidas y abstraerme de la realidad que de celebraciones concurridas, aunque yo sea la protagonista».

«Supongo que por eso eres escritora», le dijo él en un intento de rectificar su descontento inicial.

«Por eso y para contarme el mundo como no es».

«Esa es una afirmación interesante».

«¿Qué bebes?», le preguntó Abril señalando con su copa vacía la de él, que descansaba en la estantería.

Bergman miró con desencanto los dos dedos de líquido amarillento y ya sin gas que todavía le quedaban y los bebió de un trago: «Ahora ya nada. Creo que era cerveza, pero no pondría la mano en el fuego».

Aquí recordaba Bergman que Abril había sonreído y la dureza de su rostro se había esfumado de repente. Hasta ese momento, incluso cuando ella había alardeado de su premio, deteniéndose en cada uno de los corrillos en los que se había fragmentado la celebración, él había tenido la impresión de que Abril se esforzaba por ser simpática, pero tras su pequeña broma le pareció por fin simpática de verdad, como si el misterioso «embrujo» que la caracterizaba, más propio de una bailaora de flamenco que de una escritora, hubiera sido sustituido por una genuina amabilidad.

«Yo tengo algo mejor». Abrió la cremallera de su bolso de fiesta y sacó una petaca de plata.

Sin titubear, Bergman le tendió su copa vacía: «¿Qué es?».

Abril sonrió concentrada en la bebida transparente: «Tequila del bueno, no salgo de casa sin él. Pero antes de que lo pruebes vamos a brindar».

Así lo hicieron, y con tal ímpetu que la copa de Bergman se partió en dos. Ante el desastre y movido por el miedo a que Ágata descubriera su estropicio, Bergman se disculpó y dejó a Abril para ir a buscar la escoba y el recogedor. Solo tardó unos segundos en regresar, pero, cuando volvió, Abril ya no estaba y los cristales, de la misma manera en que lo haría ella unas horas después, habían desaparecido.

La piel de gallina.

Ágata se acarició el dorso de la mano derecha, que reposaba sobre el salpicadero del viejo Citroën del inspector, y se estremeció.

—Bergman no está mintiendo.

Había olvidado cambiarse la tirita y su aspecto no era muy higiénico. Después de dos días, el color carne del apósito se había vuelto gris, pero ya no lo necesitaba, así que se lo quitó de un tirón y comprobó que la pequeña herida en la yema del anular había desaparecido.

—El otro día me corté al ordenar el lineal —dijo—, y, al comprobar con qué, me sorprendió encontrar detrás de los libros añicos de cristal, como si alguien los hubiera escondido allí. Pudo haberlo hecho Abril... haberse llevado los trozos más grandes de la copa

rota, para dejarlos luego en su salón, y haber ocultado los más pequeños. —E insistió—: Bergman dice la verdad.

—Mañana lo veremos. Si los trocitos de cristal de los que habla siguen en la estantería, nos los llevaremos para analizarlos. Contrastaremos las versiones.

—No son dos versiones de la misma cosa... Él contará lo que pasó antes y yo lo que pasó después, y usted tendrá que decidir si nos cree o no.

—Gracias por la necesaria aclaración.

—Hay que hablar con propiedad.

Eran poco más de las seis de la tarde, pero anochecía muy rápido y el frío se filtraba por los mil y un resquicios de la carrocería. Castillo encendió la calefacción del coche, que era ruidosa, y Ágata pensó que la cabeza le dolería muy pronto, pero no se quejó.

Avanzaban por un camino estrecho, flanqueado por sendas hileras de pinos que limitaban su campo visual y por el que no transitaban más vehículos. Se habían despedido de Tina en la parada del autobús a Valencia, después de que el inspector les hubiera contado las averiguaciones de Pontones mientras compartían un *all i pebre* y unas *clotxinas* que les supieron a gloria. Alrededor de aquel exquisito tentempié, se habían repartido el trabajo. Decidieron que Tina iría al día siguiente a visitar a Julia, a la que había localizado en el Sanatorio de San Onofre, en Quart de Poblet. En cuanto a Ágata y el inspector, antes de emprender esa misma noche el camino de regreso a Madrid para estar presentes en los interrogatorios del día siguiente en la librería, se darían una vuelta por los *campings* de la zona con la esperanza de que alguien recordara al chaval que ayudó a Clara cuando Ágata y Julia la dejaron sola.

—Igual hasta damos con él. Si el *camping* era de sus padres, tal vez ahora ese chico sea quien lo regente.

—Es una posibilidad, pero no lo creo.

—¿Por qué no lo cree? —preguntó Castillo con tono pedagógico—. No sea pesimista.

—No lo sé... Ya entonces había algo extraño en él. Nunca encajó aquí, ni siquiera cuando éramos unos críos.

El frío y la oscuridad creciente persistían en su ataque al otro lado de las ventanillas, y el ruido de la grava al roce de los neumáticos reforzaba lo siniestro del ambiente, su matiz fantasmagórico. Ágata se abrazó a sí misma y se estremeció al no encontrar ni rastro de sus veranos de la infancia en aquel escenario idóneo para un *remake* de *La matanza de Texas*.

—El invierno lo cambia todo —dijo.

Y Castillo subrayó la afirmación después de unos segundos:

—Tiene razón.

Los dos primeros *campings* que visitaron estaban cerrados e informaban en sus accesos de que, hasta la primavera, no volverían a abrir sus puertas. Estas, a pesar de ser frágiles vallas de alambre o láminas combadas de madera, disuadían al visitante con gruesas cadenas y gigantescos candados, tan llamativos como probablemente inútiles. Ágata no los recordaba, pero tuvieron más suerte con el tercero.

El tercer *camping* era el más cercano a la playa y también, como destacaba la placa que marcaba el límite de sus dominios, el más antiguo; el único con una entrada digna, imponente incluso: un portón de aluminio de doble hoja, que se abrió al ejercer Castillo una

leve presión sobre él. Cuando lo hizo, en alguna parte se encendió una luz roja y se dirigieron hacia ella.

—Me acuerdo de este sitio. Yo ya he estado aquí —dijo Ágata mientras se bajaban del coche.

El recinto era enorme, con aspiraciones de laberinto y, aunque la luz roja seguía parpadeando, siempre les parecía igual de lejana, a pesar de que, desde que habían cruzado el portón, no habían dejado de caminar. El helor forraba los setos y congelaba el suelo. Solo se oía el roce vegetal de las hojas y las ramas, y los pasos de Ágata y Castillo por los caminitos estrechos, de tierra húmeda, que delimitaban las diferentes zonas del establecimiento: tiendas de campaña, casas prefabricadas, caravanas... Aquí y allá había indicaciones clavadas en estacas de madera: PISCINA, SUPERMERCADO, LAVANDERÍA, EMERGENCIAS, PISTAS, BAR... y también encontraron olvidados algunos objetos absurdos: un pequeño triciclo rosa, unas guirnaldas de cumpleaños cubiertas de arena, un sombrero de paja sobre el que se había instalado una alimaña que se esfumó en un suspiro, en cuanto los intuyó cerca... Exceptuándola a ella, el lugar parecía deshabitado y, a medida que se alejaban de la puerta, el follaje se hizo más espeso, como si pretendiera engullirlos y hacerlos desaparecer. Castillo encendió la linterna del móvil y blasfemó, pero no se detuvo. Ágata avanzaba muy cerca, detrás de él. Por todas partes olía a mar.

Así continuaron durante unos minutos, en silencio, levantando la vista de vez en cuando para calibrar con frustración la distancia que aún les quedaba hasta la luz roja, y solo cuando llevaban caminando un tiempo que se les había hecho eterno, salieron a un pequeño claro limitado por un incongruente riachuelo, el último obstáculo

antes de los cincuenta metros de césped que los separaban de una cabaña de madera junto a la que permanecía varada, fija sobre cuatro bloques de ladrillo, una vieja caravana que tenía la puerta abierta, aunque era de la cabaña de donde provenía la luz.

—Si ya ha estado aquí antes, me resulta inconcebible que lo hubiera olvidado. Deme la mano.

Ágata sonrió. El riachuelo era ridículo, inofensivo, apenas un hilillo de agua, como una veta horadada en una roca, pero aun así aceptó la ayuda del inspector para cruzarlo.

—Si Tina nos viera por un agujerito, me temo que le reprocharía su actitud de caballero andante.

—Crisis de los cincuenta más nostalgia del patriarcado, *pack* completo. Es como una enfermedad. Usted misma me ha dado el diagnóstico —alegó Castillo con la mirada fija en la cabaña y sin detenerse, en lo que a Ágata le pareció una velada disculpa—. ¿Cree que pudieron retener a Abril aquí cuando era niña? No creo que sea fácil registrar este lugar.

—¿Cree usted que podrían tenerla retenida aquí ahora?

Castillo se paró en seco y contempló el extraño paisaje en la oscuridad, valorando la sugerencia de Ágata.

—Ahora lo descubriremos.

Había un hombre esperándolos en la puerta de la cabaña, debajo de un cartel colgante en el que podía leerse «RECEPCIÓN», con la misma tipografía de las indicaciones que se habían encontrado en el trayecto. Se protegía del frío con un plumas marrón, que le quedaba pequeño, y una riñonera sucia soportaba el peso de su vientre.

Llevaba un pantalón de chándal azul, que había vivido tiempos mejores, y, como si fuera un tic, se pasaba con frecuencia la mano muy blanca por el pelo grasiento. Tenía las uñas bonitas. Todavía era joven, pero su desaliño lo envejecía. Observándole, Ágata pensó que no debía de ser una persona feliz.

—Creí que no iban a llegar nunca. Seguro que se han confundido de camino al entrar. Ocurre con frecuencia —dijo a modo de saludo —. Pasen, no se queden ahí. Dentro hay una máquina de café.

Lo siguieron al interior de la cabaña y no hablaron hasta que él se puso cómodo detrás de un mostrador de madera donde, junto a un mugriento gorro de Santa Claus, ronroneaba un ordenador y descansaban varios fajos de folletos promocionales de un brillo insólito, en los que se repetían los anuncios que, horas antes, habían visto en las vallas publicitarias y las fachadas del Palmar. Ágata los acarició con una curiosidad fugaz y se preguntó dónde quedaba aquel mundo soleado e idílico, de papel cuché.

—¿Han venido a instalarse? Es temporada baja, tenemos unos precios muy competitivos y las casas prefabricadas son mejores que muchas habitaciones de hotel.

El hombre del plumas mantenía ahora la mirada fija en la pantalla del PC. A su espalda, un casillero repleto de llaves; sobre su cabeza, un plasma encendido, pero sin voz, donde la imagen de Abril del Pino se recortaba en el faldón con los contenidos de la popular tertulia de un magacín.

Las sienes de Ágata empezaron a latir con fuerza. El dolor de cabeza ya estaba allí.

—¿No la habrá visto por aquí? —preguntó Castillo señalando el plasma.

—¿A esa? No la había visto en la vida. No soy yo muy de libros. A veces, para dejar claro que existimos, no nos queda otra que desaparecer.

—No necesitamos alojamiento, solo queremos hacerle una consulta —se explicó el inspector.

—¿A mí?

—A quien tenga conocimiento de la historia de este lugar. Si es usted, mejor que mejor. Estamos buscando a alguien, al hijo de los dueños.

—Mis jefes no tienen hijos.

—Pues al de los antiguos propietarios. Era un adolescente en los noventa... —Castillo miró a Ágata en busca de ayuda y ella continuó:

—Entonces tenía sobrepeso y le gustaba vestir de negro. No era muy sociable, pero se le daba bien arreglar cosas. Tenía algo de acné... Discúlpenos, sé que es una descripción un poco vaga, pero es todo lo que recuerdo.

—Pues me parece una descripción no un poco, sino muy vaga, si quiere que le diga la verdad. ¿Por qué lo buscan?

Castillo mostró su placa, pero la expresión escéptica del hombre del plumas no varió. Se limitó a estrujar el gorro de Santa Claus de forma mecánica.

—Lo siento. Yo llevo aquí muy poco tiempo. Este es mi primer invierno y solo hago las noches, así que no creo que pueda serles de mucha ayuda. Pero ¿por qué no le preguntan a Fermín? Lleva décadas viviendo en este sitio, ni siquiera paga. Los dueños lo heredaron de los dueños anteriores. Es una especie de talismán del *camping*. Está en su caravana.

Siguiendo la dirección del gesto que el hombre del plumas había hecho con el mentón, Ágata y Castillo se volvieron hacia la puerta.

—Si lo pillan de humor es posible que les invite a un quinto. No se queda nunca sin cerveza.

No hizo falta que salieran de la cabaña, porque Fermín se adelantó y, justo cuando los tres dirigieron su mirada hacia la puerta, él hizo su aparición estelar y asomó la cabeza al interior.

—¿Se puede? He visto que hay visita y he pensado que a lo mejor les apetecía una birra.

Sin esperar el permiso, Fermín entró y dejó sobre el mostrador cuatro quintos helados de cerveza El Águila. Se secó los dedos húmedos en la camisa de su pijama de rayas, lleno de lamparones, y, a continuación, se giró hacia Ágata y el inspector, y les tendió una mano huesuda y arrugada, todavía húmeda, que a Castillo le pareció la de un muerto viviente emergiendo de las profundidades de la tierra.

—Fermín Gutiérrez —se presentó con un curioso siseo, porque le faltaban algunos dientes.

—Fermín —le dijo el hombre del plumas mientras sacaba un abridor pequeño de debajo del mostrador—, a lo mejor puedes ayudar a esta gente.

Las chapas de los botellines, al saltar, interrumpieron unos segundos la conversación, un tiempo valioso que Castillo empleó en observar al recién llegado e interrogarse acerca de su edad, porque lo que más llamaba la atención de Fermín Gutiérrez era su aspecto reseco, como de momia, como si todo él estuviera hecho de la carne

y el hueso milenarios del famoso brazo incorrupto de San Vicente Mártir, que se conservaba a solo unos pocos kilómetros de distancia, en la catedral de Valencia. A su piel cetrina, de pergamino, se sumaba una larga melena blanca y acerada, y unos ojos azules y líquidos como culos de un vaso en los que el agua hubiera quedado atrapada y nunca se fuera a secar.

—¿Qué necesitan?

—Buscamos a alguien. Un chico que vivió aquí hace unos treinta años. Entonces era el hijo de los dueños. Gordo, con granos, servicial —explicó el inspector.

—Muy atractivo —añadió el hombre del plumas.

Fermín permaneció en silencio.

Todos lo hicieron.

El viejo dejó que su mirada vagara errática entre los presentes, y, al seguirla, el inspector se percató del rubor de Ágata, que mantenía la cabeza baja y sostenía la cerveza con aprensión.

—Es una lástima —se pronunció por fin el anciano—, siempre me acuerdo de la gente, pero de sus nombres no.

—Entonces se acuerda de él.

—Sí, pero no de cómo se llamaba —confirmó sin dejar de mirar a Ágata. Castillo pensó que nada tenía que ver la conversación con lo que a Fermín le estaba pasando por dentro—. Si quieren, puedo enseñarles una cosa suya, la tengo en la caravana. Era un chaval bastante solitario y le encantaba el cine, y yo fui uno de los primeros en tener un vídeo por aquí. Se pasó muchas tardes conmigo, viendo películas. Luego, cuando cumplió los dieciocho, se marchó a la ciudad para estudiar sin despedirse ni nada. Sus padres vendieron esto y nunca más se supo. ¿Vienen?

Sin esperar su respuesta ni separarse de su botellín, Fermín se adelantó y salió con un rictus más de procesión religiosa que de noche en El Saler, y los otros tres lo siguieron en fila india.

—¿Usted también viene? —le preguntó el inspector al hombre del plumas.

Este ni siquiera se molestó en mirarle al responder:

—¿Acaso tengo otra cosa mejor que hacer?

El interior de la caravana era agresivo para la vista, porque no la dejaba respirar. Estaba atestado de un sinfín de objetos que desprendían un opresivo aroma a vejez y, con los cuatro dentro del reducido espacio del vehículo reservado a la vivienda, el movimiento resultaba casi imposible, aunque lo cierto era que, al menos en el caso de Ágata y Castillo, el estupor ganaba a la intención de echar una ojeada aquí y allá, y tocar las cosas. Se habían quedado paralizados por la sorpresa. Había polvo y una humedad con la fuerza de un taladro, sobre todo evidente en los montones de revistas y periódicos viejos que convertían el suelo en el circuito de una carrera de obstáculos. La luz era amarilla, en contrapicado, una bombilla desnuda en una lámpara sin pantalla y de pie oxidado que se encontraba en un rincón y clamaba a peligro de cortocircuito e incendio devastador. Castillo dijo:

—¿No debería revisar la conexión de esa lámpara?

Y Fermín alegó con rapidez:

—La primera vez que la encendí fue en 1983.

El inspector no supo qué objetar y optó por el silencio. Tampoco le había pasado por alto que Ágata continuaba sin decir nada.

—¡Aquí está! Sabía que aún la tenía.

La pared frente a la puerta estaba forrada de estantes repletos de cachivaches que, en su mayoría, parecían recogidos de la basura. Castillo, Ágata y el hombre del plumas siguieron con atención el sinuoso avance del dedo índice de Fermín, que se detuvo sobre una protuberancia metálica en el centro de aquella «rocosa» superficie.

—¿Qué es eso? —preguntó intrigado el inspector, y a Fermín se le escapó una sonrisa de suficiencia.

—Un vídeo Telefunken, amigo mío. El mejor.

Sobre el aparato había dos torres de cintas guardadas en fundas de cartón donde se indicaba su contenido con una temblorosa letra manuscrita. El hombre del plumas se adelantó unos pasos y leyó para todos: «*El último cuplé*, *La violetera*, *La niña de tus ojos*, *¡Ay, Carmela!*»...

—Me pirra la sicalipsis. Es mi debilidad, pero no les he traído por eso. Esta es. No sé cuántas veces me hizo ponérsela. Había tardes en que la veía dos y tres veces seguidas. Se la sabía de memoria.

Con mucho cuidado para no romper el frágil equilibrio de una de las dos pilas, Fermín extrajo de su base una película y se la ofreció al inspector que, al leer el título, se la tendió a Ágata con una mezcla de sorpresa y complicidad ante la que ella no reaccionó.

—¿Qué película es? —se interesó el hombre del plumas, pero nadie pareció escucharle.

—Me acuerdo de aquellas tardes y también de usted —dijo Fermín señalando a Ágata con tono acusador—. Usted mató a Nícol.

Y Ágata habló por fin:

—Fue Julia quien lo hizo. Ella decidió castigarle y Clara y yo no pudimos hacer nada.

—¿Quién era Nícol? —preguntó Castillo completamente desorientado.

—Era violeta. Muy bonito. No se lo merecía —continuó Fermín, para quien el hombre del plumas y el inspector, carentes de importancia en su acusación, habían desaparecido.

Entonces Ágata empezó a llorar y Castillo, que no entendía nada, se dejó llevar por su recién diagnosticada dolencia y la abrazó. Mientras aplacaba su llanto, se preguntó a qué se debería realmente y si no sería fingido. En algún momento de la escena, ella dejó caer al suelo la cinta de vídeo y el inspector vio con el rabillo del ojo cómo el hombre del plumas se agachaba a recogerla para satisfacer su curiosidad.

—¿Qué película es esta? —repitió el hombre del plumas incluso después de descubrirlo—. Nunca había oído hablar de ella.

—Pues en su momento tuvo bastante éxito. Yo la robé del videoclub que durante muchos años hubo junto a la gasolinera.

Sin deshacer el abrazo, Castillo miró a Fermín acusador y este se defendió con un escueto «ya ha prescrito».

—Tendremos que llevárnosla.

—Es una pena, a mí me hubiera gustado verla —se lamentó el hombre del plumas—. El título es prometedor: *El secreto de la pirámide*.

Más tarde, cuando emprendieron el viaje de regreso a Madrid y ya un poco más calmada, Ágata le contó al inspector la historia de Nícol.

—Era un pollito violeta, que le tocó un verano a Julia en la tómbola de las fiestas del Perelló, un pueblo al que prácticamente se puede llegar paseando por la playa, desde El Saler. Fuimos con nuestros padres a ver la procesión marítima de la Virgen del Carmen. Era de noche y estaba lleno de turistas. Había ruido y luces, y las barcas de pesca, grandes y pequeñas, recorrieron el canal hasta el mar, con la imagen de la Virgen en una de ellas. Todas llevaban velas encendidas y guirnaldas de colores colgadas del mástil y enganchadas en la proa y en la popa. Era bonito. La gente que de verdad era devota cantaba en valenciano al paso de las embarcaciones, desde los muros junto al agua, y también desde el viejo puente que unía las dos zonas del pueblo. Había reflejos en la superficie oscura del canal y algo apocalíptico en el ambiente. En todas las fiestas lo hay, pero nosotras éramos felices.

»El feriante nos había entregado a Nícol dentro de una bolsa de papel de estraza que Julia sostenía con cuidado y abría de vez en cuando para cerciorarse de que el pollito estaba bien. Tenía los ojos negros y pequeños, como cabezas de alfiler, y parecía asustado. Recuerdo el sonido de sus alas al chocar contra la bolsa. Me dejaron cogerlo durante un segundo. Su cuerpecillo estaba caliente. Clara no se cansaba de decir: "Julia, déjamelo ver", y Julia cedía y las tres nos asomábamos para mirarlo fascinadas, como si fuera un tesoro y nos deslumbrara el brillo.

»Lo matamos al día siguiente.

»Fue Julia quien lo hizo, pero Clara y yo no nos opusimos. Fuimos incapaces de protestar.

»Era una mañana calurosa, con más de cuarenta grados y viento de poniente, y, antes de bajar a la playa, Julia y yo nos escabullimos

al bosquecillo de pinos que lindaba con los apartamentos; y por supuesto Clara nos siguió. Julia llevaba a Nícol encerrado entre las manos. Nos había dicho que teníamos que castigarlo porque había hecho mucho ruido durante la noche y no la había dejado dormir. Antes de salir del apartamento, cogió del perchero que colgaba de la pared, al lado de la puerta, una vieja bufanda del Valencia Club de Fútbol que alguien había olvidado allí. Recuerdo que se la puso a Clara alrededor del cuello, como un fular, y Clara sonrió orgullosa ante la atención de su hermana. La combinación de la bufanda y el bañador era graciosa. Nos reímos de ella, pero no se ofendió. Nuestras madres nos habían untado con protector solar y el olor del sudor veraniego se mezclaba con el de la crema.

»En el bosquecillo Julia buscó unas ramas bajas y le pidió a Clara que envolviera a Nícol en la bufanda: "Se merece un castigo de calor", dijo al ver la duda en los ojos de Clara, que aún se atrevió a objetar: "Pero se va a ahogar". "No te preocupes. Lo dejaremos solo un ratito y luego volveremos a buscarlo. No le pasará nada".

»Clara todavía dudó un segundo, la mirada clavada en los ojos de Julia... era muy pequeña. "Vale", dijo al final. Y envolvió a Nícol en la bufanda áspera con lentitud, porque le temblaban las manos, hasta que solo quedaron a la vista los ojos aterrados del pollito. "Perfecto", la felicitó Julia, que se lo arrebató para depositarlo entre las ramas después de acariciarle la coronilla con el índice; "cuando subamos de la playa, volveremos a por él y habrá aprendido la lección".

»Yo no me atreví a intervenir. Julia mandaba.

»Regresamos tres horas después y había un hombre arrodillado en la tierra al lado del árbol. Era Fermín. El pollito, liberado demasiado tarde de la bufanda, estaba muerto frente a él.

»Nos oyó a su espalda y se volvió con rabia hacia nosotras. "Lo habéis matado", dijo, y creo que en su voz había un dolor sincero.

»Ninguna de las tres se atrevió a pronunciar palabra alguna y Fermín continuó: "Habéis sido crueles".

»Clara empezó a llorar y salimos corriendo de allí, como si huyéramos de un monstruo... pero lo más sorprendente es que ese monstruo éramos nosotras. Más tarde, Fermín localizó a nuestros padres y les contó lo que habíamos hecho. Nos llevaron al *camping* para que le pidiéramos perdón, pero Fermín no aceptó nuestras disculpas. Se limitó a decir con tristeza en la voz que a él no le habíamos hecho ningún daño.

»Hace solo unos meses, una tarde, en la librería, hablando de lo divino y de lo humano, alguien dijo que hay que ser indulgente con la crueldad de los niños, y yo regresé de golpe a ese verano en que matamos a Nícol, pero no dije nada. Creo que dentro de mí ya no hay ningún rastro de esa cría que calló ante la maldad de Julia; una maldad que, en cierto modo, aunque solo sea por mi silencio, también es mi maldad; pero ¿cómo puedo estar segura? ¿Cómo puedo saber que, si Julia me lo pidiera, no lo volvería a hacer? Probablemente Abril inventa crímenes porque no se ha deshecho del todo del daño que le hicimos y convive con esa misma sombra que a mí tanto me atormenta.

—O probablemente escribe novela policiaca solo porque le gusta y hace mucho que se olvidó de todo esto —intervino Castillo sin demasiada convicción, con la intención de calmar a Ágata.

—En ese caso la envidio, porque yo no he podido.

A los pocos minutos de desahogarse, Ágata se quedó dormida. La noche era densa y solitaria, y el inspector tuvo la sensación de que

el Citroën debía hacer un gran esfuerzo para romperla y avanzar por la carretera de regreso a Madrid. Tardaron apenas media hora en dejar atrás el *camping*, la Albufera y El Palmar, y cuando lo consiguieron Castillo sintió que habían trepado por la madriguera del conejo para deshacer el camino desde el País de las Maravillas a la realidad. Aun así, no quiso engañarse. A su cabeza volvió la fotografía de las tres niñas y supo que no estaban completamente a salvo. En la guantera, viajaba con ellos la copia VHS de *El secreto de la pirámide* y, junto a él, en el asiento del copiloto, la respiración de Ágata se había calmado gracias al sueño, y era profunda y sosegada, una mano meciendo con suavidad la cuna de todo el tiempo del mundo; pero era una mentira, porque el inspector intuía todavía viva en el alma de la librera una parte de aquel universo extraño y despiadado en el que había transcurrido su infancia.

# Domingo, 5 de enero de 2025

—El chico del *camping* podría ser Bergman.

—Si lo fuera, ¿no cree que Ágata lo hubiera reconocido cuando coincidieron en la universidad?

El inspector y Pontones habían tomado la saludable decisión de pasear desde la comisaría de Huertas hasta Las Palabras Mágicas. Eran poco más de las nueve y media de la mañana y el ritmo de las antiguas callejuelas del casco antiguo de Madrid empezaba a acelerarse.

—En ese caso, tal vez la desaparición sea cosa de los dos. Puede que estén compinchados.

—O puede que el chico del *camping* sea uno de los miembros del Rame-Tep o incluso su creador, el famoso o la famosa «Nun» —aventuró Castillo, enfatizando el nombre del misterioso líder—. En ese caso, con quien nunca habría llegado a perder el contacto es con Abril. ¿No le parece lo de la cinta de *El secreto de la pirámide* demasiada casualidad?

—De casualidad, nada... Pero Bergman también conocía la película. La primera vez que lo interrogamos en comisaría nos la contó con pelos y señales para explicarnos el origen del club. Si no es él... ¿Gonzalo Marcos o Emilio Luna, que sí que estuvo en el ático? Porque Issey Sato queda descartado. Es demasiado joven y, además, japonés, como su propio nombre indica.

—¿Y si fuera un asunto pasional? —propuso Castillo—. ¿Ha leído las cartas?

—Las cartas son bonitas, inspector. Están cargadas de sentimiento, pero no se enviaron nunca.

—Eso no lo sabemos. Las que hemos encontrado podrían ser copias.

—¿Una historia de amor turbulenta que acaba mal? —planteó Pontones poco convencido—. No podemos descartarlo, pero no lo creo.

—Confiemos en que el testimonio de Julia Sebastián pueda orientarnos. Si todo va bien, en un rato saldremos de dudas.

—Lo que no entiendo es por qué ha dejado que la señora Cremades se encargue de esa conversación.

—Porque me fío de ella. Nos conocemos desde hace mucho tiempo y lo hará bien.

—Espero que algún día me cuente la historia que los une.

El inspector, que llevaba marcado en su cara de sueño el cansancio del viaje de ida y vuelta del día anterior, no dijo más, y Pontones, que anticipaba sus rutinas, cortó la conversación para permitir que su superior reflexionara tranquilo. Llevaban unos quince minutos de paseo y acababan de dejar atrás Leganitos para enfilar la calle de Torija, desde la que ya se atisbaba la plaza de la Marina. La mañana era luminosa y azul, y también gélida, típica del invierno madrileño, que a Pontones le gustaba tanto. Muy cerca de la librería, se cruzaron con el anciano del perrillo, que, como siempre, ajeno a la amenaza del termómetro, había bajado a la calle en batín y zapatillas de estar por casa, y se apoyaba en su bastón.

—Bergman llama a este señor «el hombre de un solo libro».

—Lo que me gustaría saber —comentó Castillo con las manos en los bolsillos de la parca y algo distraído— es de qué libro se trata.

—Uno que siempre ojea en la librería y nunca compra... No se puede negar que Bergman es un hombre paciente.

—Empiezo a pensar que todo en esta historia lo es.

—¿Es qué? —se atrevió a preguntar el oficial, que a veces se perdía en la economía del lenguaje que caracterizaba a Castillo.

—Una cuestión de paciencia.

Y entonces, cuando les quedaban pocos metros para llegar a la esquina que presidía el escaparate de la tienda, imponente como un mascarón de proa, se enfrentaron a un extraño trío que había accedido a la plaza desde la calle Bailén y avanzaba de forma marcial. Sus integrantes se mantenían cogidos del brazo y constituían una barrera, al menos en apariencia, inquebrantable. Cada uno de ellos resultaba peculiar por sí solo, pero multiplicaba su rareza al diluirse en el conjunto. Pontones supo sin dudar, al observar su avance, que también se dirigían a la librería e inmediatamente adivinó su identidad.

—Son los tres miembros del Rame-Tep que nos faltaban. ¡Qué gente tan peculiar!

Castillo buscó en el bolsillo interior de la parca sus gafas de sol y se las puso para ocultar la dirección de su mirada y poder clavarla en ellos, mientras Pontones lo miraba a él y contenía el impulso de decirle que las gafas le parecían muy feas, impropias —pensó literalmente el oficial— de alguien cuyo físico oscilaba entre Bécquer y un Jesucristo algo talludito, superviviente de la crucifixión. Le costó callarse, porque Pontones no se caracterizaba por su comedimiento, pero lo hizo y, para apartar de su mente el impulso de expresar su opinión, se centró también en el análisis de los tres desconocidos, antes de que se perdieran en el interior de Las Palabras Mágicas.

La mujer que ocupaba el centro del trío era la más mayor y también la más alta. Tenía el cabello corto y plateado, y los ojos muy claros, casi más blancos que azules. Llevaba unas gafas de cristal muy grueso y montura de plástico, y vestía un anorak informe, de un caqui muy poco favorecedor, que le llegaba a las rodillas y dejaba al descubierto unas tupidas medias color carne. En contraste con su envergadura, que Pontones definiría más tarde como «teutónica», destacaba la fragilidad del minúsculo paquete que sostenía con las dos manos, como si su contenido, protegido por un papel carmesí que destacaba igual que una mancha de sangre en una sábana impoluta, fuera muy frágil.

—Esa —dijo Castillo señalándola con disimulo— debe de ser la hermana Cristina Fraud, *El thriller nórdico*. ¿A qué orden pertenecía? Me lo puso en el correo, ¿verdad? Le prometo que lo leí, no se ofusque usted, que todavía es muy temprano, pero no lo recuerdo.

—A la de las Hermanas de la Madre de los Desamparados. Y el de su izquierda debe de ser Issey.

—¡No me diga, Pontones! —exclamó el inspector muy bajito, porque cada vez estaban más cerca de ellos—. Sabia deducción. Como diría nuestro amigo Bergman, acertada al noventa y nueve, coma noventa y nueve por ciento.

—¿De dónde ha sacado usted unas gafas tan horrorosas? —se vengó el oficial, herido en su amor propio.

—Ni se le ocurra meterse con ellas.

Issey Sato, el peluquero japonés que en el Rame-Tep se escondía detrás de *La novela de enigma*, era tan joven que aún conservaba cierta impostura adolescente, de reto, a pesar de su baja estatura. Se protegía del frío con un llamativo abrigo acolchado verde

fluorescente y, por los rasgos afilados de su rostro, Castillo dedujo que debía de ser muy delgado. Era de tez morena y su estrafalario atuendo le confería el aspecto de un árbol de Navidad viviente, sobre todo porque el color del abrigo se completaba con el de su pelo, lleno de puntas y teñido de un amarillo pollo capaz de provocar en el observador un ataque epiléptico.

Por último, estaba Pilar Sobrino, el *Country noir*, la más discreta de los tres. «Una señora normal», dijo Pontones, y Castillo estuvo de acuerdo, aunque añadió: «Con cierta clase», y Pontones coincidió con él. Pilar Sobrino no destacaba por nada a primera vista, pero un análisis algo más detallado de su apariencia delataba un gusto por las prendas de calidad y un don para la combinación de tonos y tejidos del que sus compañeros de trío carecían. Vestía una cazadora de ante beis y unos discretos vaqueros negros ajustados y nada vulgares, combinados con unos botines de caña alta con dos vistosas y elegantes hebillas. En una primera aproximación al estatus de Sobrino, Pontones había averiguado que era viuda y disfrutaba de su reciente jubilación, si bien colaboraba como voluntaria en diferentes asociaciones defensoras de la naturaleza y protectoras de animales heridos y abandonados, donde prestaba desinteresadamente sus servicios como veterinaria.

Entretenidos en aquel fugaz análisis, Pontones y Castillo habían ralentizado el paso sin darse cuenta, así que fueron Fraud, Sato y Sobrino quienes hicieron sonar primero el carillón de Las Palabras Mágicas. Aunque todavía no eran las diez, la librería ya había abierto sus puertas para recuperarse del cierre forzoso del día anterior, y los últimos vestigios de las prolongadas celebraciones navideñas, que culminaban en aquella jornada víspera de Reyes se escapaban de su

interior. El calor de la calefacción encendida, la mezcla de voces convertida en un agradable arrullo y el olor inconfundible a madera y a libros lamió la acera como una ola con la entrada del trío, y a Pontones se le hizo la boca agua.

—¿Habrá roscón? —preguntó con una sonrisa capaz de desterrar toda la maldad del mundo.

Y Castillo, que ya sostenía con su mano enguantada el pomo de la puerta, se giró para dedicarle una vez más su estudiada expresión de caso perdido. Luego se limitó a decir:

—Que empiece la fiesta.

Inmersos en su animada conversación no se dieron cuenta de que alguien, a muy corta distancia, les había seguido para quedarse con todos los detalles de su animado parloteo y, cuando habían mencionado las cartas, se había quedado de piedra.

Ágata reconoció a la hermana Cristina Fraud inmediatamente, sin importar el paso de los años. Camuflada entre las cortinas de su habitación, la vio llegar junto con los otros dos miembros del Rame-Tep, y supo que debía inventar una excusa para no bajar a la librería; una excusa que el inspector no iba a creer.

Seguía sin responder a su WhatsApp porque no sabía cómo. Contarle la verdad, que había localizado a Julia en cuanto se instaló en Madrid tras su etapa en Buenos Aires y había recuperado el contacto con ella, la obligaría a explicar demasiadas cosas, pero tal vez había llegado el momento de hacerlo y permitir que su historia, esa que había mantenido hundida con un lastre durante décadas, saliera a la superficie.

Se preguntó entonces por los efectos de un veto tan prolongado: ¿qué pasa cuando nos prohibimos hablar de algo, cuando nos bloqueamos a nosotros mismos desde dentro, como si cerráramos la puerta de nuestro cuarto y nos tragáramos la llave para no dejarnos salir?

Ágata continuó el hilo de su reflexión volviéndose hacia Tempestad:

—Lo estoy haciendo ahora, me estoy protegiendo de esa parte de mí que es un monstruo para el resto de lo que soy.

Luego suspiró, harta del exceso de trascendencia.

Todavía permaneció unos minutos más contemplando desde el balcón la mañana del 5 de enero, en apariencia tan plácida. La luz rosada de la lámpara de flor sobre la mesilla acariciaba las almohadas blancas y la gata esfinge, siempre atenta al más mínimo movimiento de su dueña, ronroneaba perezosa en el centro de la cama, a la espera de que Ágata tomara una decisión. Ante la mirada inteligente de la mascota clavada en ella, Ágata concluyó con una sonrisa:

—Nadie me conoce como tú.

Luego regresó al cielo de Madrid y pensó en las canciones en catalán que había vuelto a escuchar en las últimas semanas: algunas clásicas, como las de Joan Manuel Serrat o Marina Rossell; y otras más modernas, con Manel y Joan Dausà liderando los primeros puestos de la lista. Pensó también: «La lengua es poderosa».

La lengua abría una brecha, un agujero de gusano por el que deslizarse a otro tiempo y otra luz.

El lugar de la infancia.

Se repitió: «Solo éramos unas niñas»; y a continuación: «¿Quién era esa otra Ágata?». Se preguntó si con la madurez había logrado apagarla, un fuego violento al que se vence privándolo de oxígeno. Si pudiera volver... Si pudiera enfrentarse de nuevo a los ojos limpios de Clara que, aunque no se lo había confesado a nadie, había reconocido desde el primer momento en los ojos de Abril, ¿qué le diría? ¿Le pediría perdón?

Ante semejante incertidumbre, Ágata se sintió muy sola. La soledad no era para ella un estado desconocido, pero ya estaba harta. Se dio cuenta en aquel segundo exacto, en aquella pequeña habitación que había acogido sus secretos durante tantísimo tiempo; y decidió que sí, que ya había llegado el momento de desenmascararse.

Sin saber por qué, le vino a la cabeza el desayuno compartido en La Sima con Castillo el día anterior, su conversación distendida y el tono simultáneamente serio y afable, un poco cauteloso, que él utilizaba para dirigirse a ella; y ese recuerdo reciente, en una inexplicable reacción causa-efecto, contribuyó a afianzar su decisión.

Respiró hondo y, volviéndose hacia Tempestad, ordenó con firmeza:

—¡Vámonos!

Rescató el ejemplar de *Cañas y barro* de la estantería sobre el escritorio y, sujetándolo con fuerza entre las manos, bajó a la librería.

—No las he hecho yo. Son de El Jardín del Convento —explicó la hermana Cristina Fraud con su voz de tabernero del siglo XIX.

La mujer que en el Rame-Tep se ocultaba tras *El thriller nórdico* hablaba con la cadencia de una sierra eléctrica al cortar un tronco. Todo en ella era grande y, sin embargo, sus gestos eran pequeños, comedidos, como el avance de un ratoncillo en la oscuridad. A Bergman le había caído bien, así que no la reprendió cuando tuvo la idea de depositar su paquete minúsculo a medio camino entre las cubiertas de los títulos más recientes de Dennis Lehane y Davide Longo, sobre la mesa de novedades de ficción criminal, donde se había organizado de nuevo el discreto set policial para los interrogatorios. Al revés: le prestó ayuda. Le tendió solícito un cúter para que la monja pudiera cortar de un tirón el cordel que sujetaba el papel carmesí y dejar al descubierto seis suculentas yemas de Santa Teresa.

—Mmm... —dijo alguien—, huelen de maravilla.

Bergman conocía El Jardín, la preciosa tienda de *delicatessen* de la calle Cordón, muy cerca del antiguo Ayuntamiento, donde se vendía una impecable selección de la repostería elaborada en los conventos y monasterios de España: pestiños, rosquillas, empanadillas, miel, mermeladas... Se le hizo la boca agua al rememorar una de sus recientes incursiones en el comercio y constató, más o menos por quinta vez en lo que llevaban de mañana, que tenía mucha hambre. La noche en la celda había sido un martirio y no había probado bocado desde la tarde anterior, cuando el oficial Pontones se había apiadado de él y le había sacado un bollo gomoso de la máquina expendedora que presidía el vestíbulo de la comisaría. De su encierro, lo habían llevado directamente a la librería, custodiado por la agente de la Científica Susana Peláez, y lo habían «invitado» a abrir antes, como si la posibilidad de comprar un libro a pocas horas

de la Noche de Reyes fuera un servicio público y la policía tuviera la misión de garantizarlo. Él no había opuesto resistencia. Al fin y al cabo, aguantaba muy poco en la tienda sin tener la puerta abierta para que entrara alguien con quien entablar una buena conversación y reconducirla hasta sus temas fetiche, que afortunadamente eran infinitos.

Lo que sí habría agradecido es que lo hubieran dejado pasar por casa para darse una ducha y prepararse un buen desayuno. El resultado de no haberlo hecho, además del tufillo a tubería oxidada del que se había impregnado durante el encierro nocturno, era su lamentable aspecto, más próximo al de un superviviente de un concierto de *heavy metal* que al de un documentado librero. Menos mal que las yemas de Santa Teresa habían aparecido para darle una última oportunidad de reponer energía antes de la marabunta.

El problema es que solo había seis; seis pastelitos para más de una docena de pares de ojos en los que se reflejaba el deseo de zampárselos. Desde el inspector, que, a pesar de lamentarse en voz alta por su eterno coqueteo con el dulce y la comida basura, miraba con torpe disimulo la bandeja de cartón y —Bergman estaba seguro — no rechazaría ser uno de los agraciados, a Pontones, Peláez, y él mismo, pasando por los seis miembros del Rame-Tep y una señora anónima, que tenía más pinta de lectora romántica que criminal, pero se había atrincherado en la sección de policiaca a la espera de que la invitaran a participar del festín. Aun así, no tuvo suerte, como tampoco la tuvieron los ajenos al club de novela negra, porque la hermana Cristina Fraud había comprado las yemas exclusivamente para ellos y no tardó en hacerlo saber, entregándoselas de una en una a los cinco afortunados, ante las miradas de desamparo y

frustración, imposibles de disimular, de quienes no habían sido elegidos.

Mientras los seis expertos en crimen y literatura engullían a la vez y de un solo bocado aquel diminuto manjar de dioses, Bergman sintió cómo sus tripas se rebelaban en un prolongado lamento y, para olvidarse del vacío en el estómago, se preguntó cuándo bajaría Ágata de su apartamento, porque allí, a excepción de Carmen Mitre, por la que el inspector había preguntado ya en un par de ocasiones a sus subalternos sin obtener una explicación que justificara su ausencia, ya estaban todos y solo faltaba ella.

—Ya estoy aquí. Buenos días, inspector, y bienvenidos todos a Las Palabras Mágicas.

Algunos aún tenían la boca llena cuando Ágata hizo su aparición un tanto teatral en lo alto de la escalera de caracol, con un llamativo suéter rojo de cuello alto, muy favorecedor, y una falda negra con mucho vuelo, que le llegaba hasta los tobillos y le daba aspecto de estrella de musical. Tras el saludo de su dueña, Tempestad maulló a sus pies y, con un par de saltos que detuvieron por imprevistos la respiración de los presentes, se situó junto a la bandeja de cartón vacía de las yemas y empezó a lamerla con su lengüita rosa. Bergman sonrió al observar cómo Gonzalo Marcos, que se estaba chupando los dedos en el momento del asalto de la minina, dejó de hacerlo con expresión avergonzada, quizás por considerar su gesto demasiado parecido al de la gata, demasiado animal para un hombre de su posición, amparado por una prestigiosa carrera diplomática. El

librero se propuso recomendarle más tarde al secretario de Estado la *Filosofía felina* de John Gray.

—Imagino que seguimos sin saber nada de Abril —dijo Ágata mientras bajaba y se dirigía a las estanterías de «También es una película».

—Imagina usted bien —le confirmó Castillo a la librera.

—Bueno, para animarnos un poco, empecemos resolviendo una de las muchas incógnitas pendientes, ¿no le parece, inspector? —continuó ella, y, segura de haber captado la atención de todos los presentes, metió la mano por detrás de los libros de uno de los estantes centrales de la sección y sonrió al encontrar lo que esperaba—. ¡Eureka!

Avanzó con la mano cerrada en un puño hasta situarse frente a Castillo. Entonces la abrió y en su palma el inspector vio un puñadito de pequeños fragmentos de cristal, que Susana Peláez, llevada por la intuición, se apresuró a proteger en una hermética bolsa de plástico.

—Se lo dije.

Ágata y Castillo se mantuvieron la mirada durante unos segundos, en lo que a Bergman le pareció un silencioso desafío.

—Hablaremos de esto luego —concluyó el inspector—. Ahora intentemos avanzar en la investigación gracias a estas personas tan amables, que nos han hecho el favor de desplazarse hasta aquí, a pesar de ser víspera de Reyes, y le agradecen mucho que se haya unido a nosotros para tratar de aportar algo de luz a este misterio. ¿Le parece bien?

—Me parece perfecto —aceptó ella antes de buscar refugio en su rincón favorito, al pie de la escalera. Observándola allí sentada, con

el ejemplar de *Cañas y barro* en su regazo, Bergman pensó que la situación tenía tintes de final de novela de enigma, porque, salvo por la misteriosa ausencia de Carmen Mitre, se hallaban en la librería todos los posibles implicados en la desaparición (además de un nutrido grupo de clientes que se lo estaba pasando de fábula asistiendo con discreción al espectáculo y huyendo de los inútiles esfuerzos de Daniel y María por atenderles y dejarlos sin excusa para permanecer en el interior de la tienda).

—Hay una cosa que no podemos pasar por alto —se atrevió por fin a intervenir Bergman, resignado a concentrar la atención en su cochambroso aspecto—. He sacado las ventas de la Confederación al llegar y los tres primeros puestos de los más vendidos son para títulos de Abril del Pino. No creo que se deba a una casualidad.

El desconcierto de los policías, en contraste con el rumor de aprobación que se extendió entre los miembros del Rame-Tep, animó a Bergman a continuar:

—CEGAL —explicó dirigiéndose a Castillo—, la Confederación Española de Gremios y Asociaciones de Librerías, envía cada domingo a sus miembros el listado de libros más vendidos a lo largo de la semana.

—Así que, en cierto modo, el revuelo provocado por la desaparición beneficia a la escritora... —dedujo Susana Peláez.

—¡Esas ventas se hubieran producido igual! —espetó Emilio Luna claramente molesto—. Tengan en cuenta que acabamos de premiar a Abril con uno de los reconocimientos a la novela negra más prestigiosos del país. Esa es la razón y no otra de que sus ventas hayan subido.

—Pues yo no lo tengo tan claro... —refunfuñó Bergman en un tono ya bajito—. Toda esa gente que lleva días en la puerta y ha comprado sus libros no hubiera aparecido de no ser por la desaparición. El morbo vende.

—Si les parece, dejemos el debate para otro momento y centrémonos en lo que no conocemos todavía. —Zanjó la disputa el inspector—. Hermana Cristina, ¿sería tan amable de contarnos cómo alguien como usted ha acabado formando parte de un grupo como este?

—¿A qué se refiere con lo de «alguien como usted»?

—A que es usted una monja, a eso se refiere —aclaró Pontones muy solícito.

La hermana Cristina rio entre dientes mientras, de forma instintiva, se acomodaba en el taburete que, hasta ese momento, había permanecido libre, y a Bergman su expresión le pareció la de un tiburón de dibujos animados a punto de morder a su presa.

—¿Es que las monjas no leen? —ironizó la anciana desafiante, llevándose la mano a la cruz de plata que le colgaba del cuello. Luego cambió de tono y respondió con seriedad a la pregunta de Castillo—: Hasta hace unos días no tenía ni idea, pero ahora creo que se debe precisamente a eso. Fui la primera profesora de Lengua de Abril, cuando aún se llamaba Clara. Imagino que ustedes ya estarán al tanto del cambio de nombre.

—¿En el Madre de los Desamparados?

—Así es.

—Entonces —quiso saber el inspector sin dejar de mirar al suelo, en lo que a Bergman le pareció un impostado desinterés—, también recordará a nuestra anfitriona.

Ágata, impertérrita, se había acomodado en uno de los últimos peldaños de la escalera, con Tempestad acurrucada junto a ella y el libro todavía entre las manos.

—Pues la verdad es que no —declaró la hermana Cristina sin dedicar ni un segundo a bucear en el rostro de la librera.

Y Bergman supo que mentía.

El inspector también desconfió de aquella negativa tan rápida, pero prefirió no insistir. Era demasiado pronto para contrariar a la testigo; la hermana Cristina todavía no había aportado su pieza del puzle a aquel rompecabezas descomunal, que crecía sin forma y sin control, y Castillo decidió pasar por alto la mentira, al menos por el momento, con tal de garantizarle el confort necesario para contar su historia, que llegó a continuación y a todos les pareció fantástica.

GRABACIÓN

DECLARACIÓN DE LA HERMANA CRISTINA FRAUD BERNAT.

IDENTIDAD EN EL RAME-TEP: EL THRILLER NÓRDICO.

A PROPÓSITO DE LA DESAPARICIÓN DE LA ESCRITORA ABRIL DEL PINO

Domingo, 5 de enero de 2025. 10:00 horas. Madrid. Librería Las Palabras Mágicas

Cuando conoces a alguien de niña, siempre la ves así. ¿No les pasa? No importa los años que cumpla Abril, cada vez que la veo vuelvo a los pasillos del colegio en Valencia y me

parece tener delante a Clara. Era una niña de aspecto frágil: el pelo rebelde, hecho una maraña, como si acabara de despertarse o quisiera escapar, y unos ojos enormes, de animal asustado. Ojos de ciervo. Pero por dentro siempre fue fuerte, como una roca. Le dije que solo nos damos cuenta de lo fuertes que somos cuando nos hacen daño.

Dios nunca le interesó mucho. Creo que desde bien pronto tuvo preocupaciones materiales que resolver y eso la apartó de la fe; eso y que se enfrentó al dolor cuando aún no le correspondía. Creer requiere de cierta ilusión previa. Una no se adentra en el bosque si sabe que en su interior se ocultan todos los monstruos.

Pero me estoy yendo por las ramas y no quiero extenderme demasiado. Luego me quejo de las homilías eternas de ciertos curas tostón y va a resultar que al final me parezco a ellos...

(RÍE.)

Fui profesora de Clara por primera vez en 3º de EGB. Ella tenía nueve años y, un mes antes de empezar el curso, había pasado dos días desaparecida. Nadie sabía dónde había estado, si se la había llevado alguien... y ella no soltaba palabra. Estaba en *shock*, si

entendemos por *shock* que actuaba como si no hubiera ocurrido nada. Todos los profesores estábamos sobre aviso, alertados por la policía y los psicólogos, para dar la voz de alarma ante cualquier comportamiento de Clara que pudiera contribuir a esclarecer parte de aquel misterio o fuera síntoma de un preocupante desequilibrio emocional.

(SILENCIO PROLONGADO.)

Pero yo no lo hice. No informé de lo que ocurrió en mi clase, ni siquiera procuré erradicarlo. Al revés, fui egoísta y alimenté las sombras de Clara. Creo que es el peor de los pecados que he cometido, no hay penitencia suficiente para purgarlo. Que Dios me perdone, porque de una chispa provoqué un incendio que ahora lo está arrasando todo.

A los nueve años Clara empezó a escribir sobre crímenes y la única que lo sabía era yo. De hecho, en cierto modo, fui responsable de su incipiente afición. Al principio del curso, para evaluar el nivel, puse a la clase un ejercicio de redacción de tema libre y me preparé para leer sobre fútbol, sobre las profesiones de los padres, sobre dinosaurios y estrellas y, como mucho, sobre la muerte de la abuelita de turno o la

pérdida de la mascota. «Una hoja de la libreta por delante y por detrás», así les planteaba a los pequeños el desafío, «escribid sobre lo que queráis, pero llenad el espacio, haced el esfuerzo». A esa edad los niños todavía son dóciles y sufren como mártires ante la posibilidad de fallarle al maestro, por lo menos en mi época. Cuando recogí los trabajos, elegí dos o tres al azar, para que los alumnos los leyeran en voz alta delante de sus compañeros, y uno de ellos fue el de Clara. La llamé y salió a la pizarra sin ninguna prisa. Le entregué su texto y sujetó la hoja con las dos manos. Tardó un par de segundos en empezar, lo recuerdo muy bien... Luego dio voz a su historia: el asesinato del niño más guapo de la clase, que aparecía en el centro del aula con el cráneo reventado. Más tarde se descubría que el arma del crimen era una sillita tamaño infantil, porque se encontraban restos de sangre en una pata, y que la asesina era yo, porque me había pillado durmiendo la siesta, recostada en el pupitre del profesor, y el enfado al ver mi sueño interrumpido se me había ido un poco de las manos. La redacción fue todo un éxito. Los chavales se rieron primero y

aplaudieron después, incluso la víctima, algo que, para Clara, de carácter introvertido y en apariencia muy tímida, fue un gran triunfo. Había empezado su lectura en un tono bajo, insegura, temblorosa incluso, pero la había concluido firme, consciente de haber conquistado la atención de la clase entera. Me atrevería a decir que hasta sonrió un poco al final, antes de volver a su sitio. Por mi parte, así fue como empecé a mirarla con otros ojos, sin importarme demasiado la imagen iracunda que ella tenía de mí.

No informé del contenido del ejercicio a dirección y, al cabo de pocos días, di por hecho que no se había corrido la voz entre los padres. Tal vez algún niño lo había comentado en su casa, pero el rumor no prosperó, así que empecé a estimular la creatividad criminal de Clara y la animé a leer y, sobre todo, a seguir escribiendo, aunque ya solo para mí. Aquella formación particular, en la que mi única retribución era el disfrute de su incipiente y sangrienta literatura, se prolongó durante los años que permaneció en el centro, un tiempo que me brindó el privilegio de

asistir a su transformación de diletante en escritora.

Creamos un vínculo: yo la instruí y ella, a cambio, accedió a satisfacer con su imaginación mi necesidad de maldad y vísceras, no muy bien vista por mis hermanas y llevada por mí con una discreción casi absoluta. Y es que, cuando Clara se marchó, empecé a recibir por correo, una o dos veces al mes, novelas policiacas. Los paquetes no llevaban remite, pero yo estaba segura de que me los enviaba ella.

Así que seguí leyendo sobre la sangre, sobre la muerte injusta y la identidad de los asesinos, sobre el placer del crimen, que era mi propio placer culpable. Para disimular lo poco ortodoxo de mis lecturas, forraba los libros con papel de periódico y ocultaba los títulos, y al terminarlos me deshacía de ellos. Los abandonaba en mis trayectos a los hospitales, donde la congregación prestaba sus servicios voluntarios, o a la Casa de la Caridad, cuando acudía a ayudar en el comedor para la gente sin hogar. De todas las novelas que me llegaron a lo largo de más de dos décadas, solo conservo dos: la ópera prima de Clara, *Ajuar sangriento*, y la que acabó metiéndome

en todo esto, *Los hombres que no amaban a las mujeres*, que me fascinó.

Lo mío con Lisbeth Salander fue un flechazo. Desde las primeras páginas de la trilogía de Larsson, admiré al personaje y quise ser como ella... No me miren así... ¿Les extraña que una mujer como yo admire a una mujer como Lisbeth? Las monjas también tenemos sueños y no todos tienen que ver con acercarnos más y más a Dios. Esa idea solo refleja la falta absoluta de imaginación de quien nos juzga. Además, quien lee, sueña, por definición.

Leí *Millennium* del tirón, y también sus secuelas. Fantaseaba con ser *hacker* en otra vida y, cuando durante la pandemia surgió la posibilidad de asistir a un curso de internet básico, dirigido a la tercera edad, que organizó la parroquia para facilitarles a algunos conventos una comunicación con el exterior que se había reducido al mínimo, me presenté voluntaria. Por entonces ya estaba jubilada, apartada de la enseñanza, y me habían trasladado a Madrid.

No tardé en tener mi propia cuenta de correo electrónico y a través de ella, un buen día, me contactó Nun.

—¡Esa historia, bonita! —Issey Sato aplaude con entusiasmo la declaración de la hermana Cristina Fraud—. Tú pareces a Lisbeth. Igual.

—¿Igual? —murmuró con estupor Emilio Luna, repasando de arriba abajo y sin disimulo el vetusto perfil de la hermana Cristina, para la que los setenta años ya quedaban muy atrás—. No sé yo...

—Igual. Sí, sí. Igual.

—Y usted, Issey, ¿cómo llegó a convertirse en *La novela de enigma*? —preguntó el inspector, preparado para no sorprenderse, por absurda que fuera la peripecia del joven peluquero.

—Yo robo —dijo Issey con una sonrisa de oreja a oreja.

Y Castillo se sorprendió.

Fue Gonzalo Marcos quien tradujo para el grupo la historia de Issey Sato, al que le costaba expresarse con fluidez en español. Sentado en el taburete que la hermana Cristina le había cedido, Issey parecía relajado, con las manos sobre los muslos, la espalda recta y la expresión risueña de quien se está divirtiendo mucho contemplando lo que sucede a su alrededor porque, por muy serio que sea, en el fondo nada tiene que ver con él; un turista de la situación, de la que —Castillo tuvo ese pálpito— no acababa de sentirse partícipe.

—Yo siempre robo Agatha Christie. Así aprendo.

—¿Qué aprende?

—¡Aprendo idioma! —exclamó el japonés sorprendido de que el inspector no hubiera deducido por sí mismo el motivo de su lectura —. Pero un día Abril descubrió mí.

Después de esta revelación, Issey se pasó al japonés y, aunque el inspector se prometió confiar más tarde la grabación a un traductor experto, en el momento tuvo que conformarse con Gonzalo Marcos y sus conocimientos de la lengua, aprendida durante su estancia diplomática en el país del sol naciente.

La historia de Issey, que todavía no había cumplido los treinta, estaba llena de aviones y trenes. Era un mochilero que no pasaba más de un año en un mismo lugar y se buscaba la vida cortando el pelo allí donde decidía quedarse por un tiempo. Había vivido en Londres, en Sidney, en París y en Río de Janeiro; en Nueva York y en Reikiavik, y en todas esas ciudades había aprendido a chapurrear el idioma gracias a Agatha Christie y las diferentes traducciones de *Asesinato en el Orient Express*, una novela que Issey había descubierto cuando todavía era un niño y que se sabía casi de memoria.

Apoyándose en su vieja edición japonesa, siempre a salvo en uno de los bolsillos de su abrigo verde fluorescente, había descifrado poco a poco los secretos de cada código comparándola con la correspondiente traducción. Después saltaba a otros títulos: *La casa torcida*, *Muerte en el Nilo*, *El asesinato de Roger Ackroyd*... las intrigas de la dama del crimen enganchaban por su contenido, pero formalmente eran sencillas y, para Issey, perfectas como método de aprendizaje. El único «pero» a semejante programa de formación lingüística era el dinero: Issey no tenía y, aunque la obra de la escritora podía comprarse en ediciones baratas, Issey se había acostumbrado a robarla de los expositores móviles donde los grandes almacenes solían mostrarla en su conjunto, ubicada en la sección de novela negra y habitualmente carente de interés para los

guardias de seguridad y los libreros, que se centraban en proteger las novedades y los libros objeto, más caros y deseados que las viejas historietas de asesinatos de la autora británica; un gran error, gracias al que Issey se había vuelto más o menos políglota.

Hasta que Abril del Pino lo descubrió.

Sucedió una tarde, en Fnac Callao, justo cuando el peluquero, convencido de que nadie le prestaba atención, se disponía a dejar caer en la bolsa de tela que le colgaba del hombro, y en la que podía leerse el contundente mensaje «abre un puto libro», un ejemplar de *Muerte bajo el sol*.

—¿Qué estás haciendo? ¿No irás a robarlo?

Issey se volvió avergonzado y se enfrentó por primera vez al rostro de Abril, en el que, más que la condena, se adivinaba la diversión.

Se cayeron bien desde el principio.

—Dice que ella le compró el libro —explicó Gonzalo Marcos— y, a partir de entonces, se hicieron amigos. Abril empezó a acudir a la peluquería en la que él trabajaba y, cada vez que le cortaba el pelo, ella le regalaba una novela de misterio. Hasta que un día Issey recibió el ya famoso correo electrónico de Nun, en el que le invitaba a convertirse en la voz de *La novela de enigma*, pero con un matiz: lo instaba a enviar a esa dirección de mail sus publicaciones para redes. Teniendo en cuenta su paupérrimo español, Nun creyó conveniente revisarlas antes de hacerlas públicas.

—¿Cómo se dice «paupérrimo» en japonés?

—Algo así como «*Totemo mazushī*».

—«*Totemo mazushī*»...

—Déjelo, Pontones, por favor. ¿Seguimos sin saber nada de Carmen Mitre?

—Silencio absoluto, inspector. Mutis por el foro.

Castillo consultó su reloj y, al levantar la vista, se sorprendió de la animación que reinaba en el local, donde los clientes, de perfil variopinto, se detenían aquí y allá para leer las contraportadas de las novelas expuestas en los lugares más destacados de la librería, o se entretenían, como arqueólogos de la literatura, en desentrañar con paciencia los secretos de los libros que resistían en los lineales. En el mostrador, el rollo de papel de regalo menguaba a una velocidad pasmosa, y el sonido de la caja al registrar una venta, un *peep* que recordaba al trino breve de un gorrión, se mezclaba con el del carillón de la puerta, que se abría y se cerraba constantemente. Aquella mañana, el *jazz* volvía a ser el estilo musical escogido para caldear el ambiente y combatir el frío de la ciudad.

Ya era más de mediodía y Castillo se preguntó cómo le habría ido a Tina Cremades en el Sanatorio de San Onofre. Se disponía a consultar su teléfono para comprobar que no se le había escapado algún mensaje suyo, cuando una voz firme y decidida captó su atención.

—Creo que falto yo —señaló Pilar Sobrino al tiempo que sustituía a Issey en el taburete y aceptaba de buen grado la compañía de Tempestad, que saltó mimosa a su regazo—, aunque me temo que mi declaración como *Country noir* no va a aportar nada diferente a este asunto y solo va a confirmar lo que espero que ya hayan deducido: que Abril es una buena persona.

Pilar Sobrino dedicaba sus noches a vengarse de los «abandonadores de mascotas» —así los llamaba ella— y Abril del Pino la había descubierto, pero, lejos de denunciarla, se había sumado a sus planes de ajuste de cuentas.

—Mis castigos son más bien inocentes escarmientos, prácticamente inocuos: una rueda pinchada, una llamada de madrugada con voz de ultratumba, un anónimo en el buzón en el que dice «vas a morir», aunque luego no muere nadie... sustos pequeños que reivindican al animal abandonado, que no puede defenderse.

Tempestad maulló en señal de aprobación.

—Tanto como pequeños...

La veterinaria jubilada hizo caso omiso del comentario de Virginia Robledo y continuó:

—A Abril la conocí porque me pilló en la puerta de su antigua vecina, cuando me disponía a dejarle un marrón y aromático presente en memoria de su chihuahua Tommy, al que había tirado al arcén de la M-30 sin ningún reparo, como se tira una colilla por la ventanilla bajada del coche. A Tommy lo había atropellado el vehículo que iba delante del mío y, aunque recurrí inmediatamente a mis compañeros del refugio, que llegaron en tiempo récord, no pudimos hacer nada por salvarlo. Así que me puse en marcha con una de mis pequeñas investigaciones de mascotas para tomarme la revancha por el perrito. Pero Abril me pilló en la puerta.

—¿Y no la detuvo?

—Por supuesto que no, inspector. Abril es una persona inteligente. ¿Acaso va usted por ahí deteniendo a la gente a diestro y siniestro, sin interesarse por la razón de sus acciones?

—Me temo que un delito es un delito, al margen de los motivos que lleven a cometerlo.

—Quizás por eso, usted es policía y ella escritora —contraatacó Pilar Sobrino, que pronunciaba las eses con un énfasis perturbador —. Al fin y al cabo, todo se reduce a una cuestión de imaginación.

—Yo diría que más bien a una cuestión de ley... —se defendió Castillo.

—¿Y no es el objetivo de la ley reducir al mínimo el espacio de la imaginación?

El inspector no respondió. Se limitó a mirar con ojos cansados a la testigo y durante unos segundos se impuso el silencio sobre el grupo, hasta que Pilar Sobrino se apiadó de Castillo y reanudó su relato con suficiencia:

—Abril empezó a venirse conmigo algunas tardes. Me acompañaba al refugio de animales abandonados del que soy voluntaria y a las concentraciones de mascotas en Callao, donde buscamos dueños responsables y promovemos la adopción de animales frente a la compra. Se volcó en la causa y me contó que, cuando era pequeña, había sido cruel con un pollito. —Sobrino se encogió de hombros—. No recuerdo la fecha con exactitud, pero, en algún momento de este proceso de conocimiento mutuo entre Abril y yo, recibí el correo de Nun, igual que mis compañeros. Siempre me ha gustado la naturaleza y he leído sobre ella y sobre el daño que le hacemos, directamente proporcional a todo lo que ella nos da. Por otra parte, tampoco soporto esa tendencia a la idealización de lo rural, tan de cosmopolita pijo y con pocas luces. El *Country noir* me venía como anillo al dedo, así que acepté sin darle muchas vueltas y pensando

en los miles de seguidores de las cuentas que el Rame-Tep estaba dispuesto a cederme. No me arrepiento.

—Nícol —apuntó Castillo.

—¿Cómo dice?

—Nícol. Ese era el nombre del pollito.

—Así es —confirmó Sobrino, sonriendo complacida por primera vez, desde el comienzo de la conversación—. Veo que han hecho los deberes.

Castillo se volvió fugazmente para interesarse por la reacción de Ágata a lo que Pilar Sobrino acababa de contarles, pero la librera ya no estaba sentada en los peldaños de la escalera de caracol, desde los que había escuchado atenta las declaraciones de los otros miembros del Rame-Tep. El inspector la buscó con la mirada por el espacio diáfano de la librería, pero no la encontró. Lo que sí observó, sin embargo, fue cómo los clientes, dentro del local, y los fans acampados, al otro lado del escaparate, volcaban la atención en las pantallas de sus móviles. Sin querer darle importancia, Castillo se giró de nuevo hacia el nutrido grupo que rodeaba la mesa de novedades de ficción criminal, dispuesto a preguntarle a Emilio Luna cómo había terminado en el cuarto de baño de Abril y por qué les había mentido, pero en ese preciso instante, el teléfono le sonó a él.

—Ahora no puedo, Tina.

—Créeme, sí puedes.

Mientras Fraud, Sato y Sobrino se explicaban en Madrid, Tina Cremades había visitado el Sanatorio de San Onofre en Valencia, tal y como habían convenido. La directora había salido a recibirla. Era

una mujer mayor, alta y esbelta, que acentuaba con su sobria indumentaria, algo pasada de moda, todo lo que en ella había de estricto y de terrible.

—La doctora Malvar. Ha intentado ser simpática, pero a mí me ha parecido una señora bastante desagradable.

Castillo, que había salido a la plaza para hablar con tranquilidad, suspiró al prever un relato plagado de detalles y larguísimo.

—Tina, necesito que vayas al grano.

Pero Tina fingió no haberlo oído.

—Cuando se ha presentado, los ojos se le han agitado bastante nerviosillos, como si quisiera abarcar con ellos todos los terrenos de la propiedad, que se extienden a las afueras de Quart de Poblet. Por lo que he visto desde el taxi, no están en su mejor momento. De hecho, no sé si ya te lo dije ayer, pero, antes de que diéramos con Julia, yo estaba convencida de que el San Onofre llevaba cerrado varias décadas. Siempre lo he asociado a la época en que la medicina todavía daba por buenas ciertas prácticas relacionadas con la salud mental que ahora mismo se considerarían una aberración.

»Pero, bueno, ha quedado claro que estaba equivocada y que el sanatorio se mantiene en pie a pesar de su descuido. No te puedes imaginar lo dejada y seca que estaba la vegetación, carne de incendio. Lo raro es que todavía no se haya prendido fuego... y, luego, la cancela de la entrada, oxidadísima; y la fachada, una lástima. Es un antiguo palacete que debió de ser imponente en sus orígenes, pero que, hoy por hoy, pide una rehabilitación a gritos.

—¿Y Julia?

—¡Ay! ¡Es verdad! Voy con eso ahora mismo.

Castillo miró al cielo desesperado y se preguntó qué ocurriría si Tina y Pontones se conocieran y entablaran una conversación. «Tal vez se acabaría el mundo», murmuró mientras su propia ocurrencia le provocaba una sonrisa.

—¿Qué dices?

—Nada, perdona, hablaba para mí.

—Siempre has sido muy raro, desde bien pequeñito, aunque te confieso que, de un tiempo a esta parte, yo también me sorprendo hablando sola. Será la vejez. —Tina no pudo verlo, pero al inspector este comentario le sentó como una puñalada en el corazón e, instintivamente, se llevó la mano al pecho—. Bueno, sigo. La doctora me ha dicho que Julia estaba en su habitación y se ha empeñado en acompañarme hasta allí desde el vestíbulo, donde nos hemos encontrado. Me sentía dentro de un relato gótico. Estoy segura de que tú hubieras pensado lo mismo.

»El vestíbulo era cuadrado y abierto a la galería de la primera planta, a la que se accedía por una escalera de mármol de incontables peldaños diminutos, en los que apenas cabían los pies. En el techo, una gran claraboya de cristal opaco tamizaba la luz y, sin saber por qué, me he imaginado el sonido de la lluvia al caer en un día gris, y me ha recorrido todo el cuerpo un escalofrío. Hitchcock hubiera rodado encantado en semejante escenario. La doctora Malvar no tenía nada que envidiar a la señora Danvers, el ama de llaves de *Rebeca*. Se me ha ocurrido la comparación mientras la seguía por un pasillo envuelto en murmullos y música clásica. Quizás había un piano en alguna parte, aunque yo no he llegado a verlo. ¿Sigues ahí?

—Por supuesto que sigo aquí —confirmó el inspector masajeándose el puente de la nariz y ya rendido al ritmo de su interlocutora.

—Ah, me había parecido... De camino a la habitación de Julia, mientras la doctora Malvar me soltaba un rollo tremebundo...

—«Un rollo tremebundo».

—Eso es. ¿Por?

—Porque me parece una vergüenza que la gente llene el tiempo de los demás con información inútil. Una desfachatez.

—¿A que sí? Estamos alineados, pero déjame seguir. Te decía que, en el trayecto hasta la habitación de Julia, me he dado cuenta de que había rejas en todas las ventanas y cámaras en todas las esquinas, y también me he fijado en los uniformes del personal, que eran blancos y tan anticuados como la ropa de la doctora. Las miradas de las enfermeras y los celadores con los que me he cruzado tenían una dureza extraña, más propia de los objetos muertos que de unas pupilas normales. Malvar me ha dicho que era una privilegiada por poder acceder a Julia, porque tuvieron una mala experiencia hace unos meses y, desde entonces, tiene las visitas prohibidas por su hermana, que es su tutora legal.

—Puede que esa mala experiencia fuera Ágata y eso significaría que, cuando nos dijo que no había conseguido localizar a Julia, nos mintió.

—Yo he pensado lo mismo, pero, espera, ahora viene lo mejor: Malvar me ha dicho que la hermana de Julia había avisado al centro de nuestra visita y había dado su permiso para que nos dejaran pasar.

—¿Abril les dijo que iríamos? ¿Cuándo se lo dijo? ¿Cómo es posible que lo supiera? —La indignación de Castillo iba en aumento.

—Malvar ha hecho caso omiso a mi pregunta, pero yo me he quedado con la sensación de que estamos recorriendo un camino que alguien ha trazado para nosotros, que somos el caballo siguiendo obediente el palito con la zanahoria. —Tina esperó alguna reacción al otro lado de la línea, pero al no haber ninguna, continuó —. Lo que sí me ha dicho es que Julia ingresó en el centro hace algo más de una década, cuando sus padres murieron y su hermana, incapaz de ocuparse de ella, consideró que lo mejor era que estuviera bien cuidada y sobre todo bien protegida.

—Pero ¿qué le pasa? ¿Cuál es su enfermedad?

—Malvar la ha definido, y la cito textualmente, como «una persona rota», que no pudo superar el revuelo provocado por la desaparición de Clara en su adolescencia. Aunque afortunadamente Clara fue encontrada ilesa, hubo un juicio paralelo, social, que terminó con el equilibrio mental de Julia, a la que acusaron de maltratar a Clara y ejercer continuadamente la violencia, y esto la incapacitó para llevar una vida normal. «Tiene una mente frágil», me ha dicho, «no la obligue a hablar. Deje que sea ella quien establezca una pauta».

—Tina, tengo que dejarte. Mándame un audio con el resto y te llamaré en cuanto pueda.

—¿Me vas a colgar? ¿José Manuel?

Pero la sorpresa de Tina ya no obtuvo respuesta.

Al inspector se le acumulaban los frentes abiertos. Mientras disfrutaba del aire frío que barría la plaza de la Marina Española y, sin dejar de prestar atención al minucioso relato de Tina, se preguntaba por qué a su alrededor todos andaban pendientes de la pantalla del móvil, Carmen Mitre apareció de la nada delante de él y le dedicó una expresión de suficiencia que lo llevó a interrumpir su conversación.

—¿Ya lo ha visto?

—Llega un poco tarde, ¿no le parece?

—Ahora ya da igual.

—¿A qué se refiere?

El inspector adivinó el brillo del triunfo en los guijarros renegridos que la agente literaria tenía por ojos, y también distinguió en ellos cierto matiz de burla.

—Abril acaba de publicar un vídeo en sus redes sociales —se explicó Mitre sin desviar la mirada—. En diez minutos ha superado el millón de reproducciones, pero ya veo que ninguna de ellas ha sido suya.

«Clara me dijo que vendríais».

¿Qué acababa de pasar? ¿Y cómo diablos iba a explicárselo a José Manuel en un puñetero audio? Tina Cremades mantenía una relación de amor y odio con las nuevas tecnologías.

Sentada en un banco de piedra del que había tenido que retirar de un manotazo el polvo y algunas agujas de pino, aguardaba con paciencia junto a la cancela del sanatorio la llegada del taxi que le habían pedido desde la recepción del centro. Le habían propuesto

esperar en el edificio, pero ella había preferido pasear y recorrer andando los quinientos metros que separaban el palacete de la carretera. Le hacía falta el aire fresco y, encima, José Manuel la había dejado a medias, con lo que necesitaba desahogarse. Sabía que no debía guardarse dentro lo que había ocurrido ni un segundo más, porque no quería que fermentase y se corrompiera, manipulado por los perversos mecanismos de la memoria. Por eso, desde bien pequeña, le había gustado tanto escribir. Soplándose el flequillo demasiado largo, tomó nota mental de llamar a la peluquería en cuanto llegara a casa y volvió a lo mucho que se había apoyado en la escritura a lo largo de su vida. Recordaba cómo solía regresar al periódico a toda prisa, tras obtener las declaraciones relativas a algún suceso, recordaba cómo entraba acelerada en la redacción, sin saludar siquiera, ajena a las bromas de sus compañeros, que, acostumbrados a su forma de actuar, se reían de ella con cariño, y cómo corría hasta su mesa. Recordaba cómo encendía el ordenador y, con la convulsión del vómito, redactaba y transcribía con vehemencia, aporreando el teclado como si, en vez de estar ordenando las palabras, estuviera matando marcianitos en un videojuego de arcade.

Pero todo eso ya había quedado atrás.

«Clara me dijo que vendríais».

Así la había recibido Julia, sin apenas volverse para mirarla, concentrada en las más de mil piezas separadas por colores de un inmenso puzle que reproducía una escena de *La Cenicienta* de Disney.

La habitación era amplia y luminosa, aunque algunos detalles que a Tina no le pasaron desapercibidos delataban la sombra del

encierro: estaban las rejas en la ventana, una constante en el edificio; la cama hospitalaria articulada y, a excepción de una fotografía en blanco y negro que Tina reconoció al instante, la total ausencia de objetos personales. ¿Acaso los pacientes no tenían derecho a extender su identidad más allá de sus cuerpos?, se preguntó, ¿a ocupar el espacio que se les había asignado para expresarse y convertirlo, como hacía el resto del mundo, el mundo supuestamente cuerdo, en la luna de un espejo?

—Antes tenía algunos libros, pero ya no —dijo entonces Julia con una capacidad para leerle el pensamiento que la sorprendió—. Clara decidió llevárselos.

—¿Y eso por qué?

—Había uno que no le gustó.

La doctora Malvar, que observaba la escena desde el marco de la puerta, se acercó hasta Julia y posó las manos sobre sus hombros robustos, de una redondez mórbida.

—¿Qué es lo que quiere Clara, Julia? —preguntó la doctora.

—Lo mejor para mí.

—Buena chica.

—¿Clara viene a verte muy a menudo?

—No, ella no viene nunca. Soy yo la que voy.

—Clara no tiene tiempo para desplazarse hasta aquí, pero cada dos o tres meses envía un chófer que recoge a Julia y la lleva con ella durante unos días. De hecho esta Navidad la han pasado juntas —aclaró la doctora.

—Así que ustedes nunca han visto a Clara.

—No —se adelantó Julia a la doctora Malvar—, hasta hace unos días aquí nadie sabía que Clara era Abril... o que Abril era Clara. —

Julia se rio, y sus carcajadas le pusieron a Tina Cremades los pelos de punta.

—Pero tú sí lo sabías, Julia. —Tina apretó los labios en un intento de sonrisa, tratando de empatizar con aquella mujer destruida—. Tú lo sabes todo.

Julia se levantó y abandonó el puzle para dirigirse con pasos lentos a la cama y coger la fotografía que, junto a una jarra de agua y un reloj digital de plástico color fucsia, descansaba en la mesita de noche; la imagen de las tres niñas delante de la piscina, detenidas para siempre en el verano. Cuando la sujetó con la mano derecha, Tina se fijó en sus dedos y vio que no tenía uñas, pero sí padrastros sanguinolentos en el pulgar y el dedo corazón.

—Yo quería a Ágata y Clara no podía soportarlo. No me di cuenta de que le estaba haciendo daño.

—Bueno, las hermanas se pelean y se tienen celos. Es muy normal.

Julia respiró hondo y el aire, al entrar y salir de su cuerpo, agitó levemente su inmenso busto, constreñido en un pijama informe, que le quedaba pequeño.

—Pedí permiso para apuntarme a un curso de iniciación a internet y Clara me dejó. Mandó un correo electrónico diciendo que sí. Así fue como pude buscar a Ágata.

—No me lo creo, Julia —se atrevió a aventurar Tina—. Me cuadra más que Ágata te buscara a ti.

Julia contrajo la expresión, pillada en falta, pero se recompuso y continuó con su versión.

—Localicé la librería y pensé que, cuando fuera a Madrid por Navidad, podríamos ir a Las Palabras Mágicas para reencontrarnos e

intercambiar de nuevo nuestras novelas.

—¿Qué novelas?

Julia levantó con hastío la vista de la fotografía y clavó en Tina sus imponentes ojos azules, lo único en ella que no había cambiado desde la niñez y, a lo largo del tiempo, se había mantenido sin doblegarse.

—Nuestros ejemplares de *Cañas y barro*, que intercambiamos por primera vez hace muchos años, cuando nos obligaron a despedirnos... solo quería devolverle el suyo y que ella me devolviera el mío, pero Clara no quiso. Cuando se lo propuse, se enfadó muchísimo.

—¿Tienes aquí tu ejemplar?

—Ya le he dicho que Clara se lo llevó. Por culpa de aquella discusión Clara me quitó todos los libros.

Dijo esto y empezó a llorar con un desconsuelo infantil antes de repetir:

—No me di cuenta de que le estaba haciendo daño. Nunca me lo perdonará.

—Erais solo unas niñas...

—Pero yo era su hermana mayor y debí haberla detenido. Si se lo hubiera pedido yo, tal vez habría dejado de martirizar a Clara.

—¿Detener a quién? —preguntó Tina sin entender nada y dando por instinto un paso atrás.

Julia dejó la foto y miró a Tina con lástima, apoyó las manos en el colchón, como si temiera caerse ante el dolor de la certeza, y dijo:

—A Ágata le encantaba *Tatuaje*. Disfrutaba mucho interpretándola delante de todo el mundo. Siempre buscaba que la aplaudieran. Mi padre decía que tenía culo de artista. —Entonces empezó a

balancearse y a cantar en un murmullo: «Él vino en un barco, de nombre extranjero, lo encontré en el puerto un anochecer»...

Y a Tina se le heló la sangre.

Su teléfono empezó a vibrar. Era de nuevo José Manuel, y Tina se alegró de no tener que grabarse a sí misma para terminar de contarle lo ocurrido. El banco de piedra estaba muy frío y se puso de pie.

—Menos mal que has vuelto a llamarme —dijo mientras paseaba por el arcén y atisbaba un taxi a lo lejos, que se dirigía hacia ella—. El audio me hubiera costado una eternidad.

—Esta vez soy yo el que te va a enviar un mensaje cuando acabemos de hablar —le adelantó Castillo—, y ya me dirás qué te parece en cuanto lo veas, porque se trata de un vídeo.

Todos habían visto el vídeo. Incluso los clientes de la librería habían rodeado con sutileza la *tablet* de Carmen Mitre, buscando el mejor sitio en segunda fila, detrás de los miembros del Rame-Tep, los libreros y la policía. Desde el mostrador, se había apagado la música y el silencio de Las Palabras Mágicas en la víspera de Reyes había acogido la revelación de que Abril del Pino estaba viva y no la había raptado nadie. Solo se había desconectado unos días, para descansar y tomar aire antes de entregar el manuscrito de su nueva novela.

Ella misma se había encargado de demostrarlo desde una playa que parecía desierta y recóndita, pero que seguramente, pensó Castillo, no debía encontrarse muy lejos de Valencia.

La escritora había publicado en sus redes sociales una disculpa por el revuelo que había causado, pero no había hecho referencia alguna al misterio de su doble desaparición, aunque el inspector no podía dejar de darle vueltas: la primera, cuando solo era una niña, tuvo que planearla con la ayuda de un buen cómplice, probablemente aquel escurridizo chico del *camping* cuyo nombre nadie lograba recordar. Fue su manera de vengarse de los malos tratos que sufría por parte de Ágata y de castigar a Julia por no haberla protegido. La segunda debía de haberla perpetrado también respaldada por alguien, quizás Emilio Luna —eso habría que investigarlo más a fondo, se prometió el inspector—, al enterarse de que Ágata había contactado con Julia y descubrir que era la dueña de Las Palabras Mágicas, pero a Castillo se le escapaba la relación entre la magnitud del truco y sus consecuencias. ¿Para qué movilizar al Rame-Tep y mantener en vilo a la policía y a los medios mediante el montaje en el ático, si no perseguía una venganza pública, que destruyera la imagen de Ágata y condujera a la quiebra a la librería? ¿O era posible que Bergman tuviera razón y aquellos fuegos artificiales solo persiguieran liderar las listas de libros más vendidos?

—Deduzco que ya ha visto el vídeo.

—Todavía no —mintió Castillo, decidido a guiarse por su intuición y dispuesto a ocultarle también a Ágata lo averiguado en la conversación con Julia—. He preferido subir y escuchar primero lo que usted tenga que decirme.

—Yo no lo he visto tampoco. Me lo ha enviado Bergman, pero no creo que me vaya a descubrir nada que aún no sepa.

—Por eso se ha escondido aquí arriba.

—Vivo aquí.

—Yo diría que más bien tiene miedo de cómo vaya a reaccionar la gente a lo que sea que Abril haya decidido contar.

Ella no replicó y Castillo recorrió con la mirada la acogedora habitación, a la que Bergman, sin duda siguiendo al pie de la letra las instrucciones de Ágata, le había dado permiso para subir cuando, en el barullo que se había producido en la tienda al terminar la declaración de Abril, le había preguntado por ella.

—¿Alguna vez tiene usted pesadillas, inspector? —Ágata le daba la espalda, de pie, junto al balcón, y él se había quedado apoyado en el marco de la puerta.

Castillo regresó por un segundo a las movidas noches que compartía con Mónica y los gemelos, que siempre acababan visitando el cuarto de sus padres por una cosa o por otra. Ya no recordaba cuándo había dormido por última vez más de tres horas seguidas.

—No tengo tiempo. Ojalá pudiera dormir lo suficiente como para tenerlas.

—Si quiere yo puedo contarle la mía. Es terrible, sobre todo porque más que una pesadilla es un recuerdo y se repite sin piedad. Hace que me despierte cada madrugada entre sudores fríos. Es como una penitencia. —Ágata no esperó el consentimiento de Castillo y continuó—: Algunas noches sueño con una tarde en un bosque de pinos, muy cerca de la playa. Estoy allí, con Julia, vuelvo a tener trece años y he convertido a Clara en una perra obediente y atenta. Julia siempre hace lo que yo quiero y le ha pedido a su hermana que se ponga a cuatro patas y nos lama los pies. Clara lo hace y ríe satisfecha cuando Julia le acaricia la cabeza cariñosa. Julia le dice que si sigue por ese camino acabará convirtiéndose en un

animal de verdad y Clara ladra contenta. Luego las dos me miran en busca de mi aprobación... Otras noches vuelven las tardes en que le pedía a Julia que le tapara los ojos a Clara y le diera vueltas hasta desorientarla en medio de los árboles, para que se golpeara y cayera mientras decía nuestros nombres. Siempre estaba a punto de perder el conocimiento, pero nunca se rendía. Lo único que quería era estar con nosotras y que no la dejáramos sola. ¿Qué le parece, inspector? Ya no hace falta que vea el vídeo. Ahora ya sabe que la mala soy yo.

—Puede estar tranquila —le reveló Castillo después de unos segundos que dedicó a asimilar lo que Ágata acababa de confesarle —. Abril no ha dicho nada, solo se ha disculpado por haber desconectado hasta el punto de no ser consciente del lío que se había formado por su culpa. Ha sido Julia quien le ha contado a Tina una versión de los hechos ligeramente diferente a la que usted, hasta este momento, me había contado a mí.

Ágata se sentó junto al escritorio y acarició a Tempestad cuando la gata esfinge, que había permanecido escondida, salió de debajo de la cama y buscó refugio en su regazo.

—Ahora pensará que soy una mala persona.

El inspector no respondió y ella siguió hablando.

—¿Cree que quien ha sido verdaderamente cruel durante la infancia puede llegar a convertirse en una persona buena?

—Creo que todos hemos hecho cosas de las que nos arrepentimos y que siempre se puede pedir perdón.

—Yo me lo pregunto cada día.

—¿El qué?

—Cada día y cada noche: me pregunto si soy buena o si aún queda en mí algún rastro de aquella crueldad, porque lo más

extraño es que, mientras machacaba a Clara, quería muchísimo a Julia. —El tono de Ágata era neutro, como si estuviera contando una película o hablando de una tercera persona—. Me dormía pensando en ella. Me gustaba que me admirara, que rechazara a su hermana pequeña por mí, ella era en parte la razón por la que yo actuaba de esa manera, para deslumbrarla con el escándalo. No sé qué ocurriría si volviera a amar ahora, puede que me convirtiera de nuevo en una persona horrible o tal vez ya lo soy y esto que ve de mí no es más que una máscara.

—Me gustaría ayudarla con eso, pero me temo que no puedo.

—Me he disculpado muchas veces, pero Abril siempre vuelve... por eso me marché a Buenos Aires, por eso me escondí.

—No del todo, no se cambió el nombre, y además volvió a buscar a Julia. También me mintió en eso.

Ella obvió el reproche y respondió.

—Hay una frase de Camus que me gusta —dijo al fin—: «Es profundamente indiferente saber cuál de los dos, la tierra o el sol, gira alrededor del otro». Es de *El mito de Sísifo*, pero yo la recuerdo porque siempre me la decía mi abuelo. Rara vez a lo largo de una vida cambia nuestra ancla, ¿no le parece, inspector?

Castillo pensó en Mónica y en los niños, que debían de estar esperándole en casa, y sintió una punzada de añoranza, pero también de remordimiento, porque sabía que él, en aquel momento exacto del tiempo, no quería estar en ningún otro lugar que no fuera en la puerta de aquella habitación, escuchando a Ágata y tratando con torpeza de acercarse a ella.

—No estaría yo tan seguro...

—Es un poco como Holmes y Moriarty; se odian y, sin embargo, se sostienen el uno al otro, son su razón mutua de ser. —Ágata sonrió por fin, con resignación, y Castillo supo que, dondequiera que habitara su mente, nunca lograría alcanzarla—. Así somos Abril y yo, como los protagonistas de *El secreto de la pirámide*.

—A lo mejor debería intentar explicármelo.

—¿Y de qué serviría? Si ya se ha acabado el juego.

—Fingir una desaparición o un secuestro es un delito. Esto no ha terminado todavía. Y además está el asunto del Rame-Tep.

—El Rame-Tep es inocuo —se apresuró a responder Ágata, como si quisiera alejar a Castillo cuanto antes de todo lo que tuviera que ver con el club—, y contra Abril no podrá hacer nada. Esto es algo entre ella y yo, y esta vez he de reconocerle la victoria.

—¿Esta vez?

—Esta vez ella me ha herido. Ha hecho que usted se enterara de lo que hice y me ha hecho ver que no está sola. El Rame-Tep es su ejército.

Sonrió enigmática y Castillo aún insistió con una vehemencia de la que, horas después, cuando estuviera ya lejos de Ágata y de la librería, se avergonzaría.

—Pero podemos seguir investigando. Ni siquiera sabemos quién es Nun...

—Eso ya no importa. Lo mejor es que vuelva a casa con su mujer y los gemelos. Es noche de Reyes.

—¿Y ya está? ¿No volveremos a vernos?

Ágata no contestó. Fue Tempestad quien saltó de la silla y maulló a Castillo, enfrentándose a él. Quería hacerle saber que el encuentro había concluido.

# Lunes, 6 de enero de 2025

# Nun, «El océano primordial»

Castillo recibió el mensaje la noche anterior, en Brigüelillos, mientras veía *El secreto de la pirámide* con Mónica, su madre y los gemelos, tan excitados por la inminente llegada de los Reyes que no podían dormirse. Lo enviaron desde un teléfono que identificó en la lista de llamadas salientes del móvil roto de Abril, encontrado en su ático y analizado en comisaría; un número desconocido, de prepago, desde el que lo convocaban para el día siguiente:

«Si quiere saber quién es Nun, le espero mañana a mediodía en el 1.º D de la calle del Pez, 27. Venga solo. No se haga el héroe ni intente ninguna estupidez. No se lo diga a nadie. Si veo algo raro, me marcharé. Si cumple mis condiciones, le hablaré también de las cartas de amor».

Doce horas después, sin apenas haber pegado ojo y con la inquietud en el estómago, el inspector dejó su Citroën en el *parking* de la calle Andrés Borrego y recorrió los pocos metros que lo separaban de su destino con las manos en los bolsillos de su parca. Aunque no había bebido ni una gota de alcohol, la sensación de una resaca demoledora restaba agilidad a sus movimientos. Estaba triste y no podía compartirlo, pero afortunadamente la intriga no resuelta del origen del Rame-Tep lo mantenía alerta y alejaba de su espíritu la melancolía.

El portal de Pez, 27 era antiguo e inmenso, del siglo XIX, y estaba abierto. Castillo accedió al interior del edificio sin cruzarse con nadie y, antes de subir, se situó en el centro del patio alrededor del que se organizaban las viviendas y aguzó los sentidos. Escuchó la risa de

unos niños y también el trajín en las cocinas, el canto de los pájaros de ciudad y el arrullo del sol de enero, o al menos eso le pareció. Luego eligió la escalera frente al ascensor, para hacer un poco de ejercicio, y, cuando llegó al rellano del 1.º D, se sorprendió al encontrar también abierta la puerta del piso. Semejante anomalía lo hizo tomar cierta precaución. Cogió el teléfono y compartió su ubicación con Pontones. Debajo del mapa en el que un alfiler de cabeza roja marcaba el lugar, escribió: «Por favor, venga en cuanto pueda», y Pontones respondió casi al instante: «Ahora mismo voy».

—¿Hola? —preguntó Castillo con cautela, dando los primeros pasos dentro de la vivienda—. ¿Hay alguien?

No tardó nada en verlo. El salón, al que se accedía desde el vestíbulo, era de un blanco cegador, que le recordó al del ático de Abril del Pino y, como aquel, también estaba decorado con obras de arte de grandes dimensiones: lienzos y esculturas, que le daban al lugar un aire casi fantástico, como de sueño.

Y además estaba el cadáver, el cuerpo de Emilio Luna en el centro de la estancia, con la camisa blanca manchada de sangre y los ojos abiertos, ya sin brillo, pero atrapados en una expresión aterradora, que parecía estar pidiendo ayuda. Muy cerca de su mano derecha, un marco de madera con el cristal roto mostraba una polaroid mate, en tonos sepia, de un chico gordo y vestido de negro, que le daba la mano a la niña Clara Sebastián. Detrás de ellos, el mar.

Lo siguiente fue el dolor en el brazo izquierdo. En tan solo unos segundos el inspector se desplomó y su mirada quedó a la altura de la del muerto. Así fue como supo que estaba sufriendo un infarto y se preguntó con una imprevisible tranquilidad si iba a morir, pero enseguida pensó que no. A su madre le gustaba repetirle que la

identidad de cada uno estaba en esa diferencia mínima, casi invisible, entre cómo hacemos nosotros las cosas más banales y cómo las hacen los demás. Sin dejar de sentir la presión en el pecho, Castillo se dijo que su diferencia, lo que le distinguía del resto, era su fe en el futuro, en su esperanza incorruptible, y se obligó a pensar en lo que estaba por venir, porque allí era donde ubicaba a Ágata. La imaginó en sus recorridos por el parque del Retiro; imaginó los caminos que, sin decirse nada, habían compartido durante años enteros, antes de conocerse, las viejas fuentes de piedra, y se prometió que, si era capaz de salvarse, cuando se recuperara, la buscaría.

*Esta novela se escribió entre Madrid y Valencia.*
*De febrero de 2023 a septiembre de 2025.*

# Agradecimientos

Esta novela me ha enseñado algunas cosas y me ha confirmado otras. Con ella he aprendido que, sobre el papel, podía dar de mí mucho más de lo que creía, y eso se lo debo al equipo de Salamandra. La paciencia que han tenido conmigo y la fe que han depositado en esta historia, a veces mucho más firme que la mía, son las responsables de que haya conseguido llegar hasta el final y, al mirar atrás, sorprenderme del camino recorrido. Nunca se me olvidarán la conversación con Claudia Cucchiarato en Madrid, entre mi casa y su hotel, una noche cercana a Navidad; el aperitivo con Manel Martos en Barcelona y lo mucho que nos reímos del campo semántico que rodea al agua y el frío; y, sobre todo, los mil y un encuentros con Anik Lapointe, de los que invariablemente salía llena de temas para la reflexión y convencida de que nos estábamos haciendo amigas. Gracias infinitas a los tres.

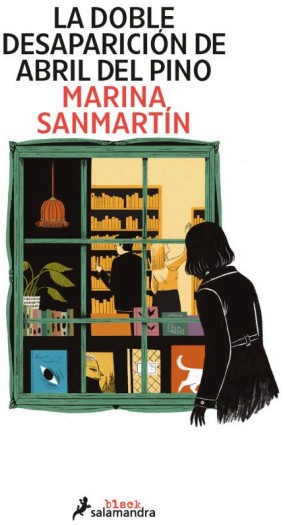
También guardaré como un tesoro los consejos de Claudia Casanova en cada uno de los restaurantes japoneses de los que hemos disfrutado juntas. Si ella no hubiera apostado por mi literatura hace ya más de una década, mi vida hubiera sido distinta; una sensación que se repite cuando pienso en Amaiur Fernández y en todos estos años de aventura compartida y entrega a un lema que acuñamos para no desfallecer: 300.000/20, querida.

Por último, lo que estos meses de escritura me han permitido confirmar es que tengo mucha suerte, porque vivo rodeada de gente a la que quiero y que me quiere, responsable de que no me haya rendido. Gracias a mi familia por respaldarme sin fisuras, sin preguntar nada. Gracias a Juan Carlos Galindo por compartir inquietudes, ir un paso por delante de mí y darme la mano para cruzar los ríos literarios más difíciles y no detenerme nunca. Gracias a Raquel Vicedo y a Raquel Friera por aceptar leerme las primeras y ver el texto con ojos nuevos. Gracias a todos los habitantes del universo Cervantes y compañía, desde los integrantes del club de lectura de ficción criminal a mis socios y compañeros. María Felices, estoy convencida de que sin todo el tiempo que me has regalado, cubriendo las trincheras, hubiera sido incapaz de alcanzar la meta. Gracias a Cristina Franco, María Maícas, Michelle Roche, Silvia de la Cruz, Jorge Matamala, Miguel Ángel Fernández Rubio, Inma Aguilar, Ana Campoy, Esther García Llovet, Marcos Alcaine, Beatriz Martín Díez... gracias a Francisco Martínez Boluda por regalarme una amistad nueva y celebrar conmigo el día que entregué el primer borrador. Gracias a Sigrid Kraus por estar siempre para las alegrías y los abrazos, y también para las flores en los momentos difíciles.

Y gracias a Mario Tascón, porque sigo acordándome de ti, que no veías nada imposible.

Todo esto es lo que se queda detrás del telón. Ahora, lector, mil gracias a ti. Esta novela es tuya.

# ¿Qué pasó con la famosa escritora Abril del Pino?
# Una librería - Una cena misteriosa - Seis presuntos culpables




En vísperas de las fiestas navideñas, la famosa escritora de novela policiaca Abril del Pino desaparece repentinamente. Cuando la policía entra en su lujoso ático frente al Retiro todo está en orden, pero la hipótesis del secuestro se perfila como la más lógica. Deshaciendo el camino de Abril hasta el momento en que fue vista por última vez, el inspector José Manuel Castillo no tarda en dirigir la mirada hacia la librería Las Palabras Mágicas. Fue allí donde el Rame-Tep, una intrigante sociedad literaria especializada en novela negra, celebró su cena de fin de ciclo anual, e invitó a Abril del Pino a presidirla. Ambientada en Madrid y Valencia, *La doble desaparición de Abril del*

*Pino* es un apasionante enigma literario y un homenaje a la novela clásica de misterio tejida a través de una fascinante incursión en el mundo del libro.

**La crítica ha dicho:**

«Marina Sanmartín le hace al *noir* el mejor regalo: una buena dosis de literatura.»
Lorenzo Silva

«Descubrir la literatura de Marina Sanmartín es uno de esos azares que ocurren pocas veces y son gratamente satisfactorios.»
Raquel Jiménez, *Zenda*

«Una de las mejores escritoras españolas [ ] que forma parte de una generación de autores destinada a protagonizar la narrativa del siglo XXI.»
Antonio Gómez-Rufo

«La voz narrativa de Marina Sanmartín es fresca y ambiciosa. Uno de los hallazgos más interesantes de las últimas temporadas.»
Marta Rivera de la Cruz

**Marina Sanmartín Pla** (1977) nació en Valencia, pero vive en Madrid. Lectora, escritora, periodista y librera, lleva toda la vida dedicada a los libros, que son su pasión. Actualmente es socia administradora y gestora de la librería madrileña Cervantes y Compañía. Autora de cinco novelas, y ganadora con la última, *Las manos tan pequeñas*, del Premio a Mejor Novela del festival Valencia Negra en su edición de 2022, publicó en 2023 su primer ensayo: *Desde el ojo del huracán*. *Una historia íntima de las librerías*. Además, escribe con regularidad sobre ficción criminal en *ABC Cultural* y colabora con diferentes medios y programas, como *La Ventana*, de la SER.



Primera edición: enero de 2026

© 2026, Marina Sanmartín
Los derechos de la Obra han sido cedidos mediante acuerdo con
International Editors & Yáñez' Co. Agencia Literaria.
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Cita del inicio de la novela y del inicio del capítulo "Domingo, 5 de enero de 2025": Albert Camus, *El mito de Sísifo*, trad. Esther Benítez, Barcelona, Random House, 2021.
Cita del final del capítulo "Domingo, 5 de enero de 2025": L. P. Hartley, *El mensajero*, trad. José Luis López Muñoz, Madrid, Alianza, 2025.
Cita del final del capítulo "Domingo, 5 de enero de 2025": *Tatuaje*, de Manuel López-Quiroga Miquel, Alejandro Rodríguez Gómez y Rafael de León Arias de Saavedra. Por cortesía de Jardín de Coplas Editorial, S.L.

La mayoría de los escenarios aquí descritos son reales, existen o han existido, pero los acontecimientos que esta novela ubica en ellos son todos producto de la imaginación.

Ilustración de la cubierta: © Laura Pérez

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad

intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 979-13-87640-02-6

Compuesto en: Comptex&Ass., S.L.

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: Salamandraed
X: @alamandraEd
Instagram: @alamandraEd
YouTube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

Emily Dickinson

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

[1] Principio de *El mensajero*, de L. P. HARTLEY (Alianza, 2025. Traducción de José Luis López Muñoz).

# Índice

La doble desaparición de Abril del Pino
Un manifiesto
Lunes, 23 de diciembre de 2024
Una semana después. Lunes, 30 de diciembre de 2024
Jueves, 2 de enero de 2025
Viernes, 3 de enero de 2025
Sábado, 4 de enero de 2025. Antes del mediodía
Sábado, 4 de enero de 2025. Después del mediodía
Domingo, 5 de enero de 2025
Lunes, 6 de enero de 2025. Nun, «El océano primordial»
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Marina Sanmartín Pla
Créditos
Nota